



MATEO ALEMÁN

Sucesos de don
fray García Guerra
y
Oración fúnebre

Preliminar y transcripción
modernizada por José Rojas Garcidueñas
Prólogo de Antonio Castro Leal
Facsímiles

Academia
Mexicana



SUCESOS DE DON FRAY GARCÍA GUERRA
Y ORACIÓN FÚNEBRE



MATEO ALEMÁN

Sucesos de don
fray García Guerra
y
Oración fúnebre

Preliminar y transcripción
modernizada por José Rojas Garcidueñas
Prólogo de Antonio Castro Leal
Facsimiles

ACADEMIA MEXICANA
1983

Primera edición, 1613
Segunda edición, 1983

LA ACADEMIA MEXICANA DEDICA ESTA EDICIÓN
EN HOMENAJE A LA MEMORIA DE SUS MIEMBROS
JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS
Y ANTONIO CASTRO LEAL

D. R. © 1983, ACADEMIA MEXICANA
Donceles 66, 06010 México, D. F.

Impreso en México

PRELIMINA

Desde hace mucho tiempo, más de treinta años, la Academia Mexicana Correspondiente de la Española tuvo el propósito de reeditar el libro de Mateo Alemán, último de los suyos, que escribió y publicó en México, en 1613, Sucesos de don fray García Guerra y Oración fúnebre; se dieron para ello algunos pasos y se encomendó hacerlo a los señores académicos don Manuel Romero de Terreros y don Antonio Castro Leal, pero circunstancias diversas hicieron que entonces quedara sin realizarse tal proyecto.

Hace poco más de un año la Academia Mexicana volvió a tratar del asunto y acordó la publicación de la Ortografía castellana y de los Sucesos de don fray García Guerra, que fueron las dos últimas obras de aquel gran escritor del Siglo de Oro español, y las cuales él publicó en México, encomendándome la preparación de ambas ediciones: de la Ortografía va explicado lo que corresponde en el preliminar y la advertencia que allí pueden verse; de los Sucesos, a continuación trataré de las partes de que consta esta edición y del contenido y objeto de cada una de ellas.

Figura, en primer lugar, a manera de prólogo, un estudio de don Antonio Castro Leal, sobre Mateo Alemán y sus obras. A pesar de que acerca del autor del Pícaro Guzmán de Alfarache han informado todos los historiadores y muchos críticos de la literatura castellana, como es justo tratándose del libro que tuvo más ediciones y traducciones que cualquiera otro de su tiempo, hizo bien el señor Castro Leal en redactar ese resumen biográfico, al poner en manos de nuevos lectores esta reedición del libro más raro de Alemán y, sobre todo, en dar noticias de sus dos últimos libros, casi totalmente desconocidos, salvo de poquísimos eruditos, así como de reproducir los pocos datos que hay sobre los últimos días de aquel que fue escritor popularísimo y que vino a morir, olvidado y casi desconocido en estas tierras de la entonces Nueva España. Este fue el último de los trabajos que salió de la pluma de don Antonio.

También fue el señor Castro Leal quien obtuvo y entregó el retrato del arzobispo fray García Guerra, que ilustra este volumen, copia del magnífico retrato al óleo de dicho personaje, pintado por Alonso López de Herrera, artista que floreció en este país a fines del siglo XVI y primera mitad del XVII, el cual, a pesar de sus grandes cualidades, durante años permaneció semiolvidado y confundida su obra con la de otros pintores hasta que fue, podemos decir "descubierto", así como el retrato mencionado, por el Marqués de San Francisco, el escritor e historiador del arte, que largos años fue decano de nuestra Academia, don Manuel Romero de Terreros.

La Academia tuvo a bien darme el encargo de hacer, de la obra que aquí se publica, una transcripción modernizada, en consideración a motivos de diversa índole, como se verá, entre los cuales se pensó en la mayor comodidad y facilidad de los lectores que pueden no estar familiarizados con el conocimiento de textos antiguos; muy principalmente se pensó, desde luego, en aclarar las variantes ortográficas que propugnaba Mateo Alemán y que usó en su edición de 1613, especialmente la invención de un signo nuevo y diferente para la r suave, dejando el usual para corresponder al sonido de r fuerte; también la omisión de la u entre la q y las vocales e, i, y algunas otras modalidades que el lector podrá apreciar y que Mateo Alemán explica concretamente en su Ortografía castellana, libro que también reedita ahora esta Academia.

Para mantener, en cierta medida, el estilo y escritura de Mateo Alemán y, al mismo tiempo, cumplir con el propósito de evitar los escollos que aquello presenta, con todo el cuidado que me fue posible, redacté la transcripción modernizada, que va páginas adelante, conforme a las normas siguientes:

La sintaxis del original se ha dejado generalmente sin modificar, aunque a veces no coincide con la actual; por ejemplo suele el autor decir "los alférez"; también se conservan los casos de concordancia de nombre colectivo en singular con verbo en plural lo cual, aunque hoy no se suele hacer, la Gramática de la Academia los autoriza (párrafo 212 a) y reconoce como muy usados en el Siglo de Oro.

Se ha puesto, según el uso actual, el artículo masculino con la palabra orden, en varios casos en que Alemán pone la orden; dado que, desde

luego, el vocablo es de género ambiguo y lo señalado por el Diccionario y por la Gramática de la Academia, es impreciso.

Se corrigieron erratas evidentes de imprenta, por ejemplo casula por casulla.

Se ha seguido el uso actual poniendo de ello en vez dello, de él en vez del, cuando él es pronombre.

Se ha puesto la forma moderna cuando la voz empleada por Alemán es claramente anticuada y en desuso: por ejemplo se pone cofradía y no cofadría, oprobio en vez de oprobrio y otras semejantes.

Se ha puesto la alegría en vez de el alegría, ya que el vocablo es indudablemente femenino.

Se añadieron algunos puntos y aparte sustituyendo punto y seguido; ciertas ocasiones he puesto punto y coma donde había punto y seguido; a veces he puesto y a veces quitado algunas comas; en fin, modifiqué en pocos casos la puntuación, buscando el uso actual para mayor claridad y facilitar la lectura al lector, pero procurando hacerlo muy cautamente y alterando muy poco la forma original del texto.

Se pusieron signos de admiración y signos de apertura de interrogación, de que el original carece, lo que pudo ser acaso por simple falta tipográfica de la imprenta.

Para que, en cualquier momento que el lector lo desee, pueda cotejar o consultar la escritura original, es decir la copia en facsímil, en la transcripción o versión modernizada se ha cuidado escrupulosamente de señalar el comienzo de cada uno de los folios del original.

Finalmente, por lo que respecta a mi labor personal, juzgué conveniente poner algunas notas, en número muy reducido, sin comentarios ni explicaciones superfluas, limitándome a las referencias que me parecieron estrictamente indispensables: a veces relativas a toponimia que es hoy diferente, o aclaratorias de ciertos lugares o sucesos apenas conocidos por los especialistas en historia de la ciudad de México; alguna que otra nota puse para esclarecer algún arcaísmo o término desusado.

La parte final de este volumen es la copia facsímil de los Sucesos de don fray García Guerra, reproduciendo todas y cada una de las páginas del ejemplar que fue propiedad del bibliógrafo mexicano doctor don Nicolás León, como se ve por su sello, que imprimió en la portada, ejemplar que

posee The John Carter Brown Library, en Providence, Rhode Island, la que facilitó esas reproducciones a la Academia Mexicana, desde septiembre de 1944, según consta en nuestro archivo.

La Academia Mexicana espera que los estudiosos de las letras castellanas y de la historia de México, acojan con favor este esfuerzo por poner en sus manos este libro, hoy día uno de los más raros que salieron de prensas mexicanas.

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

México, febrero de 1981

MATEO ALEMÁN

Gracias a los documentos descubiertos por don Francisco Rodríguez Marín y publicados, primero, en su discurso de ingreso en la Academia Española y después en un folleto especial, conocemos los principales datos de la biografía de Mateo Alemán.

Nació en Sevilla el 28 de septiembre de 1547, el mismo año en que Miguel de Cervantes nace en Alcalá de Henares. Fue su padre el doctor Hernando Alemán, médico de profesión, establecido en Sevilla desde 1540. En esta ciudad vivían también sus hermanos: Juan, licenciado en medicina; García Jerónimo, clérigo; Alonso, comerciante, y Leonor y Beatriz, a quienes alojaba en su casa su hermano Alonso.

El doctor Alemán había enviudado de su primera mujer, doña Beatriz de León, de la que tuvo una hija, Jerónima. Casó a poco con doña Juana de Enero, hija de un comerciante sevillano, de la que tuvo dos hijos mayores que Mateo —Leonor y Violante— y un hijo menor, Juan Agustín. El matrimonio vivía con dificultades económicas hasta que, por ausencia temporal del licenciado Diego Torres —médico cirujano de la Cárcel Real de Sevilla— el doctor Alemán fue nombrado para sustituirlo, primero como suplente y después cuando el licenciado Torres partió a las Indias, como propietario. Tenía ese cargo un sueldo anual de doce mil maravedís; el trabajo era pesado porque la cárcel de Sevilla tenía una población constante de unos dos mil presos.

La educación de Mateo fue cuidadosa. Él mismo cuenta en los preliminares de su Ortografía castellana (1609) —uno de sus dos libros que publicó en México— que aprendió a escribir en varias letras: de redondo —la que se usa en los libros de Iglesia—, de tirado, de cortesano, de medio punto y de punto entero, de caja, redondilla, escolástica y bastardilla. “Y creo que se me quedan tres o cuatro —agrega Alemán en el mismo lugar— que fueron cancelleresca, francesa, encadenada y grifo.” Por declaración de persona que lo conoció se sabe que “se ha criado desde sus primeros años en el estudio de las letras humanas”. Algunos suponen que asistió a la Escuela de Humanidades y Gramática que abrió en Sevilla el ilustre

Juan de Mal Lara. No parece probable porque si ese humanista hubiera sido maestro de Alemán, éste no habría dejado de mencionarlo, con los otros datos que da, en la introducción de su Ortografía castellana. Por otra parte, Mateo afirma "haber llegado, no sin pequeño trabajo, a lo que con muy asiduos he podido alcanzar y descubrir, por no haber tenido en muchas cosas maestro..."

En la Universidad de Maese Rodrigo se graduó el 28 de junio de 1564, a los 17 años, de bachiller en artes y filosofía. Ese mismo año y en esa misma Universidad oyó el primer curso de medicina y acreditó sus estudios con la declaración ante notario, de un condiscípulo suyo "que sabe que... ha cursado en el Colegio Mayor de Santa María de Jesús y Universidad de esta ciudad en la Facultad de Medicina, desde el principio de septiembre del año pasado de 1564 años hasta ahora, oyendo la mayor parte de dicho tiempo al señor licenciado León, catedrático de la Facultad de Medicina, las lecciones ordinarias, mañana y tarde, la mayor parte de una hora cada lección, en la cual no entran las vacaciones que ha habido por San Juan, porque sin ellas ha ganado el dicho curso..."

La primera vez que se separó, no sin lágrimas, de su casa fue para estudiar el segundo curso de medicina en la Universidad de Salamanca. Él mismo lo dice también en su Ortografía castellana. "Yo me acuerdo haber asistido en las escuelas de Salamanca y Alcalá de Henares algunos años donde cursé y se trataban de todas las Facultades que profesé."

Terminados sus cursos en Salamanca se matriculó el 24 de octubre de 1566 en otra famosa Universidad, la de Alcalá de Henares, que Erasmo calificaba de "centro de todas las ciencias". Le quedaban todavía dos años de estudios para graduarse y poder ejercer la medicina. Pero a los cuatro meses de residir en Alcalá recibió la noticia de que su padre había enfermado de gravedad. Antes de partir a Sevilla obtiene un certificado de los cuatro meses de estudios hechos en la Universidad. En Sevilla alcanza vivo a su padre, pero ya desahuciado. Éste muere a poco en el mes de marzo de 1567.

Mateo tiene 20 años; regresa a Alcalá de Henares a continuar sus estudios. Termina el tercer curso de medicina, se matricula en el cuarto y lo termina el 19 de abril de 1568. Es probable que Mateo haya estudiado medicina por consejo de su padre y, acaso, con esperanza de susti-

tuirlo algún día en su puesto de médico cirujano de la Cárcel de Sevilla. La muerte del doctor Alemán pone a la familia en una situación difícil. Su sueldo de la cárcel permitió a la familia llevar una vida desahogada pero de ningún modo le permitió acumular ahorros importantes. El doctor Alemán muere sin dejar ninguna herencia. Al perder la posibilidad de sustituir a su padre en la cárcel de Sevilla, Mateo decide abandonar la carrera de medicina, para la cual, en verdad, nunca mostró verdadera vocación.

Vuelve a Sevilla, a vivir con su madre. Carecen de medios de subsistencia y pronto adquieren deudas. Por escritura con el capitán Alonso Hernández de Ayala se obligan solidariamente por 210 escudos de oro a un año de plazo. En la escritura el mencionado capitán aprovecha la oportunidad para mencionar que el licenciado Alemán "tiene tratado y concertado matrimonio" con doña Catalina Espinosa—hija natural del difunto Virgilio de Espinosa—cuyo tutor era precisamente el capitán Hernández de Ayala. Por su parte, Mateo deja constancia en la misma escritura de que la deuda de los 210 ducados podría pagarla "sobre cualesquier bienes raíces, juros y tributos . . . que se me dieren y adjudicaren en dote con la dicha doña Catalina". La escritura es de 27 de octubre de 1568.

Pero Mateo, de 21 años, buen mozo, desenvuelto y vestido con gusto "adelanta vísperas"—como decían discretamente las señoras antiguas—y, una vez satisfechos sus deseos, pierde todo interés en el matrimonio. Después que el enérgico tutor de doña Catalina lo amenaza con un proceso, y de las súplicas y lágrimas de su madre, Mateo acaba por casarse. Como dote lo único que recibió fue el perdón de su deuda. Mateo lamentará toda su vida esta lección de la providencia.

Se va a vivir con su mujer y busca un empleo. Con la ayuda de Melchor de Herrera, marqués de Valderagete, es nombrado Recaudador del Subsidio de Sevilla y su Arzobispado en el Consejo de Hacienda de Su Majestad. En el otoño de 1573 trató de ser tomado en cuenta para ingresar en la Corte y se dedicó a diversos negocios. Vendió en 32 ducados a una esclava morisca de Túnez de 36 años.

Siguen algunos años en que poco sabemos de su vida, salvo que en dos ocasiones—la primera en 1583 y la segunda diez años más tarde—desempeñó el cargo de juez visitador. Continúa en el campo de los negocios y, en

1596 recibe poder de Juan Martínez de Oteyza, Recaudador Mayor de la Venta de Sacas de Lana, para cobrar durante seis años las del Almojarifazgo Mayor de Sevilla.

En 1580 los tratos de negocios habían despertado en él el interés por las leyes, y el 2 de enero de ese año se matricula en la Universidad de Maese Rodrigo, pero al poco tiempo, sin que se sepa porqué, abandona los estudios.

Las deudas que le dejan sus negocios se acrecientan con las suyas propias. Y todas ellas acaban por llevarlo a la cárcel. Al encierro vienen a agregarse, como era costumbre, los grilletes. Es tal la incomodidad de ellos, que Mateo autoriza a su mujer a que comprometa su persona y sus bienes en una declaración dirigida al alcaide para que quite los grilletes a su marido y le deje andar libremente, y en cambio ella se compromete y se obliga a que su marido no se irá de la cárcel ni aunque encuentre las puertas abiertas.

Una vez en libertad Mateo, para cambiar de ambiente y acaso por sugerencia de alguno de sus parientes que vive en México, piensa emigrar a las Indias. Rinde ante la Justicia de Sevilla la necesaria información testimonial. Declara que es hijo legítimo, cristiano viejo, de limpia generación él y sus antepasados, que no ha sido penitenciado por la Inquisición, que tiene 34 años, es alto de cuerpo, de nariz larga, barbitaheño oscuro y que sobre el dedo pulgar de la mano izquierda tiene una pequeña herida junto a la muñeca. Presenta dos testigos. La gestión queda en suspenso para completarla cuando vaya a realizar el viaje.

En 1586, cerca ya de los cuarenta años, Mateo está en Madrid y sigue titulándose Contador de Resultas de Su Majestad. Compra un terreno en 1 400 reales y en él construye una casa modesta. Su mujer sigue viviendo en Sevilla, administrando sus propios bienes, para lo cual tiene poder de su marido. Mateo vive una época de actividad y despreocupación. Es curador de una menor. En 1591 hace un viaje a Cartagena. En 1592 va a Sevilla y revoca los poderes que había dado a su hermano Juan Agustín para recibir, cobrar, heredar, para pleitos, cobranzas y otras cosas.

Vuelve a Madrid. Vende en 1 100 reales algunos objetos de plata y porcelana. Compra casas para otros y tiene deudas por alquileres. Todos estos negocios, un poco confusos, no le han dejado más que una gran

experiencia de la sociedad de su tiempo y una vida desabogada con ciertas sombras de pesimismo.

Pronto va a dar al mundo una gran sorpresa. Hasta entonces sus actividades literarias eran limitadísimas: el prólogo a los Proverbios morales de Alonso Barros y la traducción de dos odas de Horacio. Pero en 1599 aparece la primera parte de su popularísima novela picaresca el Guzmán de Alfarache. Su éxito fue sorprendente. Don Francisco Rodríguez Marín dice: "No creo que haya memoria en nuestra patria de libro que en el año de su publicación y en el siguiente inmediato se reimprimiera tantas veces." Y efectivamente. En 1599 apareció en Madrid la edición príncipe, dos ediciones en Barcelona y una en Zaragoza, y en el año siguiente de 1600 dos ediciones en Madrid, una en Barcelona, una en Bruselas, una en París, una en Coímbra y una en Lisboa. En total once ediciones en dos años consecutivos.

De esas ediciones, algunas de las cuales fueron fraudulentas, no obtuvo Alemán ningún gran producto económico, y a los dos años de haber aparecido su famosa novela estaba pobre y no tenía amigos fieles. Su novela, sin embargo, fue leída en Europa y en América y pronto traducida a diversas lenguas. A fines de 1600 Mateo vuelve a Sevilla. A esta ciudad llegó Lope de Vega en 1602 siguiendo a su amante la bella actriz Micaela Luján. Corrió por entonces el rumor de que los amantes se habían refugiado en la casa de Mateo Alemán.

En esta época, tan angustiosa económicamente para Mateo, tuvo la suerte de encontrar a Juan Bautista del Rosso, que resultó ser primo suyo porque era hijo de doña Agustina de Enero, hermana de la madre de Mateo. Doña Agustina había casado con Lorenzo del Rosso cuando éste llegó a comerciar a Sevilla, por cuenta propia y como apoderado de un Jacome Botti, rico florentino. Además de Juan Bautista tenía doña Agustina una hija, Leonor.

Juan Bautista del Rosso ayudó en el comercio a su padre, luego fue su administrador y finalmente su heredero. Mateo acudió a este primo rico para sacar una nueva edición del Guzmán de Alfarache. El 5 de agosto de 1602 le otorgó poder para imprimir 1 750 ejemplares de su novela, para venderlos y para recibir la cantidad que fuera "porque le hago gracia y donación de ello[...] por ser, como es, mi primo y por el mucho amor y voluntad que le tengo". La edición se hizo y se agotó; de ella no

ha aparecido más ejemplar que el de la biblioteca hispalense del duque de T'Serclaes de Tilly, según informes de Rodríguez Marín.

Juan Bautista del Rosso siguió ayudando a Mateo. Como un mes después del arreglo anterior le prestó 400 ducados que Alemán se comprometió a pagarle en octubre de 1602. Tenía Alemán una deuda con Miguel López; el fiador de éste, Pedro de Baeza, al cumplirse el plazo el 15 de junio de 1602, despachó a Sevilla una requisitoria y nuestro novelista, a mediados de diciembre, volvió a entrar en la cárcel real. Su primo Juan Bautista del Rosso estaba ausente de Sevilla y su mujer doña Catalina no quiso ayudarle en esta ocasión, ni siquiera con las rentas que cobraba de unas casas del propio Alemán.

Como un mes después llega a Sevilla Juan Bautista del Rosso, paga la deuda y sale de la cárcel Mateo. Éste, en compensación, entrega a su primo 500 ejemplares del Guzmán de Alfarache al precio de 210 maravedís cada uno, que montan a 105 000; pagó además las costas del pleito. En las relaciones con su primo encontró Alemán, por primera vez en su vida, motivos de agradecimiento a su prójimo.

Aunque sus numerosas contrariedades económicas las resolvía Alemán con la colaboración de su primo Juan Bautista del Rosso, se le presentó una que no podía resolverse con dinero. El doctor Juan José Martí, abogado valenciano, publicó con el seudónimo de Mateo Luján de Sayavedra, una segunda parte apócrifa del Guzmán de Alfarache. Con irónica filosofía Alemán, además de modificar algunas partes de lo que tenía ya escrito, no hizo más que ridiculizar, en su verdadera segunda parte, al autor del plagio. Lo hizo figurar como uno de los personajes de su novela, acompañando al propio Guzmán hasta que finalmente enloquece y se suicida echándose al mar.

Y como en uno de los capítulos de la continuación de su novela Alemán presenta al pícaro Guzmán viajando por Italia con Luján de Sayavedra, y da detalles exactos del país, se ha pensado que en alguna ocasión Alemán visitó Italia, sin que hasta ahora se haya podido ubicar ese viaje en su biografía.

Doña Francisca Calderón, una hermosa sevillana, quiso acreditar la propiedad de una esclava de ocho años y acudió a los servicios de Mateo Alemán. Terminado con éxito el negocio las relaciones entre ellos se hicieron más íntimas; doña Francisca le dio poder para la administración de

sus bienes y, finalmente, se fueron a vivir a la casa de Alemán doña Francisca y una hermana suya. Alemán andaba ya en los 55 años.

Cuando el novelista estuvo por segunda vez en la cárcel empezó a escribir, en cumplimiento de un voto, la vida de San Antonio de Padua. Se supone que la terminaría poco después de su salida de la cárcel. El 3 de mayo de 1603 concertó su primo Juan Bautista del Rosso con un impresor de Sevilla la impresión de 1 700 ejemplares de La vida y milagros de San Antonio de Padua (1604), de la que se hicieron elogios en prosa y en verso, entre éstos una Canción de Lope de Vega.

Con este libro se fue Mateo a Lisboa; llevaba también el manuscrito de la segunda parte del Guzmán de Alfarache, que publicó Pedro Crasbesc (Lisboa, 1604). Después de pasar en Portugal poco más de un año vuelve a Madrid a preparar su viaje a las Indias, donde tiene parientes que pueden ayudarle. Está su primo hermano Alonso Alemán, doctor en leyes por Sevilla, que vive en Nueva España, casado con una mujer principal, nieta de conquistadores; profesor en la Universidad de México, jubilado en 1604. Está Juan Alemán de Ayala, escribano público en Santo Domingo, que después había pasado a México.

Para ir a las Indias había que allanar varias dificultades. No podían pasar los de casta de judíos, moros, herejes ni cristianos nuevos. Mateo Alemán tenía ascendencia judía. Enero o Henero, apellido de su madre, era un apellido francamente judío. Todos los Alemán descendían de un Alemán, mayordomo de Sevilla, quemado por la Inquisición. En la información de 1582 suprimió Alemán el apellido de su madre (Enero) por comprometedor y lo cambió por el de Ayala, que llevaban algunos de sus parientes. El 8 de junio de 1607 presenta Alemán testigos que declaran lo que le conviene.

Para acabar de obtener la licencia para pasar a Indias Alemán hace donación a Pedro de Ledesma, secretario del Consejo de Indias, de "unas casas con todo lo que les pertenece". Le da además poder para vender, ceder o traspasar por el precio que quisiere el privilegio para imprimir tanto la segunda parte del Guzmán de Alfarache como la Vida y milagros de San Antonio de Padua. Entonces se le concede la licencia a Mateo Alemán Ayala para pasar a la Nueva España con los siguientes hijos y sobrinos: doña Francisca de Alemán, doña Margarita de Alemán, Antonio de Alemán, doña Catalina de Alemán, su sobrina. D s-

pués vienen los criados. La doña Francisca que parte con él es la doña Francisca Calderón que conoció en Sevilla.

Pero la flota de la Nueva España no zarpó en 1607. El 25 de abril tuvieron un encuentro en el estrecho de Gibraltar 28 naves holandesas al mando de Jacquez Heemskerke y 10 españolas al mando de don Juan Álvarez de Avilés. Los holandeses deshicieron a casi todas las naves españolas y apresaron a 500 soldados; en el encuentro murieron los generales de las flotas rivales. Para perseguir al enemigo el marqués de Santa Cruz, el ilustre vencedor de los turcos en Lepanto, utilizó algunas de las naves de la flota de Nueva España, mientras negociaban en Holanda e Inglaterra.

Alemán se fue a esperar la flota del año siguiente a Trigueros, un pueblo del Condado de Niebla en donde vivían unos parientes suyos, y donde comenzó a escribir su Ortografía castellana. Por fin, el 31 de marzo de 1608 partió la flota de Nueva España, compuesta de 62 navíos en conserva. En ellos iba, en primer lugar, don fray García Guerra, dominico, filósofo, que durante 14 años había enseñado teología en las Universidades y conventos de Ávila, Burgos, Segovia y Valladolid, famosísimo orador sagrado, nombrado arzobispo de México. En 1605 había tenido el honor de bautizar al que gobernaría España como Felipe IV.

En la flota, que traía por general a don Lope Díez de Almendáriz venían Mateo Alemán con todos sus acompañantes y, en otro barco, don Juan Ruiz de Alarcón, que se había bachillerado en Salamanca y volvía a licenciarse en México.

Después de una navegación feliz llegó la flota a Veracruz, en unos aos meses, el 19 de agosto de 1608. Don fray García Guerra fue recibido por los religiosos de la orden de Santo Domingo y un representante del cabildo de la Iglesia de México. Tardó más de un mes en llegar a la ciudad de México, detenido en el camino a muy cortos trechos, por las manifestaciones, músicas, danzas y arcos de ramas y flores con que los indios celebraban su llegada.

La solemnísima entrada del nuevo arzobispo fue el 29 de septiembre de 1608. A partir de este punto existen dos narraciones de los sucesos de la corta vida que le quedaba al nuevo arzobispo. La de fray Alonso Franco, predicador general de la Orden de Santo Domingo, incluida en su Historia de la Provincia de Santiago, y la de Mateo Alemán, que

figura en su libro Sucesos de don fray García Guerra (México, 1613) publicados aquí en edición facsímil.

La relación de fray Alonso Franco es más dramática y supersticiosa; la de Mateo Alemán, como era de esperarse de tan reflexivo escritor, es ecuaníme y circunstanciada. La primera fue utilizada por don Francisco Sosa en su libro El episcopado mexicano (México, 1877).

Para recibir a don fray García Guerra la ciudad se engalanó con la mayor suntuosidad. A la entrada de Santo Domingo se levantó, además de un arco enorme con leyendas en latín y en español, un tablado. Subieron a él el deán y el cabildo de la Iglesia, y al subir el arzobispo "se hundió y cayó en el suelo matando a un indio que cogió debajo" e hiriendo a algunas personas.

Entró después el arzobispo en la Catedral con gran acompañamiento; se cantó el Te Deum laudamus, se hicieron las solemnidades de su recibimiento y se recitó un coloquio.

Poco después, viniendo don fray García Guerra del convento de Santa Mónica se alborotaron las mulas de su carroza sin poderlas detener ni el cochero ni la mucha gente que se le ponía delante. Temeroso el arzobispo de lo que le pudiera pasar saltó de la carroza y dio en el suelo con todo su cuerpo. En este accidente muchos quisieron ver el origen de todos los males de don fray García Guerra.

El jueves santo de marzo de 1611 a la llegada de la flota se supo que el virrey don Luis de Velasco, marqués de Salinas, había sido nombrado presidente del Consejo de Indias y que quedaba por virrey de la Nueva España el arzobispo García Guerra.

El viernes 10 de junio hubo un eclipse de Sol de la 1:38 minutos a las 3 en punto. Mateo Alemán, con sus conocimientos de astrología, en ese tiempo de moda, nos dice que por ser en 18 grados y 35 minutos de Géminis mostraba, por ser su significador Mercurio, la muerte de algún príncipe, y por ser en México y en casa de la religión, y salir eclipsándose de la décima casa, que es de oficios y dignidades, anunciaba la muerte de un príncipe de la Iglesia.

El viernes 26 de agosto del mismo año de 1611, entre 2 y 3 de la madrugada hubo el mayor temblor de tierra de que se acuerdan los viejos; cayeron muchos edificios y murieron muchas personas. La dramática relación de fray Alonso Franco agrega que el susto fue tan grande que

españoles e indios corrieron a las iglesias a implorar la misericordia de Dios, y que en 30 horas la tierra tembló 40 veces.

Empezaron entonces las indisposiciones del arzobispo- virrey. Tenía fiebres agudas; lo sangraron, le abrieron dos úlceras en el brazo; tenía grandes dolores en el hígado. El 4 de enero de 1612 se hizo una junta de los cinco mejores médicos, que no pudieron ponerse de acuerdo. La fiebre y los dolores crecían; eran inútiles los remedios de los médicos. Éstos acabaron por inclinarse a operar. El 28 de enero recibió don fray García Guerra la extremaunción. A los que lo acompañaron en esa ocasión les hizo "una tierna y elegante plática" que les arrancó lágrimas a todos.

El 5 de febrero lo operaron; salió gran cantidad de pus y ya algunas costillas estaban podridas. Después se sentía cada vez más postrado. Se confesó varias veces. Murió el 22 de febrero de 1612 poco después de mediodía. Le hicieron la autopsia, le serraron el cráneo. Sus sesos, cuya cantidad sorprendió, fueron enterrados. Mateo Alemán tomó parte en estas diligencias alumbrando la escena con cirio de cera blanca.

Alemán fue testigo de las grandes solemnidades que siguieron. El día del entierro le admiró el acto general y cada particularidad. "Puedo certificar -dice- habiendo visto las mayores grandezas de la cristiandad, en tales actos y tiempos nuestros, no haberle alguno excedido y sola una igualado[. . .] fue sola en Sevilla en la traslación de los cuerpos del Santo Rey Don Fernando, rey don Alfonso y más personas reales, príncipes y maestros de Santiago que se pasaron a la capilla de los reyes nueva de la vieja."

Y de la procesión del entierro dice: "A todos en general, hermanos, religiosos, frailes y clero se les dio cera blanca de media libra que, considerando el mucho número de personal a quien se repartieron, la mucha cera de las cofradías y hachas del entierro, que fue gran cantidad, y estar en México, a donde se trae de Castilla o de la China, no fue pequeña grandeza, pues no se distribuyera más ni con mayor largeza en España."

No sabemos qué fue de Mateo Alemán en México después de 1613. Las historias literarias de España dicen prudentemente "murió después de 1613" porque en este año se publicó el último libro que de él conocemos. Pero el investigador norteamericano Irving A. Leonard ha publicado en libro de homenaje que le dedicó a don Félix Restrepo la Academia Colombiana (1950) que Mateo Alemán vivía todavía en Chalco (Mé-

xico) el año de 1620. Ojalá que algunos investigadores mexicanos intentaran ver si por ese camino pudieran encontrar mayores datos.

Alemán publicó en México dos libros. El primero es su *Ortografía castellana*, que comenzó en España cuando estaba esperando la flota para Nueva España y que probablemente terminó en México. La aprobación es del 31 de marzo de 1609. Lo registra el padre Andrade en su *Ensayo bibliográfico mexicano* del siglo XVII (1899) y en 1950 lo reprodujo *El Colegio de México* en una edición de 1 500 ejemplares a cargo del erudito don José Rojas Garcidueñas, en la que resolvieron con gran conocimiento y pericia todos los problemas que planteaba la especial ortografía de Mateo Alemán; lleva además un estudio preliminar de Tomás Navarro Tomás. La *Ortografía castellana* no es un simple tratado didáctico; ya los críticos han observado que contiene interesantes y curiosas confesiones autobiográficas.

En la dedicatoria a México dice que para manifestar las prendas de su voluntad "me pareció a propósito en tal ocasión para que por ella se publicase a el mundo que de tierra nueva, de ayer conquistada, sale nueva y verdadera manera de bien escrevir para todas las naciones". Y después agrega que "se puede a voz viva publicar por el universo, aver aquí (jeneralmente) tan sutiles y felices ingenios, que ningunos otros conocemos, en quanto el sol alumbra, que puedan dezir ni loarse, de hazerles alguna ventaja". Y termina elocuentemente: "Recibe agora pues, o ilustre ciudad jenerosa, este alegre y venturoso peregrino, a quien su buena fortuna trujo a manos de tu clemencia, que como el trabajador fatigado del riguroso sol en el estío, desea repararse del cansancio, debajo del regalo de tu sombra, para que della pueda salir alentado a nuevos estudios, no menos útiles i necesarios, que si reparas en ello, es cosa cierta, que (como la luz de la hacha) solo aquese tiene onrra que la puede dar a otros, no disminuyendo la suya."

Antes de mencionar su segundo libro voy a permitirme señalar otro, del poeta y dramaturgo español Luis de Belmonte Bermúdez (¿1587-1650?) titulado *Vida del padre maestro Ignacio de Loyola*, impreso por Gerónimo Balli, en México en 1609. No lo registra el padre Andrade en su *Ensayo bibliográfico mexicano* del siglo XVII (México 1899) aunque sí Medina en *La imprenta en México* (tomo II, p. 45).

El libro es rarísimo y creo que sólo se conoce un ejemplar, que está en la biblioteca de la Hispanic Society of America (Nueva York). Belmonte Bermúdez estuvo en Lima ya en 1605, según dice en la introducción de la comedia Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza, compuesta por doce ingenios, entre ellos el propio Belmonte Bermúdez y nuestro Juan Ruiz de Alarcón (Obras completas de J. R. de A. Edición y notas de Agustín Millares Carlo, Fondo de Cultura Económica, México, 1968, tomo III, pp. 535-628).

Interesa este volumen de la vida de Ignacio de Loyola porque contiene un largo elogio de Belmonte Bermúdez escrito por Mateo Alemán, que casi podría tomarse como un ensayo. Es una de las últimas cosas que escribió Alemán, acaso en México, en donde no sería difícil que se hubiera encontrado con su amigo Belmonte Bermúdez.

El segundo libro que publicó Alemán en México, en la imprenta de la Viuda de Pedro Balli, el año de 1613 es el titulado Sucesos de D. Frai García Gera Arçobispo de Méjico, a cuyo cargo estuvo el gobierno de la Nueva España. En la enprenta de la Viuda de Pedro Balli. México. Año 1613. El lector encontrará adelante la edición facsímil de este libro, así como una transcripción tipográfica. Se han hecho dos ediciones de él. La primera figura en el Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII (México, 1899) de don Vicente de P. Andrade (pp. 51-96). Y la segunda la hizo la señorita Bourland en la Revue Hispanique de Foulché-Delbosc.

Contiene dos partes bien diferentes: la relación de los hechos desde la llegada a Veracruz de don fray García Guerra hasta su muerte y honras fúnebres, de gran valor para la historia de esos acontecimientos de principios del siglo XVII, relación que importa a las costumbres públicas, a las ceremonias religiosas y a ciertos aspectos de las artes suntuarias. En mi libro Francisco de la Maza, historiador y crítico de arte (Academia de Artes, México, 1970) he llamado la atención sobre el libro de De la Maza Las piras funerarias en la historia y en el arte en México (1946) agregando a las ilustraciones y pormenores que nos da el erudito mexicano las descripciones del túmulo que se levantó en la Catedral en 1612 a ese desgraciado y caritativo personaje en las que Mateo Alemán insistió en los detalles relativos a su iluminación como si se tratara de algo novedoso para él.

La segunda parte es de otro carácter, se trata de la Oración fúnebra a la muerte de don fray García Guerra; una importante pieza literaria en la que se mezclan las citas filosóficas y religiosas que pueden fácilmente ocurrir a persona letrada alrededor de la muerte con algunos trozos de reflexiones propias con la sentida amargura de quien siente cerca el término de su vida y encuentra hondas expresiones de belleza ascética. "...una pequeña barquilla contrastada en el golfo de varios vientos, una sed insaciable, que se acaba con la muerte. Y la muerte qué tal es, cuando la vida se nos pinta de tan mala condición, y tan llena de miserias? Diré lo que dicen los que bien la conocen, y santos afirman. Es la muerte fenecimiento de cuentas viejas muy marañadas. Mandamiento de soltura para salir el alma de la prisión del cuerpo. Fin de penoso cautiverio. Consumación de trabajos. Puerto que tras de tormenta se descubre. Peregrinación fenecida. Pesada carga quitada de los hombros. Huida del edificio que se viene al suelo. Apearse de un caballo furioso, desenfrenado y loco. Terminación de pasiones y enfermedades. Evasión de cuidados y peligros. Consumación de males. Cancelación de obligaciones debidas a la naturaleza. Dichosa llegada que hicimos a nuestra casa. Descanso y bienaventuranza en vida eterna ..."

La segunda parte de la Oración fúnebre es un cálido elogio de las virtudes, espíritu religioso, estudio y caridad de don fray García Guerra. "Apenas había comenzado a romper el alba de su clara doctrina y consumadas letras. El sol resplandeciente de sus virtudes y gobierno, quería esparcir sus rayos por este Nuevo Mundo, antes de cobrar fuerza en calentarnos cuando el oscuro nublado de la caliginosa y negra muerte nos lo dejó cubierto con sus tristes y espesas tinieblas ..."

Halló Mateo Alemán ya bien establecida y en firme prosperidad la imprenta en la Nueva España. Todo sucedió en aquellos tiempos preñados de sucesos con una asombrosa celeridad. Cae Tenochtitlan el 13 de agosto de 1521 y ¿cuántos años después se establece en México la imprenta y se empiezan a imprimir libros? El mayor bibliógrafo de Hispanoamérica, don José Toribio Medina, ha razonado en sus libros, especialmente en el tomo I de su Historia de la imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía (Santiago de Chile, 1958) que Esteban Martín pudo pasar a México en los años de 1533-1534, y que puede haber sido verdad lo que dijo fray Agustín Dávila

Padilla que fray Juan de Estrada tradujo del latín al español un pequeño libro, La escala espiritual de San Juan Clímaco, y que éste fue el primer libro que se imprimió en México y en el Continente Americano. ¿Cuándo? Don José Toribio Medina no ve imposible que haya sido en 1535. Se han dado también las fechas de 1536, 1537 y 1538 para la impresión del primer libro en América. Naturalmente no existen ejemplares de esos primitivos impresos; de algunos de aquella época remota suelen quedar hojas sueltas. Pero tanto la Bibliografía mexicana del siglo XVI de don Joaquín García Icazbalceta como los meritísimos trabajos de don José Toribio Medina y la Bibliografía de Enrique R. Wagner reproducen las portadas de libros que no dejan duda sobre la publicación de libros en México a fines de la primera mitad del siglo XVI.

A pesar de todas las dudas y discusiones, puede defenderse y probar el año de 1539 como la fecha de la impresión del primer libro en México. ¡1539! Nada más 18 años después de la caída de Tenochtitlan. A esa fecha tan gloriosa para México habría que agregar la de la creación de la Universidad de México de 1551, treinta años después de la caída de Tenochtitlan, y sólo un año y tres meses después de firmado el decreto real abrió sus puertas para principiar sus cursos nuestra primitiva Universidad.

ANTONIO CASTRO LEAL

SUCESOS DE DON
FRAY GARCÍA GUERRA
Y
ORACIÓN FÚNEBRE

Transcripción modernizada
y notas de
JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

SUCESOS DE DON
FRAY GARCÍA GUERRA

Arzobispo de México, a cuyo cargo estuvo
el Gobierno de la Nueva España

A Antonio de Salazar Canónigo de la Santa
Iglesia de México, Mayordomo y Administrador
General de los diezmos y rentas de ella

Por el Contador Mateo Alemán, criado del
Rey Nuestro Señor

Con licencia, en México
En la imprenta de la Viuda de Pedro Balli

Por C. ADRIANO CÉSAR

Año 1613

Esta relación de la muerte, entierro y honras del Ilustrísimo Señor Arzobispo de México, Virrey de esta Nueva España, que ha recogido el Contador Mateo Alemán, junto con una oración fúnebre que ha compuesto, he visto, y me parece que está muy conforme a la verdad y que se le puede dar licencia para que la imprima. En este Colegio de la Compañía de Jesús de México, 10 de mayo de 1612.

DIEGO DE SANTISTEVAN

Esta relación de la muerte del Arzobispo don fray García Guerra, y la oración fúnebre que ha compuesto el Contador Mateo Alemán, había visto antes de ahora, y dado mi parecer que se podía imprimir, y ahora me parece lo mismo, dando Vuestra Excelencia su licencia. En el Colegio de México a primero de enero de 1613.

DIEGO DE SANTISTEVAN

Don Diego Fernández de Córdoba, Marqués de Guadalcázar, Virrey Lugarteniente del Rey Nuestro Señor, Gobernador y Capitán General de la Nueva España y Presidente de la Audiencia y Chancillería Real que en ella reside, etc. Por la presente doy licencia al Contador Mateo Alemán para que él, o la persona que tuviere su poder, pueda imprimir el tratado que tiene compuesto de los sucesos de don fray García Guerra, Arzobispo de México, a cuyo cargo estuvo el Gobierno de esta Nueva España, con una oración fúnebre a su muerte. Atento que el Padre Diego de Santistevan de la Compañía de Jesús, a quien lo remití, ha dado su parecer en ser muy conforme a la verdad de lo sucedido. Y mando que en ello no se le ponga embargo ni contradicción alguna, guardando en lo demás la orden que en semejantes impresiones se acostumbra. He-

cho en México, a ocho días del mes de enero de mil seiscient y trece años.

EL MARQUÉS DE GUADALCÁZAR

Por mandado del Virrey
PEDRO DE LA TORRE

A Antonio de Salazar Canónigo de la Santa Iglesia de México, Mayordomo y Administrador General de los diezmos y rentas de ella, etc.

Por ser como es el temor cobardía del entendimiento, nacido de daño presente o venidero, hizo algún efecto en mí pareciéndome temeridad tomar la pluma donde tanto florecen los ingenios y dedicar a vuestra merced esta obra fúnebre, por serlo toda en todo; mas, la ocasión de un príncipe tan gran letrado, rico, poderoso, afable, bien quisto, y en el medio de sus días, de donde lo arrebató la muerte (y considerar que como el cuerpo se iba helando hacían lo mismo las más fervorosas lisonjas de los que le adulaban, que aquésos mismos, con el mal olor de la corrupción del cuerpo huyeron de él, y apenas estaba en el sepulcro cuando lo cubrieron de olvido), me obligó a desenterrarlo y ponerlo a los ojos del mundo, para que consideren todos en él, desde [la] más levantada cabeza hasta los más humildes pies de sirvientes, que toda humana confianza es vana. Suplico a vuestra merced perdone mi atrevimiento, que habérsele dirigido, después de mis f. muchas otras obligaciones, fue una (y no la menos importante) para que cuando la murmuración ejercitare contra mí su oficio, pueda tener seguridad que no le será posible morder en la legalidad con que va escrito, de que vuestra merced, como testigo de vista fidedigno, podrá deponer en todo lugar y tiempo. Déselo Nuestro Señor a vuestra merced con felicidad en su servicio largos años.

MATEO ALEMÁN

f. 1 recto HABIÉNDOSE hecho a la vela, en la bahía de Cádiz, el señor Arzobispo de México don fray García Guerra, jueves doce de junio de seiscientos y ocho, en conserva de sesenta y dos naves, de que vino por General don Lope Díez de Almendáriz, con favorables tiempos y vientos llegaron a surgir en el puerto de San Juan de Ulúa, martes en la tarde diez y nueve de agosto del dicho año; donde se hospedó Su Señoría, en el convento de Santo Domingo de la Nueva Vera Cruz.¹ El Cabildo de la Santa Iglesia de México había enviado, para su recibimiento y darle la bienvenida con salud, a los canónigos Antonio de Salazar y Francisco de Paz; los cuales, el canónigo Francisco de Paz, por su mucha edad y poca salud, no se atrevió a pasar de Jalapa, veinte leguas del puerto, y el canónigo Salazar pasó adelante y llegó a la Nueva Vera Cruz con abundancia de refrescos varios, más de cuarenta criados, cabalgaduras de silla y carga, las que pudieran ser necesarias; en especial una mula de mucha estimación en que Su Señoría viniese. Llevaron orden que no se consintiese gastar alguna cosa que no fuese por cuenta del Cabildo; los comisarios lo hicieron tan espléndida y magníficamente, según se hizo de ellos confianza, y se puede presumir de un tan ilustre Cabildo a semejante príncipe de su Iglesia. Llegaron a Jalapa, donde se había que- f. 1 verso dado el canónigo Francisco de Paz, el cual se había prevenido allí de lo necesario para el camino adelante; y por todo él, así en poblado como fuera, desde la Vera Cruz a México, le tenían los naturales de la tierra hechos arcos triunfales a la usanza suya, no a tiro de arcabuz los unos de los otros, y en todos muchas trompetas y menestriles, de más de los mitotes varios, con que le salían a cada paso, que son ciertas danzas de que usan en sus fiestas. También le había enviado su Cabildo algunos músicos de la Iglesia, que con los que Su Seño-

¹ *Nueva Vera Cruz*. Hernán Cortés fundó, en 1519, la Villa Rica de la Vera Cruz, en el lugar donde desembarcó, llamado Quiahuiztlán. En 1525 la villa fue trasladada a otro sitio próximo, al sur sobre la misma costa, lugar hoy conocido como La Antigua. En 1601 se fundó la Nueva Vera Cruz, frente al entonces islote de San Juan de Ulúa, que sirvió de puerto; esta nueva fundación es el sitio donde hoy está la ciudad y puerto de Veracruz.

ría traía consigo, sacerdotes de Castilla, le aligeraban el peso del camino. Así llegaron a un lugar de naturales, que llaman Apam,² doce leguas de México.

El Marqués de Salinas don Luis de Velasco, Virrey de esta Nueva España, cuando entendió que ya vendría cerca Su Señoría, como tan prudente caballero y discreto cortesano, mandó a Feliciano de Vascones, maestresala suyo, fuese hasta la Puebla de los Ángeles, veinte y dos leguas de México, informándose por el camino del que Su Señoría llevaba y pasase hasta llegar a darle la bienvenida y dijese a Su Señoría Ilustrísima (que así mandó que le llamase) que aunque sus ruines pies lo tenían impedido, si no lo estuviera por su oficio, procurara ganar tiempo en besarle las manos y ofrecerse a su servicio. Feliciano de Vascones llegó a Huejotzingo, donde supo que no venía Su Señoría por la Puebla, y despachó de allí un criado a don Tristán de Luna y Arellano, Gobernador de Tlaxcala, le avisase por f. 2 recto donde iba, y respondióle que aquella noche dormiría en Apam, primer pueblo de su arzobispado, y caminando lo más largo que pudo, llegó y le dio la embajada. Desde allí le vino sirviendo y regalando, según llevaba orden expresa de Su Excelencia de hacerlo como a su misma persona, y lo mismo se había escrito a los Alcaldes Mayores de todo el camino. Su Señoría lo estimó en mucho, y metiendo en su coche a Feliciano de Vascones lo trujo consigo y a su mesa, hasta que Su Excelencia le envió su carroza para la entrada, y nueva orden al dicho Vascones mandándole que de allí adelante le viniese sirviendo como a su misma persona en oficio de Caballerizo, y así lo ejerció desde Otumba, donde le tomó la voz en adelante. De allí pasaron a Zumpango; porque Su Excelencia gustaba que Su Señoría se viniese por el desagüe y lo viese, y también porque, con algún entretenimiento, se diese lugar a las prevenciones de su entrada. Detúvose allí día y medio y el siguiente salió para Huehuetoca; en el camino hallaron a Enrico Martínez,³ maestro mayor de

² El original dice *Apā*. Hoy se denomina Apam, población situada cerca de los límites de los estados de Hidalgo, al que pertenece, con los de Tlaxcala y Puebla.

³ Enrico Martínez nació en Hamburgo, entre 1550 y 1560; vino a Nueva España en 1589, con el título de Cosmógrafo del Rey; fue intérprete de alemán y flamenco en el Santo

aquella obra, que aguardaba en el principio del tajo abierto, y desde allí fue dando cuenta, muy por menor, a Su Señoría, de aquella fábrica, hasta llegar al pueblo. Apeóse Su Señoría en las casas donde Su Excelencia estaba y salióle a recibir a la escalera. Posaron juntos, dándole Su Excelencia sus aposentos, y después de haber comido salieron a ver las lumbreras del desagüe; y en un paso no dificultoso, por donde muchas veces había pasado la carroza sin algún inconveniente ni cau- f. 2 verso sa de peligro, se trastornó, con ambos, aunque no recibieron daño de consideración. Al día siguiente, Su Señoría se vino a Teoloyucan ⁴ y se detuvo un día, y otros dos en Tepozotlán, donde fue muy regalado de los Padres de la Compañía de Jesús.⁵ De allí se fue a Cuautitlán y a San Cristóbal Ecatepec, y en todos estos lugares desde Apam, vino administrando el sacramento de la confirmación. De San Cristóbal pasó a Guadalupe, una legua de México. En este tiempo se habían venido a la ciudad Su Excelencia y Feliciano de Vascones, con los caballos. El Marqués le volvió a enviar, con una mula muy bien aderezada en que Su Señoría entrase, la cual dejó en Santa Ana. Llegó a Guadalupe a medio día con la carroza, de donde salió como a las tres de la tarde y llegando a Santa Ana ⁶ salió de la carroza y

Oficio, impresor, escritor. Después de la inundación de 1607 el virrey don Luis de Velasco, el segundo, marqués de Salinas, aprobó el proyecto de desagüe presentado por Enrico Martínez, para salvar de inundaciones a la ciudad de México; consistía fundamentalmente en llevar el agua reunida en la laguna de Zumpango, por Huehuetoca hasta Nochistongo y allí, primero por tajo abierto y luego por un socavón, sacarla de la cuenca cerrada que es el valle de México, conduciéndola hasta verterla al río de Tula. El 28 de noviembre de dicho año inauguró el virrey las obras del desagüe y luego, para visitarlas con frecuencia y comodidad, hizo construir en Huehuetoca unas casas, utilizadas por varios virreyes más tarde, que son a las que alude Mateo Alemán y donde se hospedó fray García Guerra. Enrico Martínez murió en Cuautitlán el 24 de diciembre de 1632.

⁴ El original dice *Tehuilooyocan* que es, seguramente la forma indígena más exacta del nombre de ese lugar, que hoy se denomina Teoloyucan.

⁵ En Tepozotlán hubo, desde el siglo xvi, un establecimiento de los jesuitas. Primero fue colegio para el aprendizaje de las lenguas indias, necesarias para las misiones de la Compañía. En el siglo xvii y después, fue la casa para el noviciado de la orden. El gran edificio y la iglesia que vemos son de ese siglo, pero en el xviii se construyó el gran imponente de la portada y los espléndidos retablos del interior. Hoy es museo y centro de atracción turística.

⁶ Santa Ana es una pequeña iglesia, próxima a Santiago Tlatelolco, de quien dependía originalmente. Está situada en lo que en el siglo xvii podía considerarse límite en lo de la ciudad de México, pero de hecho en las afueras de la ciudad misma; por eso fue tal sitio

subió en la mula que allí le tenían. Llegaron los caballeros Regidores de México muy galanes en sus caballos, y habiéndole besado las manos, le vinieron acompañando hasta la entrada de la calle de Santo Domingo,⁷ a donde había hecho un tablado para su recibimiento. Llegaron el Deán y Cabildo de la Santa Iglesia, y en subiendo Su Señoría encima se hundió y cayó en el suelo, matando un indio que cogió debajo. Aquí tomaron los Regidores el palio; era de tela de oro morada y cenefas de brocado, con ventidós varas doradas, una para cada Regidor, y entrando Su Señoría debajo lo llevaron a la iglesia mayor, donde a la entrada de la puerta le tenían hecho un arco triunfal muy costoso y bien estudiado, adornado de muchas y varias historias de ingeniosa erudición.

Entró Su Señoría en su iglesia en veintinueve de septiembre de seiscientos y ocho, por la puerta del Perdón, a donde los Regidores dejaron el palio y se lo dieron al dicho Feliciano de Vascones que, como se dijo, venía sirviendo el oficio de Caballerizo por mandado de Su Excelencia, y él se lo dio a Luis de Mendieta, que lo era de Su Señoría en propiedad. Y al adorar de la Cruz, le cantó la capilla el *Te Deum laudamus*, y luego una graciosa chanzoneta, tras de la cual se recitó un coloquio que pareció muy bien su buena disposición y mucho ingenio: salieron las figuras muy bien aderezadas, representaron con donaire, declarando las pinturas del arco. Después de acabado, estando sentado Su Señoría en lo alto del altar mayor, llegaron el Deán, dignidades y prebendados de la Iglesia y le dieron la obediencia; en el mismo lugar que le abrieron después la sepultura. Salió de allí con mucho acompañamiento y lo llevaron a sus casas arzobiscales.

Hubo en su entrada y recibimiento muy general regocijo: las calles, paredes, puertas y ventanas, lo manifestaban con su ornato, así por el deseo que México le tenía, como por su afable condición humanísima, ya divulgada por todo el reino.

donde las autoridades de la ciudad iban a encontrar a los nuevos funcionarios o personajes que llegaban a ella para saludarles y darles la bienvenida.

⁷ Las calle de Santo Domingo eran dos: las hoy primera y segunda de Brasil. El tablado a que se refiere, en la "entrada de la calle de Santo Domingo", estaba, sin duda, en el extremo, en lo de la hoy segunda de Brasil, o sea la esquina con las de González Obregón, al oriente, y República de Cuba, al poniente.

En todo el tiempo que gobernó su Iglesia procuró que con rectitud se administrase su justicia, inclinándose a la misericordia. Que sus criados y súbditos viviesen ejemplar y santamente. No f. 3 verso admitió favor en perjuicio, ni se precipitó a castigo sin mucho examen y culpa. Ocupóse las témporas del año celebrando las órdenes generales, confirmaba muy de ordinario, era grande limosnero de secreto, visitó su arzobispado, con tanto silencio y templanza que jamás de él se oyó queja de agravio, ni lo hizo alguno de sus ministros ni criados a persona viviente, de obra ni de palabra. Hallóse presente, con toda humildad y llaneza, en todos los actos escolásticos a que le convidaron arguyendo y replicando con tanta erudición y magisterio cuanto se podrá encarecer de un sujeto consumado en letras cual el suyo. Predicó muchas veces en su iglesia y otras partes, mostrando el océano de su ingenio en todo.

Un día por la tarde, viniendo Su Señoría del monasterio de Santa Mónica,⁸ ya cerca de su posada, se alborotaron las mulas que no estaban bien domadas en rodar la carroza y dieron a correr con ella desbocadamente, sin poder corregirlas el cochero ni detenerlas mucha gente que se les puso delante. Parecióle a Su Señoría que su persona corría riesgo y temiendo mayor daño eligió por el menor, saltar en el suelo por uno de los estribos; empero, no lo pudo hacer tan francamente que no cayese y recibiese pesadumbre con el golpe que dio en el suelo con todo el cuerpo, quedando algo entido. De este achaque, quisieron después tomarlo algunos, para dar principio a sus indisposiciones.

⁸ Monasterio de Santa Mónica: a fines del siglo XVI se estableció una casa de recogimiento voluntario, bajo la advocación de Santa Mónica. Hacia 1610 el arzobispo don fray García Guerra, parece que estimulado por el doctor don Fernando de Villegas, rector de la Real Universidad de México, y hombre muy rico quiso "erigir y fundar en la casa que llaman de Santa Mónica, casa y recogimiento de mujeres casadas, un monasterio con el título de Santa María de Gracia", dice Marroqui. Hacia fines de 1611 se formalizó la fundación del nuevo convento, con dos monjas del convento de la Concepción, dos del de la Encarnación y luego la profesión, en tal convento, de la suegra y tres de las ocho hijas del doctor Villegas. Medio siglo después se determinó hacer de nuevo el templo, que se bendijo solemnemente el 4 de noviembre de 1661, cambiándosele desde entonces el nombre por el de San José de Gracia. Por todo eso se perdió, totalmente, el nombre de Monasterio de Santa Mónica. El templo de San José de Gracia está en la hoy 5a. calle de Mesones número 139, entre las de Pino Suárez y Correo Mayor.

Jueves Santo, postrero de marzo de seiscientos y once f. 4 recto vino a México la nueva de haber llegado al puerto de San Juan de Ulúa el navío de aviso de Castilla, y que al Virrey don Luis de Velasco Marqués de Salinas le habían dado la presidencia del Consejo Real de las Indias, y quedaba por Virrey de la Nueva España el Arzobispo de México, que gobernase después que constase haber salido del puerto Su Excelencia para Castilla. Y se debe advertir, de paso, que luego como Su Señoría tuvo la cédula y aviso de esta promoción, se fue a su oratorio y postrado en el suelo, reconociendo su indignidad, pidió con muchas lágrimas a Nuestro Señor le guiasse y enseñase cómo mejor le pudiera servir acertando para gloria y honra suya. Estuvo en esta oración mucho espacio, hasta que le obligó a dejarla el haber de acudir a sus obligaciones de aquel día, en que bendijo el óleo, celebró el Mandato públicamente, con doce pobres entre los dos coros, y el sábado siguiente hizo en su capilla órdenes generales.

Su Excelencia, después de aceptada la merced que se le hizo, mandó se le previniese lo necesario a su viaje y embarcación. Salió de México viernes diez de mayo del dicho año, a quien acompañó Su Señoría hasta la iglesia de Santa Ana, donde se despidieron con muchos comedimientos y palabras. Volvióse Su Señoría a su casa con sus criados y Su Excelencia pasó adelante con grande acompañamiento de Oidores, Alcaldes, caballeros y gente principal, en seguimiento de su viaje.

Viernes, diez de junio siguiente: hubo en estas partes f. verso un eclipse de sol, el mayor que se ha visto en ellas en tiempos nuestros; y los que algo presumieron saber juzgar de sus efectos, dijeron: haber comenzado su primera duración a la una y treinta y ocho minutos después de medio día y el fin a las tres en punto, en diez y ocho grados y treinta y cinco minutos de Géminis; el cual, entre otras cosas, mostraba (según su significador que fue Mercurio) muerte de algún príncipe, y que por ser en México, en casa de la religión y salir eclipsándose de la décima casa, que es de los oficios y dignidades, prometía muerte de príncipe de la Iglesia constituido en dignidad secular.

Llegó a México la nueva que ya Su Excelencia se había hecho a

la vela con la flota de Castilla, estando Su Señoría en Tacubaya⁹ y, en el punto, mandó poner su carroza y entrando en ella con el Padre presentado fray Antonio de Olea, confesor suyo, a todo paso se hizo llevar a Guadalupe, donde, postrado en el suelo, ante aquella milagrosa y devotísima imagen de Nuestra Señora, sus ojos hechos fuentes de lágrimas, le pidió con ellas y con sollozo del alma intercediese ante la Divina Majestad, su precioso Hijo, le comunicase su espíritu, para que siempre acertase a servirle, gobernando su pueblo en paz y justicia. De allí se vino luego a Santiago Tlatelolco, monasterio de frailes Franciscanos calzados, dentro de la ciudad aunque lejos del comercio, y allí estuvo hasta que hizo su entrada. En este tiempo, lo visitaron los señores f. 5 recto de la Real Audiencia, los dos Cabildos, eclesiásticos y seglar, caballeros, pretendores y otras personas, que le fueron a dar la enhorabuena. Y admitió en estos días que le llamasen Excelencia.

Domingo, diez y nueve de junio siguiente, se puso en ejecución su entrada y recibimiento, ya prevenido de antes. Hízose con la mayor aceptación y regocijo que se podrá encarecer; porque como estaba tan bien recibido, siendo amado de todos, tuvieron aquella suerte por felicísima. Las bocas y los ojos del común manifestaban las alegrías de sus corazones; que tengo por mayor felicidad en un príncipe ser amado que temido, como lo uno nazca de la voluntad y lo otro de violencia.

Este día, después de comer, fue don Francisco de Trejo Carvajal, caballero Regidor de México, a besar las manos a Su Excelencia de parte de la Ciudad, y a presentarle un caballo con que le servía para la entrada. Era de color sabino,¹⁰ de mucha persona, gallardas obras y grande mansedumbre y el mejor que se halló en esta tierra

⁹ El original dice *Atlacuihuayan*: tal era el nombre indígena que, como se ve, subsistía a comienzos del siglo xvii, hoy transformado en Tacubaya. Originalmente fue un pueblo, al suroeste de México, que a mediados del siglo xvi pertenecía a la jurisdicción del Marquesado del Valle. Por estar en los aledaños de la ciudad y apartado de las humedades de las lagunas se fue poblando con rapidez y tuvo muy buenas casas, una de ellas llamada del Arzobispado, a quien pertenecía. Tacubaya es hoy parte integrante de la ciudad de México. Respecto a su etimología: "Atlacuihuayan lugar a donde se va por agua..." dice don Luis Cabrera.

¹⁰ *Color sabino*. El diccionario lo da como sinónimo de rosillo, pero el Marqués de Guadalupe aclara, mejor, que es "caballo de pelo blanco, castaño y negro..."

para el propósito; llevaba guarniciones, gualdrapa y teliz ¹¹ de terciopelo negro. Su Excelencia lo recibió con mucho amor y agradecimiento; despidióse y fuese a esperar con el caballo en Santa Ana, donde había de subir en él. Para esta entrada y recibimiento estaban las calles y ventanas, por todo el paso, curiosamente aderezadas con los tapices y colgaduras más preciosas que se pudieron juntar para el efecto.

Serían las tres y media de la tarde cuando avisaron a Su Excelencia que la Ciudad y Real Audiencia venían cerca de Santa Ana. Salió Su Excelencia de Santiago y allí llegaron el Cabildo de la Iglesia, y habiéndole besado las manos dieron la vuelta, para salir a recibirle. Tenían los naturales en aquella plaza delante de Santiago, hecho un artificio para volar,¹² desde lo más alto de un pino al suelo, y al tiempo que Su Excelencia pasó en su carroza, cayó uno de ellos y se hizo pedazos. Prosiguió adelante Su Excelencia hasta llegar a Santa Ana, donde salió de la carroza y subió en el caballo que allí le tenían prevenido. Los señores de la Real Audiencia llegaron a besarle las manos a caballo, y después el Regimiento de la Ciudad a pie; con que dieron la vuelta, tomando el Regimiento la delantera en sus caballos, los maceros delante. Vinieron acompañando a Su Excelencia hasta el arco que hicieron a la entrada de la calle de Santo Domingo.¹³ Iban vestidos con ropones de terciopelo carmesí de Castilla, forrados en raso rosado aprensado, coletos y calzas negras con telas de primavera de plata y carmesí, jubones de lo mismo, gorras de terciopelo negro ricamente aderezadas las toquillas y con muchas y muy lucidas plumas blancas encrespadas; espadas doradas con pretinas y correas de terciopelo, bordadas de oro y perlas; los caballos con aderezos de la brida, tan briosos y lozanos que parecían mostrarse partícipes de aquel regoci- f. 5 verso

¹¹ *Teliz*, más bien *telliz*, es "el paño con que se cubre la silla del caballo, después de haberse apeado el caballero, o lo que llevan los caballeros de respeto en cualquier función", dice el *Diccionario ecuestre* del Marqués de Guadalupe don Carlos Rincón Gallardo.

¹² Se refiere al "volador"; juego de diversión y festejo (de origen religioso y ritual), que consiste en que, arriba de un muy alto mástil hay una pequeña plataforma donde un indio baila, tocando flauta y tambor y cuatro indios "voladores", atados por cuerdas enrolladas al mástil, descienden girando con grandes atavíos de plumas.

¹³ Ese arco se puso en el mismo sitio que había ocupado el tablado, cuando la anterior entrada y recibimiento de fray García Guerra como arzobispo. Ver nota 7.

jo. Detrás venían los señores de la Real Audiencia en orden, y a la mano derecha del más antiguo, Su Excelencia. Venía detrás don Lesmes de Astudillo su Gentilhombre de la Cámara, en un muy galán caballo a la brida y muy bien aderezado, llevaba el guión del Capitán General. De esta manera llegaron a la entrada de la calle de Santo Domingo, a donde la Ciudad había mandado hacer un arco triunfal de grande majestad y traza, pintado al óleo, con historias, enigmas y letras latinas y españolas, muy elegantes y sentenciosas, en que pudiera bien tomar vuelo la pluma, si la ocasión y tiempo lo permitiera. Lo que de ello sentí, digo, que de tal manera estaba fabricado que correspondían sus miembros con los ventanajes, azoteas y suelos de las casas colaterales, y por donde quiera mirado parecía todo junto un edificio, porque los cuerpos, vivos y pintados, corrían en orden según el ventanaje de alguna galería.

En llegando a él se apearon los Regidores, y el Corregidor don García del Espinar, a pie, recibió el juramento de Su Excelencia, y hecho, le puso en las manos una llave dorada, como entregándole la ciudad. En este arco estaban unas puertas grandes que abrieron luego, y el dicho Corregidor, y Diego de Ochandiano Contador de la Real Caja, don Fernando de Bocanegra y don Fernando de Ribadeneira, en aquel tiempo Alcaldes Ordinarios, llevaron el caballo de diestro, por cuatro bandas o ligas de tafetán encarnado, asidas a las f. 6 verso cabezadas del caballo y cada uno con la suya, lo metieron debajo del palio que con veintidós varas doradas lo tenían extendido y levantado los Regidores. Era de primavera de oro con cenefas de brocado de lo mismo, y en esta manera fueron hasta la iglesia mayor. Poco antes de llegar a ella, cerca de las casas del Marqués del Valle, salieron el Cabildo y clero de la iglesia, con cruz alta, para recibir a Su Excelencia, que llegando a la puerta del Perdón se apeó y mandó no entrasen dentro con el palio, porque aquella majestad y gloria sólo a Dios pertenecía y no a criaturas humanas. De esta manera entró dentro y lo recibieron con el *Te Deum laudamus*, cantóle la capilla unas chanzonetas, hizo la oración en un sitial que le pusieron cerca del altar mayor, donde se suele sentar el Virrey con su Audiencia. Salió después por la otra puerta de la plaza, donde ya el Regimiento le había pasado el palio,

y entrando debajo de él, a pie, lo llevaron a Palacio. Allí lo dejaron los Regidores y lo dieron a don Alfonso de Castro, Caball rizo de Su Excelencia, que lo era entonces. Con Su Excelencia subieron hasta los corredores los señores de la Real Audiencia y allí se despidieron. Los Regidores y caballeros entraron a la antecámara, donde se paró debajo de un dosel y dio las gracias en general a todos y a cada uno en singular, de los que le llegaron a hablar.

Hubo en medio de la plaza y casas de Cabildo un castillo y figuras con ingenios de fuegos que fueron muy para ver. Dispararon f. 7 recto una salva de muchas bombas y cámaras de artillería, haciendo grandísimo estruendo. Después, a la noche, parecía toda la ciudad arder en fuego, por las muchas luces de las ventanas y hogueras de las calles.

El día siguiente, después de haber oído misa Su Excelencia y Audiencia, en su capilla, el secretario Martín López de Gauna leyó la cédula de Su Majestad, cerca de la presidencia de Su Excelencia; el secretario Cristóbal Osorio recibió el juramento acostumbrado, y hecho, la obedecieron aquellos señores. Hizo allí luego una breve plática, elegante y grave, que verdaderamente tenía grande caudal, eminencia y energía de palabras en tales ocasiones de repente. Dio a entender que su profesión y principal oficio era de apóstol, y aunque indigno de tan alta dignidad, ya que Dios Nuestro Señor había sido servido de hacerlo Arzobispo de México, en razón de tal recibía llamarle Señoría solamente, y que si desde que entró en Santiago admitió el título de Excelencia fue por conservar lo concedido a los virreyes, y el dejarla de admitir no les parase por su omisión perjuicio en lo de adelante, y pues en aquello había hecho el deber, que de su parte, para lo venidero, la renunciaba y no la quería, y disgustaría mucho de que alguno se la llamase, porque sólo con Señoría se contentaba, y también, ya que la Divina Majestad había ilustrado aquella Señoría con el título de Virrey, si alguno le quisiese llamar Señoría Ilustrísima, lo pudiese hacer por su voluntad o gusto, em- f. 7 verso pero Excelencia no, por algún modo, porque le pesaría mucho de ello. Prometió dar audiencias de ordinario, y con esto salió a tomar la posesión de la presidencia.

Pidió se le hiciese relación del pleito más desamparado de hombre pobre, hízose, dio la hora, y bajando de los estrados se fue a su aposento. Dio audiencia pública en su antecámara a cuantos quisieron llegar a hablarle, y aunque luego, el día siguiente, se sintió con un poco de calentura, y fue necesaria sangría, no por eso dejó de continuar las audiencias los días que pudo, animando y consolando a todos con buenas palabras y esperanzas. Que la grandeza de un príncipe se conoce cuanto se compadece más de los vasallos.

Viernes veintiséis de agosto del dicho año de seiscientos y once, sería como entre las dos y las tres de la madrugada, hubo en esta ciudad y su comarca el mayor temblor de tierra de que se acordaron los más antiguos de ella; cayeron muchos edificios, peligraron y murieron muchas personas cogiéndolos debajo; de manera se sintió, que andaban después los hombres como asombrados, y en muchos días no se trató de otra cosa.

Esto sucedió en los primeros días del gobierno de Su Señoría Ilustrísima. Tratábase de hacer fiestas por su recibimiento, las cuales, por estar tan de próximo las que acostumbra a hacer esta ciudad por San Hipólito ¹⁴ era necesario haberse de gastar mucha suma de dineros en ambas; y en el ínterin, iban entreteniéndolo a Su Señoría Ilustrísima con algunos f. 8 recto toros que se corrieron en un cortinal de palacio, lo cual se hizo dos veces; y pareciéndole a Su Señoría Ilustrísima que la Ciudad estaba un poco estrecha, con grandes gastos que se le habían ofrecido los días antes, y que las dos fiestas que se ofrecían de presente le serían de mucha consideración y costa; además que a su hábito no era tan decente salir en público, tomó por acuerdo que para este día se corriesen toros en el mismo lugar y se jugasen alcancias, con lo cual se cumpliese con ambas obligaciones. Hízose con mucho regocijo, aunque todo fue

¹⁴ El día de San Hipólito, 13 de agosto de cada año, y en las visperas y día de la octava, solían hacerse muchos festejos públicos: representación de comedias en la plaza mayor, juegos de cañas y de toros, desfile de carros acompañados de danzas de los indios y, desde luego, el llamado paseo del Pendón, en que el Ayuntamiento acudía a grandes funciones religiosas en el templo de San Hipólito. Todo ello era para conmemorar la conquista de esta capital del reino, puesto que el fin del sitio y rendición de México Tenochtitlan con la prisión de Cuauhtémoc, aconteció el 13 de agosto de 1521, cayendo la ciudad en poder de Hernán Cortés.

bien menester para los ánimos afligidos del temblor de aquella madrugada; y queriendo los caballeros hacer carrera, la comenzó don Andrés Guerra, sobrino de Su Señoría Ilustrísima y capitán de su guarda; y habiéndola paseado, cuando quiso revolver el caballo (fue cosa de grande admiración) comenzó a temblar otra vez la tierra fuertemente, aunque no tanto como la pasada, y tardó hasta que hubo corrido y sosegó el caballo, habiéndolo parado justamente, con tanta igualdad ambos movimientos, como si fueran dos arterias de un mismo cuerpo. Quisiera Su Señoría Ilustrísima retirarse luego y dejar las fiestas, no lo hizo por no mostrar flaqueza de ánimo y porque ya cerraba el día; de allí a poco se levantó y fue a su aposento. Esa noche la pasó con muchas congojas y algún poco de calor demasiado.

Que las indisposiciones de Su Señoría Ilustrísima hubiesen tenido principio, según sintieron algunos, del golpe que f. 8 verso se dijo, cuando se arrojó de la carroza, o causádose de otros achaques, como lo afirmaron otros, en cualquier manera que haya sido, se declaró más el daño el día de estas fiestas en la noche, pues aquella calentura obligó a los médicos a usar de sangría.

Pareció ser, en su principio, algún fácil accidente, si no con [*sic*] sin putrefacción, de fácil cura, y así no se hizo de él mucho caso. A los primeros días de septiembre padeció algunas destilaciones a los ojos y a otras partes; por la disposición del sujeto y calidad natural de esta tierra, ser caliente y húmeda; que por estar fundada en una laguna y ser las calidades de los aires las dichas, está con sujeción a padecer corrimiento de humores y reumas. Este achaque necesitó a que Su Señoría Ilustrísima se consintiese abrir una o dos fuentes en el brazo derecho, para evitar mayores daños. Poco después le sucedió una fiebre aguda, de corrupción de todos los humores, de que se halló afligido, y los médicos obligados a hacerle remedios más eficaces de purgas y sangrías, con que se sintió algo mejor, porque la calentura se le quitó de todo punto, quedando al parecer muy aliviado.

Estuvo después de esto algunos días con mediana salud, aunque se quejaba siempre de dolor en el hígado que, yendo en algún crecimiento, le volvió la calentura, y mirándose su enfermedad con

más cuidado, le pareció por entonces a su médico ser opilación¹⁵ en el hígado, empero, como siempre fuese creciendo en mayor aumento. se deter- f. 9 recto minó hacer junta de médicos, y en cuatro de enero de seiscientos y doce se juntaron en Tacubaya (una legua de México, donde Su Señoría Ilustrísima se había ido a curar), cinco médicos de los mejores que había en la ciudad, y consultada en la enfermedad se dividieron los pareceres. A los que primero habían acudido a ella, que sin duda era opilación en el hígado, a otros dos de los nuevamente llamados, que había inflamación, y el uno de ellos dijo con resolución ser apostema, en la parte jiba del hígado sin opilación, y que ya tenía hecha materia, esto fue lo que se trató en aquella primera visita.

Juntáronse otra vez en el mismo lugar, en seis del dicho mes, día de Pascua de Reyes, y cada uno de los médicos, en presencia de Su Señoría Ilustrísima, dijeron su parecer, y concluyeron lo que antes. Como el paciente deseaba que su mal fuese poco y sin peligro, inclinóse al parecer de los primeros, que afirmaban ser una opilación, en que no había riesgo alguno; mas todavía el médico singular afirmaba y porfiaba no ser opilación sino apostema, y nunca se convinieron; así, cada uno siguió lo que le pareció, según pudieron conjeturar de los indicios, que fueron muchos y varios como después de su muerte vimos. Entonces despidieron a los tres médicos, y quedaron los dos primeros, los cuales aplicaron medicamentos y remedios convenientes a la opilación. Y aunque se decía cada día que Su Señoría Ilustrísima ya estaba sano, como interiormente se iban las materias f. 9 verso aumentando, y el mal agravándose, viéndose afligido el enfermo, se vino a México, donde todos los médicos principales lo visitaron e hicieron juntas; empero siempre y por lo dicho, los dos primeros afirmaron ser opilación. Con esto se determinó que sólo quedasen dos que prosiguiesen la cura y a los más despidieron.

Estando pues la parte lesa.¹⁶ muy supurada, con abundancia no-

¹⁵ Opilación. "Obstrucción de las vías por donde pasan los humores" dice el *Glosario de voces comentadas en ediciones de textos clásicos*, de Carmen Fontecha.

¹⁶ El *Diccionario* registra *leso* como agraviado, ofendido, pero el *glosario* citado da el significado de "herido".

table de materias, porque parecía tener Su Señoría Ilustrísima un poco de calentura, le sangraron tres veces, contra el parecer de algunos médicos; tras esto le creció una muy recia fiebre, que por lo que después pareció fue haberse corrompido por la parte interior espontáneamente aquel abceso y algunos médicos dijeron ser dolor de costado, que le había sobrevenido, por lo cual aplicaron remedios exquisitos; mas de allí a dos días hicieron las materias grandísima eminencia, en la parte de las costillas que llaman los médicos mendozas ¹⁷ últimas, y siendo necesario que viniesen cirujanos, conocieron ser importante abrirlo.

Sábado veintiocho de enero a las cinco de la tarde, habían dado a Su Señoría Ilustrísima el sacramento de la comunión, con grande solemnidad: vino acompañado con muchas hachas de cera blanca, los pajes de Su Señoría Ilustrísima con cirios grandes, a quien siguió el Cabildo y clero de la Iglesia y Regimiento de la ciudad. Llevó el Santísimo Sacramento el doctor don Juan de Salcedo Arcediano de México, y Regidores las varas del palio; a los lados iban los soldados de la guarda y en medio los cantores de la Iglesia cantando himnos delante, pareció igual procesión a la del día del Corpus. Venían detrás los señores de la Real Audiencia, y después de haber Su Señoría Ilustrísima recibido el viático, estando presentes los dichos señores y los dos Cabildos, eclesiástico y seglar, les hizo una muy tierna y elegante plática, y tal como de su ingenio, sobre aquellas palabras del capítulo trece de San Juan que dicen: *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in sinem dilexit eos*. Ponderó mucho este lugar y el amor que tuvo Cristo a sus discípulos por los efectos que de él resultaron; en especial aquella grandeza mayor de sus grandezas, excelencia más excelente cuantas Dios usó con el hombre; pues estando ya de partida para la muerte, dejó tan transustanciado Su Sacratísimo Cuerpo y Sangre en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, debajo de aquellas

¹⁷ Mendozas, por parecidas a mendocias (como en portugués), las costillas hoy llamadas falsas que no llegan al esternón. Barahona de Soto pone *méndola* (o acaso sería *mendola*) diciendo "...las puntas de las espaldas que nosotros llamamos *volanderas* o por la última costilla que los anatomistas llaman *mendola*..." En *Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas*: don Francisco Rodríguez Marín.

especies de pan y vino, para su gloria y nuestro provecho, quedándose con nosotros por manjar y sustento nuestro; el cual cría un amor y confianza particular para tratar con el mismo Dios. Y así quisiera, en señal del amor que les tenía, encargarles y alcanzar de ellos en su fin, que sería breve, tuviesen toda paz, amor y conformidad, que fuesen observantes a la justicia y considerasen aquel paso en que se hallaba. Confesóse allí en público por miserable pecador, y declarando aquel paso del mismo evangelista: *Si dixerimus quia peccatum non habemus, etc.* Dijo que sabía muy bien f. 10 verso la Divina Majestad, que siempre su ánimo había sido acertar en todo, y en sí no conocía pecado de malicia. Movi6 tanto los ánimos con sus palabras fervorosas que hubo muy pocos que no las pasasen a su alma, repitiéndolas con lágrimas en ella.

Domingo cinco de febrero, a las cuatro de la tarde, abrieron a Su Señoría Ilustrísima; no se hizo según era conveniente, porque no había de ser por entre la tercera y cuarta costilla, como se hizo, sino más bajo; que aunque salió alguna materia, por haber corroído ya el diafragma y subido arriba, con todo eso no era de consideración la que por allí salía, pues abajo quedaba más.

Los accidentes crecían, la virtud natural menguaba, las ganas del comer se postraban muy a prisa, viéndose ya en notorio peligro a los ojos; le advirtió su médico del riesgo de su vida y mandó recibiese la extremaunción, en once del dicho mes, habiéndose confesado generalmente tres veces, en poco más tiempo de un mes y medio, reconciliándose cada día; y en éste, que ya su poca esperanza de vida quedó declarada, tomó en las manos un santo Crucifijo e hizo con él grandísimos actos y demostraciones de contrición y humildad, hizo una breve plática, estando presentes algunos señores de la Real Audiencia, certificándoles, por el paso en que se hallaba, que no le acusaba su conciencia de caso alguno en que hubiese dejado de haber hecho justicia, ni recibido dádiva por favor, merced ni f. 11 recto otra cosa que se le hubiese pedido. Dióles para la Sala del Acuerdo una imagen devotísima de la Santa Verónica, que se apreció la hechura en casi mil pesos, pidiéndoles la pusiesen allí donde viéndola se acordasen de rogar a Dios por él. Este día se dispuso para morir, y en sí mismo quedó muerto. Hizo

que los Padres religiosos de la orden de Santo Domingo, que allí asistían, le rezasen el oficio de difuntos, ayudándoles él, y pidiéndoles por amor de Dios le industriasen y enseñasen como a una bestezuela, lo que debía hacer. Con estos actos de humildad y contrición y otros muy dignos de sus admirables letras, entendimiento, cristiandad y prudencia, dio su espíritu al Señor, en veintidós de febrero del dicho año de seiscientos y doce, a la una y tres cuartos después de medio día.

Este día miércoles, como a las ocho de la noche, abrieron el cuerpo, y hallaron por la parte cóncava de la una punta del hígado cantidad como de medio huevo, por donde se liga con las costillas, por las materias que le acudían de aquel lado ya podrido; los pulmones con algunas manchas, tan levantados, que apenas parecía caber en la caja de su asiento, y el corazón muy consumido y pequeño. Las costillas mendozas estaban tan podridas que se deshacían entre los dedos; indicios todos que aunque los médicos atinaban al daño e hicieron sus posibles diligencias, por ser caso inaudito, no visto ni oído su semejante, y que nunca Su Señoría Ilustrísima se quejó de f. 11 verso otra cosa que sólo del lado del hígado, y al ser la lesión interior de síntomas indiferentes dio margen donde cada uno pudiera esforzar su opinión, con suficiente disculpa de la que les quiso imputar el vulgo ignorante.

Luego después, jueves en la noche siguiente, por temor del mal olor, le abrieron la cabeza y le aserraron el casco a la redonda para sacarle las médulas: fue tanta la cantidad que me pareció, si quisieran volverlas a envasar en su mismo vaso, ni en otro tanto más cupieran; fue la monstruosidad mayor que se ha visto, sin tener alguna corrupción, mal olor ni cosa de que se pudiera tomar indicio de haberse tan de súbito dilatado tanto. Recibiolas en un lebrillejo el dicho Feliciano de Vascones, y acompañándolas el sochantre Juan López, capellán de Su Señoría Ilustrísima, y yo con una hacha de cera blanca, las enterramos en el Sagrario de la Santa Iglesia, casi a las nueve de la noche.

Habiendo fallecido ya Su Señoría Ilustrísima lo tuvieron en su cama, la cual era muy moderada y no mejor que la ordinaria de un

religioso; estuvo en ella hasta la noche, que (como dije) le abrieron y embalsamaron el cuerpo, comenzó a doblar la iglesia mayor con grande solemnidad en aquella hora, y las más iglesias parroquiales, conventos y colegios hicieron lo mismo, con tan grande sentimiento como pedía semejante pérdida de un príncipe tan bien visto y amado de todos.

Luego este día por la tarde a las cuatro salieron a f. 12 recto encomendar el alma, el Cabildo de la santa iglesia, dignidades y prebendados, con sus capas de coro las faldas tendidas, capellanes y clero de ella con sobrepellices, llevando delante su Cruz alta y ciriales. Iba el pertiguero con un ropón de terciopelo negro, cuatro capellanes con cetros de plata, y otros cuatro de teas con capas de terciopelo negro bordadas de oro y seda. El doctor Juan de Salcedo, arcediano de México, iba revestido con capa de tela de oro y negro, y dos prebendados a los lados, con almáticas de lo mismo.

Hecho el oficio, cantaron un doloroso responso los músicos de la iglesia, con que se volvieron a ella. Después de lo cual vinieron al mismo lugar las religiones a los mismos oficios, y en cantando el responso se volvían a sus casas.

Esta misma tarde abrieron el testamento y vieron quedar por albaceas el señor licenciado Diego Núñez de Morquecho, Oidor de la Real Audiencia de México, el Arcediano don Juan de Salcedo, el Maestro fray Luis Vallejo, Provincial de la orden de Santo Domingo y el doctor Luis de Villanueva Zapata.

El día siguiente, jueves, amaneció puesto el cuerpo en medio de la real capilla, delante del altar de ella, sobre un tablado, poco más de una vara en alto, algo inclinado de los pies y levantado de la cabecera, cubierto con un costoso paño de terciopelo negro, bordado de realces de oro y sedas de matices, muy cuajado y de mucha vista; tenía debajo de la cabeza una f. 12 verso almohada de terciopelo negro con caireles y borlas de oro y seda negra. Estaba vestido de pontifical, sobre su hombro y lado izquierdo el báculo pastoral. Era la casulla de tafetán morado de Castilla, guarnecida con oro. Tenía calzados unos guantes, labrados de aguja de seda morada y oro. Una vistosa mitra. El palio sobre sus hombros y un pectoral de reliquias guarnecido, de manos de monjas, con aljófar

y perlas, curioso y pobre. Zapatos de raso morado cairelados con oro; y con esto lo llevaron a enterrar, salvo que para el día del entierro le pusieron otra mitra de mucho precio, guarnecida de perlas y piedras de valor. Estaba su cuerpo tratable como cuando vivo y en extremo helado. A su cabecera tenía el guión de Capitán General un poco inclinado al suelo y la cruz arzobispal a su man derecha. Estaban a los pies las dos mazas reales, una de cada lado y abajo de ellos el capelo. A las cuatro esquinas del tablado había cuatro grandes blandones de plata muy bien labrada y en ellos ardían cuatro hachas de cera blanca. Delante del cuerpo estaban otros cuatro hachezuelos de plata muy buenos, de vara en alto con su cera encendida. La capilla estaba colgada de paños negros y por el suelo reposteros bordados matices de paño blanco, fraileSCO y negro. De esta manera estuvo el cuerpo, en la real capilla, desde aquel día hasta el sábado siguiente a las tres y media de la tarde, que lo sacaron a enterrar.

f. 13 recto Fue tanto el concurso de los que acudieron a palacio estos tres días, así españoles como naturales, hombres y mujeres de todas calidades, que se conoció en ello muy bien cuánta sea la grandeza de aquesta ciudad y amor a su príncipe, de cuya falta mostraron sentimiento notable; los corredores de palacio estuvieron siempre llenos de gente y con mucha dificultad se podía entrar o salir de la capilla, donde lo velaron aquellas noches religiosos de todas las órdenes.

Este día por la mañana vinieron en procesión, a la iglesia mayor, todas las parroquias, religiones, colegios y ermitas, con cruz alta y ciriales, preste y diáconos revestidos, y teniendo señalados altares decían su misa cantada y de allí pasaban a palacio a cantar el responso en contorno del cuerpo, y se volvían a sus casas. Después de todos vino el Cabildo de la santa iglesia, según la tarde antes, dijéronle su vigilia y misa de cuerpo presente, con mucha solemnidad en el altar de la real capilla, y dicho el responso a canto de órgano se volvieron.

En todo este tiempo nunca dejaron de doblar en todas las iglesias y conventos de México, y no sólo en este día mas desde que falleció Su Señoría Ilustrísima hasta sus honras hechas, doblaron

siempre por las mañanas a medios días y a las tardes, hasta después de las Ave Marías.

Cuando Su Señoría Ilustrísima falleció ya el Cabildo de la santa iglesia tenía ordenado al canónigo Antonio f. 13 verso de Salazar, asistiese con el cuerpo sin faltar a las cosas, ministerios y prevenciones que allí se ofreciesen. Lo mismo acordó (después de ya fallecido) la Real Audiencia. Hízolo con tanta diligencia y cuidado, con tanta solicitud y asistencia, cuanto se conoce bien de su condición y solitud en las cosas de su cargo.

Juntáronse los señores de la Real Audiencia para ordenar las cosas del entierro, como señores y dueños a quien tocaba; en cuya ejecución se conoció más, y mostraron con exceso grande, su mucha prudencia, letras, valor y generoso ánimo; porque no se podrá encarecer la diligencia y silencio con que todo se previno, la quietud fervorosa con que se hizo, la concertada orden que se tuvo en todo, en especial el día del entierro, donde así el acto general como en cada singular aun hasta el mismo tiempo se mostró fúnebre. Puedo certificar, habiendo visto las mayores grandezas de la cristiandad, en tales actos y tiempos nuestros, no haberle alguna excedido, y sola una igualado; digo, dándole su lugar a cada cosa, no tratando de grandeza de sujetos, concurso de príncipes, número de gente, ni riquezas; mas en su tanto cada una, la mayor de que pueden hoy deponer los nacidos, fue sola en Sevilla, en la translación de los cuerpos del santo Rey don Fernando, Rey don Alfonso El Sabio y más personas reales, príncipes y maestre de Santiago, que se pasaron a la Capilla de los Reyes nueva de la vieja; en que parece no sólo ha- f. 14 recto ber concurrido aquel maravilloso aplauso, quietud, con cierto silencio, admiración, sosiego, tristeza y lágrimas, que aún pareció habernos el cielo ayudado con ellas haciendo su sentimiento, no afligiendo ni enfadando, que no es de pequeña consideración en esta tierra, siendo el tiempo natural de vientos deshechos, habiéndolos habido los días antes y después con exceso; en este día pareció que Nuestro Señor apartó las aguas de las aguas y descubrió una tarde tan apacible, sosegada y fresca, que mostró claramente ser grande providencia suya, para consuelo nuestro, cerca de la salvación de nuestro príncipe Una ventaja

hizo su entierro al que dije: y fue las insignias de Capitán General que faltaron en el otro. De manera que no dirán los nacidos que vieron este acto, y los más en que se hubieren hallado, que le haya hecho ventajas alguno, concurriendo tanto junto.

Cubriéronse de luto los señores de la Real Audiencia, con sotanillas largas y garnachas de bayeta por frisar, botones y caperuzas de lo mismo y sombreros de fieltro con cintillos de él, sin cairel ni más forro que dos dedos de tafetán a la cabeza. Ordenaron a la Ciudad que guardasen la misma que su Alguacil Mayor de corte. Llevaron ropillas largas y capas de bayeta hasta la garganta del pie, caperuzas de lo mismo y sombreros como los dichos.

Entre las más prevenciones que se hicieron fue cometer a Pedro de la Torre, Secretario del Go- f. 14 verso bierno, mandase hacer cinco tablad^{os} o posas, en la distancia del camino, donde parasen el cuerpo. Hízose la primera delante de las puertas de palacio y hasta ella bajaron el cuerpo, desde la real capilla, los señores de la Real Audiencia, donde lo recibieron, como a su arzobispo y prelado el Deán y Cabildo de la Santa Iglesia y lo llevaron hasta la segunda, que se hizo a la esquina de las casas arzobispales; allí lo recibió la Ciudad, y pasándolo por las calles del Reloj y de los Donceles, lo pusieron en la tercera posa, que se hizo en la encrucijada de la calle de Santo Domingo; desde allí lo pasaron adelante la Real Universidad y doctores mas antiguos a la cuarta, que estaba frontero de la cruz de los portales, a la entrada de la calle de Tacuba. Desde allí lo llevaron Prior y Cónsules hasta la quinta, que se hizo a la puerta de la iglesia mayor. En esta posa lo volvieron a recibir los señores de la Real Audiencia y lo entraron en la iglesia, dejándolo encima del túmulo. Hízose con tanta majestad y grandeza, que no se podrá encarecer con palabras. Puesto el cuerpo encima del túmulo estuvieron a la redonda de él muchos pajes con hachas encendidas en las manos, y un rey de armas abajo, a los pies del túmulo, con los maceros a los lados, las cabezas descubiertas y en pie todo el tiempo que tardaron en hacer el oficio y sepultar el cuerpo.

Sábado por la tarde se juntaron en las casas reales, f. 15 recto la Real Audiencia, Ciudad, Real Universidad y Consulado. La Real

Audiencia, en la sala del acuerdo; la Ciudad, en la de audiencia pública; la Real Universidad, en la de menor cuantía, y el Consulado en la antecámara, y como a las tres y media de la tarde salió del palacio el entierro en esta manera:

Delante de todo fueron las cruces de los barrios y parroquias de indios, con su cera y campanillas y estandartes caídos atrás. Los niños colegiales de San Juan de Letrán, que llaman en Castilla de la doctrina. Las cofradías de la Vera Cruz, la Soledad, la Trinidad, Nombre de Jesús, de la Sangre, Rosario, Despedimiento, Nazarenos y San Juan de la Penitencia, todas de españoles, llevaban sus estandartes levantados, la cera encendida, cruces y ciriales delante, y por todas fueron treinta y ocho cofradías. Los Hermanos de los convalecientes, que son como del Hospital General de Madrid, en Castilla; visten paño pardo, sotanillas largas encima de la garganta del pie, ferreruelos algo más cortos de cuello bajo y sombreros grandes de fieltro pardo; son los que administran aquí la casa de los inocentes, advocación de San Hipólito. Los Hermanos de Juan de Dios, por otro nombre de la Capacha.¹⁸ Los Padres de la casa Profesa y Colegio de la Compañía de Jesús. f. 15 verso Los frailes de Nuestra Señora de las Mercedes. Los Carmelitas Descalzos. Los de San Agustín, Santacruz, San Sebastián y San Pablo, que son todos de una religión y hábito. Los de San Francisco, Santa María la Redonda y Santiago Tlatelolco que son calzados, y los descalzos de San Diego, todos de una misma orden. Los de Santo Domingo iban los últimos.

Llevaba cada orden su cruz y ciriales delante y al fin remataban con el preste y diáconos revestidos, lo mejor y más costoso que cada orden tuvo y pudo. Los Padres de la Compañía no llevaban cruz ni vestuario. Iban todos con tanto silencio, tanto orden y concierto, que no hacían más bullicio del que se suele sentir en el mayor sosiego de la noche. A todos en general: hermanos, religiosos, frailes y clero, se les dio cera blanca de a media libra; que

¹⁸ Considerando que el vocablo, aunque castizo (lo usan Quevedo y otros autores del Siglo de Oro), aquí no arraigó y está perdido, reproduzco las acepciones 2 y 3 que registra el *Diccionario*: "*capacha*. Esportilla de palma para llevar fruta y otras cosas menudas, fig. y fam. Orden de San Juan de Dios, cuyos religiosos en principio recogían en *capachas* la limosna que pedían para los pobres".

considerado el mucho número de personas a quienes se repartieron, la mucha cera de las cofradías y hachas del entierro, que fue grande cantidad, y estar en México, a donde se trae de Castilla o de la China, no fue pequeña grandeza, pues no se distribuyera más ni con mayor largueza en España.

Después de las órdenes iba la clerecía con el mismo paso, llevaron la cruz de la Catedral delante, con manga de tela de oro y negro y ciriales a los lados, iban con sobrepellices. Los prebendados y dignidades llevaban encima sus capas de coro, caídas las faldas y detrás de ellos el cuerpo. El crucero delante de él, muy enlutado, con la cruz arzobispal, y detrás de él dos reyes de armas, con sobrecotas de raso negro y en ellas las armas reales y las mazas de plata encima de los hombros. Iba echado en una media caja de madera, forrada en raso negro, revestido según se dijo, salvo que para el entierro le pusieron sobre las gargantas de los pies un bonete con borla blanca, insignia de maestro en Santa Teología, y abajo de los pies, en el canto de la caja iba el capelo. A los lados del cuerpo iban los de la guarda, en cuerpo y descubiertos; llevaban ropillas largas de bayeta, las alabardas vueltas, arrastrando las cuchillas por el suelo. Detrás del cuerpo fueron revestidos el Arcediano de México con capa y diáconos con almáticas de tela de oro y negro, a quien seguían en mucho concierto el Consulado de los mercaderes, tribunal donde asisten un Prior, dos Cónsules y tres Consejeros, que son los que fueron prior y cónsules el año antes y cinco diputados; es elección de un año y conocen de todas las diferencias causadas de fatorajes, compañías y encomiendas de mercaderes; llevaron ropillas, capas y caperuzas de bayeta. La Real Universidad iba detrás con el mismo luto, sus maceros o bedeles delante, que llevaban en medio al Maestro de Ceremonias, con su bastón en la mano; a quien sucedieron los maestros y doctores graduados; llevaban vueltos los capirotos cada uno de su facultad, lo negro afuera y los colores adentro, bonetes o caperuzas con sus borlas en la forma que suelen asistir a un grado.

Detrás de la Real Universidad iba el Regimiento de México, llevando delante sus dos maceros o porteros las mazas de plata con

sus hombros enlutados, y en lo último iban don García del Espinar Corregidor de México y don Pedro de Villegas Medinilla y don Andrés de Tapia y Sosa, Alcaldes Ordinarios a los lados.

Iban después de la Ciudad los Contadores del Tribunal de Cuentas con sus capas, caperuzas y ropillas de bayeta.

En los últimos del acompañamiento fueron los señores de la Real Audiencia, llevaban consigo tres sobrinos de Su Señoría Ilustrísima en esta manera: los señores doctor don Marcos Cerezo y licenciado Aller de Villagómez al capitán don Iusepe Guerra en medio; los señores doctor Juan Quezada de Figueroa y licenciado Pero luárez de Longoria, llevaban en medio al Padre fray Ierónimo Guerra, Prior de Tacubaya, los señores licenciados don Pedro de Otálora y Diego Núñez de Morquecho, a don Andrés Guerra capitán de la guarda; iba el señor licenciado don Pedro de Otálora en medio, el dicho don Andrés a la mano derecha, el cual y el dicho don Iusepe llevaban lobs con faldas muy largas y cubiertas las cabezas con ca- f. 17 recto pirotos de bayeta.

Habiendo pasado las congregaciones y tribunales todos iba Diego de Ochandiano Contador de la Real Caja, llevaba un estandarte en el hombro. que dejado caer por detrás casi tocaba con el suelo; era de raso negro, dorado el escudo con castillos y teones por ambas partes.

Venía luego detrás la infantería, en el orden que se sigue: los capitanes don Alonso de Villagómez y a su lado derecho don Nicolás de Quezada en vanguardia, los arcabuces vueltos debajo los brazos y las cuerdas muertas; llevaban delante sus pajes con rodela y celadas negras, las jinetas cubiertas de luto y todos con ropillas de bayeta y en cuerpo. Seguíanlos la [*sic*] infantería de tres compañías, que se habían levantado para Manila. Los arcabuceros delante, a siete por hilera, y en la cuarta dos cajas destempladas cubiertas con bayetas y un pífano ronco. La batalla era de piqueros, y en medio de ella iban tres alférez con ropillas largas de bayeta, llevaban los cuentos de las astas bajos y arrastrando las banderas. Y aunque no iban en vanguardia más de los dichos dos capitanes, ya se dijo que don Iusepe Guerra, que lo era de la otra compañía, iba en medio de los Oidores, como sobrino del virrey. A ompañando-

los otras dos cajas y un f. 17 vers● pífano; los soldados llevaban los hierros de las picas en las manos y las astas tendidas arrastrando. La retaguardia era también de arcabuceros, que como los de la vanguardia llevaban los arcabuces vueltos, las cuerdas muertas y otras dos cajas y pífano como los dichos. El señor doctor Antonio de Morga, Alcalde del Crimen de la Real Audiencia, como Auditor General de la Guerra, y don Andrés de la Vega, Sargento Mayor y Camarero de Su Señoría Ilustrísima, gobernaban la infantería.

Venía después de ella don Juan de Montemayor Adame, Maestresala de Su Señoría Ilustrísima, con loba larga tendida la falda y capirote por encima de la media cabeza; llevaba una media pica negra, cruzada por lo alto y puesta en ella la sobrecota de armas de Su Señoría Ilustrísima, doradas por ambas partes, era de raso negro; a los lados lo acompañaban dos reyes de armas con las de castillos y leones, doradas por ambas partes en sobrecotas de raso negro.

Si aquí me detuviere algo y en esta breve digresión tomare alguna licencia, no sólo se me debe perdonar, mas aun merece premio mi culpa, que si ocasión se ofrece y el caso lo pide sería notable yerro dejarla.

Venían después de la sobrecota y reyes de armas, don Alonso de Castro, Caballerizo, y Feliciano de Vascones, Maestresala de Su Señoría Ilustrísima con lobas de bayeta, las faldas muy largas y cubiertas las cabezas con ca- f. 18 recto pirotos. Traían de diestro por unas bandas negras de tafetán, el caballo en que había hecho la entrada Su Señoría Ilustrísima.

No sé cómo dar principio a cosa en que dudo el fin. Aquí falta el ingenio para encaminar la pluma, pues, cuando quiera suplir su falta no podrá dejar de hacerla si se quisiere igualar a lo que los ojos vieron. Venían con mucho espacio, pasos y cuerpos graves, levantados talles y doloroso sentimiento. Traíanlo despalmado y encubertado de luto, sin que de todo él se descubriese otra cosa más que un poco de los cascos y arrastrando por el suelo más de ocho varas de falda muy bien puesta y asentada, el teliz de bayeta sin repulgo, dos lacayos atrás a los dos lados, con lobas y capirotos de bayeta, descubiertas las cabezas. No así mostró sentimiento el caballo del rey Alejandro, herido en la batalla de Tebas ni el del

rey Nicomedes en su muerte; no aquél de Julio César que, presagiando el desgraciado fin de su amo, lloraba y no comía; ni los del rey Ludovico Doceno de Francia, de quien hacen memoria las historias (por su mucha ferocidad y grandeza), pudieron hacer mayor sentimiento en su muerte, de la que conocimos en éste. Aquéllo leímos y esto vimos, lo uno tenemos por tradición y esto sabemos con la experiencia. Todo él nos iba provocando a tristeza, incitando a pena, pregonando memoria y consideración de la muerte, las vanas glorias del mundo y trágico fin de ellas. Su hermosa presencia y talle, f. 18 verso pies, manos, cabeza y paso, acreditando y favoreciéndose unas a otras acciones, tan iguales y conformes, hacían un todo tal, que fuera muy dura piedra el corazón de donde no sacara lágrimas. No me alargo, no encarezco, lo que vimos digo y por mi sentimiento afirmo. En él se verificó lo que Solino escribe de los caballos, que tienen instinto natural en el conocimiento del buen o mal suceso de la guerra; pues viendo éste la de su señor perdida, deshecha y rota, hizo demostración semejante, que pareció (si se pudiera decir sin absurdo) que consideraba el día que tan lozano, tan bien enjaezado, entró en él triunfando su amo, y cómo tan en breve lo llevan a enterrar, desposeído de toda su grandeza, y él tan cargado de luto, despalmado y triste; y cómo el paradero de los carros de la vida, es en la muerte.

El guión de Capitán General llevó Francisco de Castellanos, Gentilhombre de Su Señoría Ilustrísima, venía en un caballo todo encubertado de luto y él con unas armas negras.

El señor licenciado Diego López Bueno, Alcalde del Crimen de la Real Audiencia, tuvo por comisión de ella la superintendencia de estos caballos; fue suya la disposición y ornato de ellos, y de su buena suerte haber sucedido tan bien los efectos a la intención del fin que se pretendía.

En lo último, fueron por remate de todo los criados de Su Señoría Ilustrísima con lobas largas y capirotos de ba- f. 19 recto yeta sobre las cabezas. Diego López de Montoya, su Mayordomo, iba delante con su bastón en la mano y dos alabarderos a los lados. Detrás venían don Juan de la Portilla, Secretario de Cámara y luego los más, conforme a sus asientos y calidades.

Cuando entraron en la iglesia con el cuerpo, entró también la infantería y salió por la otra puerta en orden, y los alférez abatieron las banderas delante de túmulo, dejándolas puestas a los pies de Su Señoría Ilustrísima.

Don Juan de Montemayor, que llevaba la cota de armas, entró en la iglesia con ella, llevando a los lados los dos reyes de armas, y la puso a la mano izquierda del túmulo, porque a la derecha estaba la cruz arzobispal que llevó el crucero.

Cuando llegaron a la iglesia con el caballo, don Alonso de Castro y Feliciano de Vascones lo dejaron con los lacayos a la puerta y entraron dentro con los más criados, hasta dejar enterrado el cuerpo, que saliendo para volverse a Palacio lo recibieron y llevaron como antes.

Francisco de Castellanos, Gentilhombre de Su Señoría Ilustrísima, se quedó a caballo a la puerta de la iglesia, hasta ya enterrado el cuerpo, que se apeó con el guión y lo llevó a la sepultura donde lo dejó puesto y se volvió con los demás criados a palacio.

f. 19 verso El Cabildo de la Santa Iglesia levantaron el cuerpo del túmulo, después de los oficios hechos y lo llevaron a la sepultura, con que se dio fin al entierro.

Los alférez volvieron a cobrar sus banderas, y los señores de la Real Audiencia, tribunales y congregaciones, deudos y criados de Su Señoría Ilustrísima, se volvieron a palacio y arriba en los corredores de la antecámara se despidieron todos.

Habiendo dado fin al entierro, se dio principio al novenario y honras, diciéndosele cada día dos misas cantadas en esta manera: venían por su antigüedad, cada mañana una religión en procesión desde su casa hasta la iglesia mayor, donde oficiaban una misa cantada y se volvían; después a las diez decían otra el Deán y Cabildo de la Iglesia, con mucha solemnidad, asistiendo a ella la Real Audiencia, Ciudad, Real Universidad y Consulado; los cuales, como se dijo, salían en orden de la sala del acuerdo, llevando los señores Oidores los deudos de Su Señoría Ilustrísima, como el día del entierro, y los criados detrás. Dicha la misa se volvía a palacio, hasta el dicho corredor de la antecámara, donde los dejaban y se volvían.

Miércoles de Ceniza por la tarde, siete de marzo, se juntaron

en Palacio los Tribunales, Ciudad y congregaciones, según el día del entierro y en las mismas partes diputadas, de donde salieron para la iglesia mayor, vía recta. Tenían señalados los asientos como el f. 20 recto día del entierro en esta forma: el asiento principal fue de los señores Oidores, a la mano derecha del Evangelio; la Ciudad proseguía con su asiento a lo largo, sin poner banco atravesado; consecutivamente tuvo su asiento la Universidad Real y, más abajo de ella, el Consulado, guardando la misma orden; a la mano izquierda estaban, en su lugar frontero de la Real Audiencia, los señores Alcaldes del Crimen de ella, y después más abajo lo tuvieron los enlutados por sus calidades y oficios; después, más abajo hacia el púlpito, se pusieron a lo largo los asientos para la caballería, y últimamente, después de ellos, hubo muchos otros para la gente noble ciudadana.

Dijose una muy solemne vigilia, y acabada dio principio el doctor Pedro Martínez a una oración fúnebre que hizo en lengua latina, y tal, cual siempre se presumió de su feliz ingenio y muchas letras: maestro en artes, doctor en ambos derechos, graduado por esta Real Universidad, catedrático de prima de cánones en ella, que para decir muy mucho lo dicho basta, en razón de letras.

Volviéronse con la misma orden a palacio y el día siguiente, jueves ocho del dicho, volvieron a la misa según la tarde antes; dijóla el Arcediano de México, y diáconos dos prebendados; predicó un f. 20 verso famoso sermón el padre maestro Fray Luis Vallejo, a cuya erudición y doctrina se haría notoria ofensa en tratar de loarla con mi pluma, y fuera muy justo que tal sermón y tal oración fúnebres, enigmas y letras del túbulo, quedaran eternas en el molde y no en flacas y caducas memorias.

El túbulo se hizo en la capilla mayor de la iglesia; su planicie primera fue un banco cuadrangular, de alto hasta los pechos, a la redonda cercado de barandillas estriadas de blanco y negro y en las mesas de ellas, encima de los vivos y centros de los balaustres, muchos cañones de metal en que se puso la cera; subíase de aquí por tres gradas a otra planicie o banco edificado en la misma forma, con sus balaustres y cañones por todos cuatro ángulos, de donde subían por otros tres pasos o gradas a otro banco, encima del cual

estaba puesto el t́mulo. A las cuatro esquinas, abajo sobre la planta o planicie del primer banco, estaban cuatro pirámides, puestas a trechos en ellas unas cruces encrucetadas con aspillas de madera, puestos en ellos muchos cañones de metal para poner la cera; y en lo alto de cada pirámide remataba con una hacha de cera blanca, que casi frisaba con lo alto del techo de la iglesia, en distancia competente para no hacerle ofensa por ser de madera. Y se advierte que aquestas gradas, barandillas, descanso, planta y suelo, estaba tan acompañado de blandones, hacherue- f. 21 recto los y candeleros de plata, con cera blanca en proporción, que todo junto remataba en forma piramidal y parecía una sola hoguera o pira.

En los pedestales de las dos pirámides, a la vista del pueblo hacia el coro, estaban dos estandartes y el real en medio; eran de raso negro, dorados los castillos y leones, y a los pies del t́mulo la cruz arzobispal y guión de Capitán General a los lados.

Estaba cubierto el t́mulo con un paño de terciopelo negro bordado de oro, con una casulla encima, y a la cabecera (sobre una almohada de terciopelo negro con caireles y borlas de oro y seda negra) una muy rica mitra, las mazas de los dos lados y abajo, a los pies, el capelo y el b́culo a la mano izquierda.

Amanecí este día de las honras, en el t́mulo y paños negros (con que la iglesia estaba enlutada) muchos enigmas, versos latinos y castellanos, artificiosos y de mucho ingenio, en que se conoce bien la fertilidad que de ellos alcanza México.

Todo lo aquí referido se hizo por acuerdo y orden que los señores de la Real Audiencia dieron, mas como para la ejecución de ello fuese necesario acudir a lo mucho muchos, la parte que de ello tocó al señor doctor Antonio de Morga (que no fue la menor ni menos importante) como Alcalde más antiguo de esta corte y Auditor General de la Guerra, persona tan principal, prudente y cortesano, que fue la solicitud en ordenar el f. 21 verso entierro, disponer las cosas de él, desde la primera cofradía que iba delante hasta lo último de las insignias, ornato, banderas, estandartes, armas de la infantería y lo más que se ofreció necesario; verdaderamente se puede afirmar haber sido el alma y vivo de aquella insigne grandeza.

Para todo lo dicho, entierro y honras, tuvo superintendencia general por comisión de la Real Audiencia, y como albacea de Su Señoría Ilustrísima, el señor licenciado Morquecho, y el Cabildo de la Santa Iglesia se la dio al canónigo Antonio de Salazar, para lo que se pudiese ofrecer en ella, en el túmulo y más cosas de obligación.

f. 22 recto • ORACIÓN FÚNEBRE

del contador Mateo Alemán, criado del Rey
Nuestro Señor, a la muerte de don fray Gar-
cía Guerra Arzobispo de México, Virrey,
Gobernador y Capitán General de la Nueva
España, etc.

¡OH TEMOR natural de la muerte! ¡Oh muerte, forzoso paso para eterna vida! ¡Oh eterna vida, sin temor de muerte! ¡Oh muerte, vida mortal, que no eres vida, pues pasas como el humo de la vela y nunca en un estado permaneces! ¡Oh santo pensamiento de novísimos, deleite suave de justos, injustamente olvidado de muchos! ¡Oh incierta hora, incierto lugar y modo, que como si no fueses así corres! ¡Oh mortales Ulises, que amarrados al árbol de la vanidad cerramos los oídos a la suave y concertada música de este fúnebre suceso, que nos despierta del sueño y a voces nos avisa que velemos! ¡Oh locos navegantes, que nos pesa de los prósperos y favorables vientos que nos llevan a descansar en el seguro puerto, después de tempestades y tormentas! Caminantes descaminados, que habiendo peregrinado por peligrosos y enriscados montes, huimos de llegar a nuestras casas, al regalo y refresco que nos espera en ellas. Dionos la naturaleza este mal hostalaje, donde nos mienten, adulan, roban y maltratan, para que huyésemos de él sin querer detenernos más que tomar una refacción, calzadas las espuelas y pasar adelante; como lo sintió el filósofo en su libro *De senectute*, diciendo: despídome de esta vida como de un mesón o venta; y el apóstol escribiendo a los hebreos: no tenemos aquí ciudad ni casa permanente, adelante pasamos; y dijo el divino Juan, para que descansen de los trabajos, por esto llamó a la muerte granjería, como cosa que tanto deseaba; el real profeta David se llamó a sí y a sus padres, advenedizos extranjeros, que como tal, deseaba volver a su patria verdadera según el ciervo desea las fuentes de las

aguas; estaba su alma sedienta de Dios y pareciéndole que se le dilataba el día, vuelve quejándose a voces y dice: Ay de mí, que se me alarga el tiempo de ir a mi patria verdadera, ¿cuándo veré la hora de llegar a su presencia? Cuando el santo viejo Simeón tuvo a Cristo niño en sus brazos dijo: ahora, Señor, dejas a tu siervo en paz, porque vieron mis ojos tu salud; quiso decir que tendremos verdadera salud y paz cuando de los trabajos, tormentas y naufragios de la vida, saliéremos al puerto de la eterna. Por esto nos advierte Jeremías que no se lloren los muertos, y dice: Llorad f. 23 recto a los que nacen, los muertos mueren para vivir y los que nacen es para morir. Tal es la vida, tanta y tan grave carga se recibe con ella, que dijo el santo profeta Elías, ya cansado de las molestas persecuciones de la reina Jesabel: ¡Básteme ya, Señor, lo vivido, saca mi alma de tan ásperas persecuciones y trabajos! Tobías el viejo acosado de los oprobios y afrentas de su mujer, entre suspiros y lágrimas pedía con ellas a Dios y decía: haz ahora, Señor, en mí tu voluntad, recibe mi espíritu en paz. Sara, hija de Raquel, viéndose apurada de una criada suya, que le daba por baldón haber muerto siete maridos, ayunó tres días y tres noches no comiendo ni bebiendo, sin tocar a su boca otra cosa que continuas lágrimas, le pidió con ellas a Dios la librase de semejante afrenta, diciendo: lo que te suplico, Señor, es que no sea yo semejante denostada sin culpa, o me desates de aqueste nudo de la carne, llevándome de aquesta vida. Son las ocasiones de ella tan graves y tantas, que no solamente obligan a desear la muerte por sí solas, mas por lo que Dios es ofendido con ellas de los malos. Así lo sintieron, el pacientísimo Job cuando dijo: pereciera el día en que nací, nunca él hubiera sido, y la noche cuando me concibió mi madre pereciera, volviérase tinieblas aquel día, y el profeta Jeremías: el día cuando nací sea maldito y no sea bendito el en que me parió mi madre. Estas consideraciones eran las del santo real profeta cuando dijo: alegreme f. 23 verso con el parabién y nuevas que me dieron que tengo de ir a la casa del Señor.

El divino evangelista llama dichosos y bienaventurados a los que acaban en él sus días. Afuera lágrimas, afuera sentimientos; vuelva por sí el espíritu, desengañe a nuestro apetito; quítele las

cataratas que le tienen ciego, y pues no se puede llamar terrible lo común y forzoso, aunque haya dicho Aristóteles verdad, ser la muerte la cosa más terrible de todas. Por eso somos hijos del Adán segundo, y si como atontados, locos, este desventurado barro estuviese cocido en fuego de amor propio y endurecido en codicia, desvanecido en vanos pensamientos, demos a la santa consideración puerta franca y acogida, que con su favor veremos la modorra que nos ha dado, el frenesí que nos divierte, la sombra que nos engaña y el ciego gusto que nos guía, huyendo lo que tanto nos importa. Volvamos y miremos como cuerdos, que aunque la cuesta nos parece agria, tenemos el paso ya seguro y llano; que lo que la naturaleza hizo más grave de sufrir, lo hizo a todos común, para que lo áspero del trabajo lo ablandase la igualdad. Oigamos lo que Séneca nos dice: no me puedo persuadir haber hombre tan ignorante, si no es bestia, que no conozca de sí haber de venir tarde o temprano a caer en las manos de la muerte. Si esto es así ¿qué lloras, loco? ¿qué temes, desventurado? A esta ley naciste sujeto, guardáronla tus padres, tus mayores y más ancianos, y la tienen de f. 24 recto cumplir los venideros (que no es pequeño consuelo pensar que nos ha de suceder lo mismo que a todos y en todo tiempo). Dime, ¿y por ventura no pensabas que habías algún día de llegar a donde ibas? No lo ignoró Anaxágoras, de quien refiere Valerio que, trayéndole la nueva de que su hijo era muerto, no sólo no se alteró, mas muy sosegado dijo: no me dices alguna cosa que yo no sabía ni tenía olvidada, que bien conozco ser los hombres mortales. No hay alguna seguridad, porque se van pasando las edades y en todas corta la hebra la muerte, tanto en el tierno infante que acaba de nacer del vientre de su madre, como del más decrepito y anciano. La ley de morir a todos es igual y una, sin que alguno se reserve; no se podrá llamar alguno desdichado en aquello que fuere general igualmente a todos. Así dijo Cicerón, en sus *Cuestiones tusculanas*: el que teme lo imposible también lo es que pueda vivir con ánimo quieto. Cada día morimos, dice Séneca, y cada día perdemos de la vida. Cuando crecemos menguamos, pasamos a la puericia de la infancia, de allí a la adolescencia, y hasta la senectud no es otra cosa que un irnos acercando a la posada. Pasan las horas,

días, meses y años, el tiempo pasa y no vuelve, y el que vendrá no sabemos; y sabemos que desde su principio al fin hubo y ha de haber trabajos y miserias, de que dice Job estar el hombre lleno. Duro y pesado yugo impuesto sobre los hombros de nuestra carne flaca, que comienza cuando salimos del f. 24 verso vientre de nuestra madre, y no lo dejamos hasta entrar en las entrañas de la tierra. Desde los poderosos a los necesitados, fuertes y débiles, cetros y azadones, de quien dice Boecio: todo lo allana la muerte, lo humilde y levantado. Y Horacio lo sintió igualmente cuando dijo: así la muerte pálida iguala de los pobres las tabernas, como las torres fuertes de los reyes. Ley es de naturaleza que cada cosa de las criadas vuelvan a ser aquello que antes fueron, las nubes que produjeron las aguas las vuelvan a verter sobre la tierra de donde las exhalaban. El Eclesiástico, dice: volverán otra vez a ser tierra las cosas que cría la tierra, y al mar todas las aguas. Esta fue sentencia divina, para que volváis a ser tierra de lo que fuisteis formados, y este bofetón se nos da en la cara en cada un año, esta pensión o farda pagamos en pena de nuestra inobediencia. El apóstol, escribiendo a los hebreos, les dice: decretado está de Dios contra los hombres que mueran. Morir tenemos, no hay a quien apelar de la sentencia; y, así, refiere de Horacio San Gregorio, ser nuestra vida como el que navega, queramos o no queramos, caminamos. Ello en resolución ha de ser, y como el real profeta nos dice, nuestro más largo vivir no pasa de setenta años, ochenta cuando mucho, y si alguno pasa de ellos es con dolor y trabajos. Últimamente, aunque sean los años de Néstor, tienen fin, que llegados a él nos pa- f. 25 recto rece lo pasado todo, nada, y que la vida comenzaba entonces. Catón, siendo un gentil, dijo muy gentilmente a Cicerón acerca de esto: verdaderamente para mí agradable cosa es la vejez, por hallarme con ella tan próximo a la muerte, como si en la navegación descubriese tierra o puerto. Si a los que faltó la fe, tuvieron este conocimiento ¿por qué les ha de faltar a los que la mamaron con la leche? Y aunque no se puede negar que todo animal desea conservar su salud y evitar la muerte, hácenlo en razón de la naturaleza, como desear bienes en abundancia, colmada salud y próspero suceso, que todo lo contrario les parece castigo, y no lo es, antes lo

podremos tener por muy grande y generosa misericordia del Señor. Que siempre las divinas ordenaciones nos parecieron encontradas con las ignorancias nuestras. Dime, ¿quién fuiste, hombre?, nada. ¿Quién eres, hombre?, soy hombre. ¿Quién serás, hombre?, gusanos. ¿Y qué los gusanos?, tierra. Dime pues, principio de nada que tu fin ha de ser tierra, el tiempo que fuiste hombre ¿qué te pasó en aquel medio?, vime anegado en un mar de lágrimas, fui un hospital de varias enfermedades, una confusión de trabajos, una esclavitud perpetua de pasiones naturales, una pequeña barquilla contrastada en el golfo de varios vientos, una sed insaciable, que se acaba con la muerte. Y la muerte ¿qué tal es, cuando la vida se nos pinta de tan mala condición y tan llena de miserias?, diré lo que dif. 25 verso cen los que bien la conocen y santos afirman. Es la muerte fenecimiento de cuentas viejas muy marañadas. Mandamiento de soltura para salir el alma de la prisión del cuerpo; fin de penoso cautiverio; consumación de trabajos; puerto que tras la tormenta se descubre; peregrinación fenecida; pesada carga quitada de los hombros; huida del edificio que se viene al suelo; apearse de un caballo furioso desenfrenado y loco; terminación de pasiones y enfermedades; evasión de cuidados y peligros; consumación de males; cancelación de obligaciones debidas a la naturaleza; dichosa llegada que hicimos a nuestra casa; descanso y bienaventuranza en vida eterna. Esto consideraba el Eclesiástico cuando dijo: volví los ojos y vi las calumnias que corren por todo cuanto el sol corre, las ardientes lágrimas y suspiros de los inocentes, y no vi quien de ellos tuviese misericordia o les diese algún consuelo, ni pudiese resistir a su violencia; estaban tan desamparados y solos, que considerando en sus adversidades, tuve por más dichosa suerte la de los muertos; y así digo, ser muy mejor el día en que se sale de aquesta vida que no el que se viene a ella. Y, como dice San Ambrosio, ¿quién duda de los bienes de la muerte? si aquello que nos inquieta, lo que nos es enojoso, enemigo, tímido, inquieto y borrascoso, lo allana y asegura, ¿qué le huimos? ¿de qué nos acobardamos?, siendo verdaderamente más digna de ser amada que temida. f. 26 recto Teman la muerte, dice Cipriano, los que no son miembros de la Iglesia. Teman la muerte los que no sienten de la

pasión y sangre de Cristo. Teman la muerte los que de la temporal han de pasar a la eterna. Teman la muerte los que de tal manera pasan la vida sin Dios que no han de gozar de Dios, ni los trabajos ni tormentos de esta vida tendrán fin en la otra. Empero, el justo, el bueno, el cristiano que, como tal, considerase lo que dice San Ambrosio, que todo lo de aquesta vida es lazos o perchas armadas en que hacernos caer; el que tratare de no quedar asido en ellos, el que como nuestro príncipe viviere, tan religiosa y santamente, no le será enojosa la muerte. Mala será la muerte del que tuvo mala vida, sus obras le irán siguiendo, y no se podrá llamar vida la que no se dispuso para la eterna. Mas los que, cual el presente Capitán General, saliere de la batalla (que llama Job) en la tierra victorioso, el que la dejare vencida, peleando legítimamente, bien merecerá la corona y debe ser (con justa razón) más envidiado que llorado. Y para nuestro consuelo, gloria y honra de Dios Nuestro Señor, pues Él mismo nos da licencia que alabemos a los muertos y llamemos buen piloto al que tiene ya segura y amarrada la nave dentro del puerto, justísima cosa es manifestar a los vivos lo digno de referir, virtudes y vida ejemplar de Su Señoría Ilustrísima; servíranos de un espejo, donde reverberando el sol de sus virtudes, dará luz con que veamos nuestros vicios, jun- f. 26 verso tamente, con su ejemplo concertaremos nuestras pasiones y costumbres.

Fue tan religioso fraile, después que lo dejó de ser (si así se puede decir), que no se le conoció ni un levantar los ojos en que pudiera ser notado; ni consintió, en los principios de su arzobispado, que alguna mujer le hablase, hasta que le obligaron a ello, para la buena expedición de negocios, informándole haber sido costumbre antigua, loable y necesaria, el darles audiencia. Celó de tal manera su casa que mandaba cerrar las puertas poco después del sol puesto, y el criado que no estaba ya recogido se quedaba fuera de casa, y el día siguiente le reprendía con severidad y aspereza. Visitaba los aposentos a deshoras de la noche, para ver en qué se ocupaban y cómo vivían; y si acaso estaba impedido, encargaba que lo hiciese por él persona de satisfacción. Requería las puertas de la calle y examinaba las llaves de casa, para entender si de noche salían o entraban o se abrían después de haber cerrado. Hacía los

confesar y comulgar a menudo, y él mismo por su mano les daba el santísimo sacramento en su capilla. Todos los días del año, por las tardes, les hacía cantar en voz alta la Salve, hallándose presente a ella, para cantarles las oraciones y conmemoraciones de santos, no consintiendo que le faltase alguno; lo cual se continuó todo el tiempo que vivió en sus casas arzobispales.

f. 27 recto En los primeros advientos que tuvo en esta ciudad y las cuaresmas de ellos, hizo sus diligencias posibles y extraordinarias para no comer carne, y obligándole los médicos y su confesor a ello, no pudiéndolo ya excusar, decía tener envidia notable a sus compañeros religiosos porque cumplían con su regla y precepto de la Iglesia; que conocía en aquello, de sí, ser muy grande pecador, pues le privaba Dios de aquel regalo y gusto. Tanto sentía no guardar en aquellos tiempos abstinencia, que cuando se hallaba con alguna mejoría no comía uno ni otro, y se pasaba con guisados, verduras o frutas y otras cosas, muy limitadamente. Los días de Viernes Santo que tuvo en México se recogió en el monasterio de Santo Domingo, su religión, y como un fraile ordinario de ella comió en la comunidad, ayunando a pan y agua, sin consentir que alguno de sus criados le sirviese ni asistiese allí con él, ni se usase de alguna ventaja más que según con los más conventuales. A su mesa, cuando comía, mandaba leer vidas y martirios de santos y los viernes la regla de su Padre Santo Domingo. Fue perpetuo estudiante y pesábale mucho que cuando estudiaba se ofreciesen casos que le apartasen de los libros, a quien llamaba él amigos viejos.

Fue muy caritativo y limosnero. Cuando iba visitando su arzobispado no consintió que se pidiese limosna en las confirmaciones, más de lo que cada uno qui- f. 27 verso siese ofrecer de su voluntad; y si algún indio no la ofrecía, le daba limosna, pareciéndole que pues no la daba no la tenía y debía de padecer necesidad. Todos los días de sábado se daba limosna general en su casa, y las más veces la hacía por su mano. Poníase a conversar con los pobres, y decía que aquel tiempo que trataba con ellos era el mejor de su vida. Solíase descuidar en hablar con ellos y quedarse sin comer, algunas veces, hasta después de la una de la tarde. Gustaba mucho de que los pobres fuesen contentos y se diese limosna en abundancia, y una

vez, que por ocupacion forzosa no se pudo hallar a repartirla, sucedió acudir muchos más pobres de los que, a poco más o menos, acostumbraban de ordinario; de manera, que le faltaron dineros al limosnero y se fueron sin ella muchos; después, cuando Su Señoría Ilustrísima lo supo, recibió grande pena, y mandó expresamente que, para lo de adelante, se tuviese mucho cuidado en darla, y si acaso faltase dinero, vendiesen la plata y alhajas de su casa, sin perdonar al báculo pastoral; porque la hacienda del prelado era de pobres y no suya. El sábado siguiente la repartió por su mano, dándola doblada por suplir a los que le faltó el sábado antes.

Tuvo regalo particular en la oración, gastando en ella todo el tiempo que pudo eximirse de negocios, quedándose a solas con un Cristo en las manos, que tenía puesto siempre a la cabecera de su cama; y le daba mucha pesadumbre, que lo inquietasen cuando estaba orando, porque no lo hallasen los ojos tiernos de lágrimas que vertía.

Presentóle un Padre de la Compañía, una espina de la corona de Cristo, estando enfermo, y trayéndosela casi a las nueve de la noche, la mandó recibir en procesión, y que así se la llevasen a la cama, donde la recibió con grandísima veneración, dándose recios golpes en los pechos y regalándose con ella le dijo muy amorosas y tiernas palabras, mezcladas con abundancia de lágrimas, provocando a los presentes todos le acompañaran con ellas; y teniéndola en sus manos, mandó al licenciado Cristóbal Díaz del Toral, su capellán, leyese la pasión de Cristo, hizolo devotamente, y cuando llegó a decir: *Unus assistens ministrorum, dedit alapam Iesu, dicens. Sic respondens pontifici*, se dio muchos bofetones en su rostro, tan recios que causó lástima y compasión en los presentes. Como su devoción particular era que se la repitiesen muchas veces, todas cuantas llegaban a este paso hacía lo mismo; en especial cuando se iba más acercando a la muerte.

Fue tan humilde religioso que, como vimos cuando falleció, la cama en que dormía no se aventajaba en algo a la de los más ordinarios conventuales. Era su vestido pobre como el de los otros frailes y no lo quiso mejorar ni mudar en algún tiempo, siendo de una común estameña; decía que si por aquel pobre hábito f. 28 verso

le había hecho Nuestro Señor tantas mercedes a un tan grand pecador como él, que sería mucha ingratitud el mudarlo, y que a í estimaba en mucho más, para su gusto, un simple calzón de esta-meña que los brocados de todo el mundo. A sus criados pedíales con ruegos y lágrimas lo encomendasen a Dios. Pedíales perdón de la inquietud y desasosiego con que andaban por su enfermedad, sin reposar ni dormir, que se fuesen a descansar y lo dejaran solo. Estando con un privado suyo, veinte días antes que falleciese, le pidió le perdonase por amor de Dios y le rogase muy deveras que tuviese misericordia de él, porque sus días iban faltando muy aprisa y saldría muy en breve de esta vida porque la divina voluntad era llevarlo de aquella enfermedad.

Hacía tanta estimación de la obediencia, que habiendo perdido de todo punto las ganas del comer, sin poder pasar alguna cosa, para que tomase algo, bebida o comida, o ya fuese medicamento, si el Provincial de Santo Domingo se lo mandaba por santa obediencia (porque asistió de ordinario a su enfermedad), procuraba esforzarse cuanto podía en tomarlo, empero, luego lo trocaba.

Usaba en sus causas de tanta rectitud que cuando visitó su arzobispado no consintió que, para sí ni cosa suya, se recibiese o pidiese más de aquello que justamente se le debía, y eso con mucho límite, pareciéndole los naturales muy necesitados y pobres.

f. 29 recto No permitió ni dio lugar a que alguno de sus criados favoreciese ni solicitase causas de merced por dádivas o intereses, y en sintiéndoles algo de esto, le daba mucha pesadumbre y lo negaba. Un muy privado suyo le pidió de merced ciertas tierras, y sabiendo que las pedía para venderlas, quedó muy escandalizado y dijo: ¿qué dirá el mundo de mí si supiese que doy a mis criados cosas que vendan?

Cuántas cosas pudiera decir, cuánto me pudiera dilatar, si el estilo lacónico que sigo me diera licencia; porque, si volvemos los ojos a sus causas, no hallaremos en ellas algo en que no las haya justificado; y tanto, que por no determinarse dudoso le acusaban de remiso, por lo que se ocupaba en diligencias exquisitas, para quedar asegurado.

Dice Cristo Nuestro Señor que conoceremos el árbol por el

fruto, que tal serán uno y otro. El buen fruto debe tener olor, color y sabor, y el hombre a quien se compara, olor de buenas costumbres, color de perfecta santidad y gusto de perseverancia. Todo esto conocimos en el árbol de nuestro regalo y sombra. Buen color en sus loables ejercicios, como está dicho; gusto en el darlo a todos, no aflojando de sus obligaciones y guardar su regla; olor y fragancia de su vida penitente, que no sólo se dilataba y extendía en los aposentos y retretes de sus criados, mas por toda su diócesis. Hacía lo que decía y obraba lo que mandaba. Trataba con f. 29 verso humanidad, amonestaba con afabilidad, consolaba con caricias, castigaba con templanza, persuadía con eficacia y juzgaba con dos oídos, no quitando a la justicia ni olvidando a la misericordia. Era templado y fuerte, sin temor que le turbase, ni amor que lo divirtiese. Y si de la voz del pueblo lo quisiéremos juzgar, díganos lo que sabe la provincia, todo su arzobispado, todo el reino, publíqueno sus criados, familiares y conocidos. Den gritos las obras de caridad, las limosnas que de secreto hacía, tantas y de tanta consideración a personas tan principales, como pobres. La religiosa clausura de su casa, el rostro alegre que mostraba, el continuo ejercicio de la oración, resignando siempre sus cosas todas en las manos de Dios, el conformarse siempre con ella, los ayunos, abstinencias y sangrientas disciplinas. Olor suavísimo, gusto sabrosísimo, color hermosísimo. Voz común y general que a todos nos obliga y nos hace sentir bien de su salvación, según cristianos.

Pasóse como un viento su vida, fue una sombra, marchitóse como flor, secóse como el heno, con poca inclemencia de tiempo. No con tanta facilidad corta el diestro tejedor el pizuelo ¹⁹ de la tela, ni la nave se desapareció en el mar con la fuerza del viento favorable, ni el correo camina por la posta, ni el águila hambrienta con vuelo tan veloz y presto se abalanzó a la presa, cual ella huyó en breve, dejándolo en f. 30 recto las manos de la muerte. ¡Oh ciencia cierta, oh doloroso ejemplo, donde corrida la cortina nos deja descubierto a la vista lo que somos!

Farsa es la vida del hombre, teatro es el mundo, a donde repre-

¹⁹ "Pizuelo. Cabo de rama que queda a veces tejida la tela" *Glosario* citado.

sentamos todos. El autor y señor de ella reparte los papeles, a comodados a cada uno como sabidor de las cosas todas, en la manera que más nos ajustan y convienen, sin faltar un punto en algo de lo que nos es importante, para que no se yerre la farsa. Encomendóle dos figuras a nuestro príncipe, las más importantes y graves de ella. Decoró sus papeles y representólos con santísimo celo, manse-dumbre, amor, gravedad, rectitud y prudencia, como buen representante, sin que se le notase falta; fueron los dichos de sus figuras breves y representólos presto, en abrir y cerrar los ojos. Entró en el vestuario de la muerte, desnudóse los adornos y ropajes de tanta curiosidad y misterios, convenientes a sus figuras; volvió a tomar el vestido de su misma naturaleza, gusanos, polvo y nada, quedando igual en todo con todos.

Apenas había comenzado a romper el alba de su calma doctrina y consumadas letras. El sol resplandeciente de sus virtudes y gobierno quería esparcir sus rayos por este Nuevo Mundo, antes de cobrar fuerza en calentarnos, cuando el oscuro nublado de la caliginosa y negra muerte nos lo dejó cubierto con sus tristes y espesas tinieblas, habiéndose metido el tiempo en a- f. 30 verso gua, y amenazándonos antes con señales portentosas, indicios o sospechas de su corta vida. ¿Qué otra cosa nos pudo anunciar la violenta y repentina muerte de dos naturales que vio acabar en su presencia, en los días que recibió los dos gobiernos?, que se pudo colegir, que haber sido un aviso del cielo para que considerase que los comenzaba por la muerte, y que cual era la entrada sería la salida. ¿Qué aquel alborotarse las bestias domésticas, desenfrenarse furiosas, rodar apresurada la carroza, faltar de ella y dar con todo el cuerpo en el suelo?, sino un aviso, una citación de remate de la vida, por el desenfrenado desconcierto de los ministros de nuestra flaca naturaleza, que nos llevan fuera de curso, apresurando el tiempo, a dar de ojos en el sepulcro, derribándonos de golpe del carro de la majestad, poder y mando. ¿Qué aquel eclipse de sol nunca visto en estas partes, en tiempos nuestros?, que se pudo de allí sacar que ser una voz cruel de aquel celestial planeta, que decía que todo el sol del gobierno eclesiástico y seglar en breve sería eclipsado, y así lo pronosticaron algunos profesores de astrología. ¿Qué aquel te-

merario temblor de tierra, tantas veces tan aprisa y en el día de sus mayores gustos? Paréceme haber sido desengañarnos que aquí nada es permanente, seguro ni fijo, y una hambre cruel con que la tierra pedía el bocado de mayor importancia con que pudiera henchir su vientre; señales todas portentosas y graves, que nunca suelen suce- f. 31 recto der sino en casos graves y en señaladas faltas, de reyes y pastores. Y lo que nos debe admirar más es en lo que reparamos menos y muchos vimos, llover ceniza el día de San Juan Evangelista, día tercero de Pascua de Natividad, el año pasado de seiscientos y once, habiéndose mostrado la región del aire de un color negro azafranado, desde las dos y media de la tarde hasta que se puso el sol, que se acabó con un grande aguacero. Prodigios y anuncios a que, si nuestra sagrada religión diera licencia, nos obligara que pudiéramos afirmar osadamente que nuestro príncipe, gobernador y padre, presto nos dejaría descarriados. Mas ya, cuando queremos dar de mano (como debemos) a señales que no son en sí de alguna sustancia, para inferirla de ellas y tengamos mal entendidos los efectos naturales, a lo menos ya no puede no haber sucedido la desgracia, ni el ser todo fabuloso, nos podrá desagravar la pena. Que, aunque (como queda dicho) la muerte de suyo es buena, no por eso nos excusa el debido sentimiento para con él preguntar a esta muy noble, insigne y leal ciudad: Oh México, señora poderosa, princesa del Nuevo Mundo, pues tienes hecha experiencia que el tiempo que más brevemente se pasa es el del gusto, sin haber cosas libres de mudanzas ¿qué fue de tu hermosura?, ¿qué se hicieron tus fiestas, tus placeres y danzas?, ¿qué tus curiosas libreas?, ¿qué aquellos arcos triunfales, alegres instrumentos, repique de campanas, ga- f. 31 verso llardos talles y bríos, lozana caballería y enjaezados caballos?, ¿qué las varias y costosas colgaduras, carmesíes, telas de oro, primaveras, costosos aderezos, levantada plumajería y rostros alegres? Pasó como en el aire la cometa, no quedó de todo ello mas de una vieja y rota mortaja, luto triste, negras bayetas, lóbregos capirotos, ropillas desentalladas, hilvanadas lobs, lágrimas y suspiros, dolorosos clamores y dobles, exequias fúnebres y confusión de males. Que cuando los

pensamientos y gustos estriban o están pendientes del hilo flaco de la vida, pequeña ocasión basta para dar con todo en el suelo.

Destruyéronse mis caminos, mis desdichas me acecharon, apoderáronse de mí, sin haber quien me favoreciese, y como rota la muralla y a puertas abiertas, me acometieron, hasta verme por el suelo. Frustráronse mis deseos, llevómelos volando el viento, dejándolos arruinados y deshechos. Mi salud se pasó como las nubes, marchitaron mi alma un escuadrón de aflicciones, tomando de mí la posesión en ella. Toda la noche dí voces, que me tienen la boca horadada y no me dieron socorro. Velan y no duermen los que mis carnes despedazan y entre su multitud están rotas mis vestiduras. Ya no soy la que solía, soy un lodo, una centella muerta, soy ceniza. Y todo me sucede por pecados. No me llaméis ya Noemí, llamareisme desdichada, sola y amarga, porque la mano del Señor me tocó en la cabe- f. 32 recto za. Llámolo y no me oye, huye su rostro y no me mira, háseme mostrado cruel y contra mí levantó su brazo.

Grande golpe ha sido éste, grande aldabada tocó a nuestra puerta, salgamos a ver quién llama, qué quieren, o qué nos dicen las cajas destempladas, las banderas arrastrando, las armas vueltas, el asombro de la gente, lágrimas de los hombres y del cielo, continuos dobles, general tristeza y notable sentimiento aun en los animales brutos. Veamos qué nos quiere decir esta confusa multitud, esta máquina de cosas; quitarnos Dios tan en breve la columna de fuego de caridad que nos guiaba, cortar la rosa de las espinas y sacar el cordero de la zarza. Misterio tiene, no ha sido acaso ni en balde. Y si como Irineo y Agustino dicen, que Cristo lloró la muerte de Lázaro, por la falta que hacía en el mundo un justo y amigo suyo, licencia nos concede para verter debidas lágrimas, en la falta de un tan observante y religioso príncipe de la Iglesia, pastor humanísimo, Virrey dignísimo, Capitán General clementísimo, padre piadosísimo afable y manso, de quien piadosamente podemos entender que vive vida eterna.

Veis pues, aquí, el tan consumado en todo, el que se pudo decir que pudo, que no se pudo librar de la muerte. No lo pudieron defender sus consejeros y letrados, no sus guardas y soldados,

no sus amigos ni criados. Ya están rotas y deshechas las ruedas de aquel reloj, cuyo dedo nos gobernaba, concertando nuestras vi- f. 32 verso das. Aquella grave severidad, rostro apacible, humildad, comedimiento, cortesía, modestia, crianza y respetos nobles, ya no son. La cabeza de oro, pecho de plata, brazos y cuerpo de más metales, una vil pedrezuela que cayó de lo alto del monte lo derribó por el suelo. Que mínimos principios no atajados engendran gigantes efectos, feroces y soberbios. Un fácil achaque despreciado, no entendido ni conocido eclipsó nuestro sol, apagó la hacha del monte y puso la luz debajo del candelero, dejándonos asombrados.

En pérdida semejante de tanta consideración y precio, en tan conocida falta, en dolor que tanto a las almas llega, en trabajos inevitables en que falta todo medio y carecen de humano remedio, el verdadero, suficiente y solo es volvernos al Señor, y decir con Jeremías en la muerte de aquel santo rey Josías: Acuérdate Señor de tu pueblo, de este miserable suceso, de este acibarado caso que nos ha sucedido, vuelve y abre sobre nosotros esos misericordiosos ojos tuyos, para mirar nuestras afrentas, remediando nuestros oprobios, que así se pueden llamar tus castigos. Has dejádonos descarriados y huérfanos, llevándote a nuestro padre. Han quedado viudas nuestras madres, la Iglesia Catedral mexicana matriz y metrópoli, con las de su distrito, a quien les quitaste su esposo. Busquélo y no pareció, no lo volveremos más a ver, no está en su asiento real ni arzobispal. Desiertos veo los caminos, que no hay quien f. 33 recto pase por ellos, de par en par están abiertas y desamparadas las puertas de su casa. Ya no lo vemos a donde y como solía, remediando secretas y urgentes necesidades. Las manos liberales y francas, que con fuego de caridad vertían sobre los pobres plata y oro, ya están heladas y frías, caídas y descoyuntadas. Faltónos el consuelo, la alegría de nuestro corazón.

Volviéronse luto y llanto sus malogradas esperanzas y las nuestras. El cetro y el cayado, el capelo y la corona de nuestra cabeza cayo en tierra.

Culpas graves han sido las nuestras, pues con tanta gravedad se castigan. ¿Qué otra cosa se puede pensar, o qué podemos decir? sino que nos ha sucedido, a la letra, lo que tenemos en el Éxodo,

cuando aquel gran caudillo del pueblo de Dios, Moisés, (dejándolo en lo llano) subió a lo alto del monte, a recibir la ley escrita en las dos tablas de piedra, que cuando bajó con ella, porque lo halló idolatrando en un becerro, las tomó (como dicen) a dos manos, y dando con ellas en la falda de aquel monte las hizo pedazos. Las tablas de la ley han sido nuestro príncipe difunto, constituido en dos dignidades, en la una tabla tenía escritos los preceptos del culto divino y en la otra los de la justicia distributiva; divino y humano, de Dios y del prójimo, cual otro Melquisedec, enojóse Dios contra nosotros, vio que nuestros pecados eran muchos, nuestra inobediencia grande, que idolatrábamos al descubierto en el becerro de f. 33 verso nuestros gustos y pasiones, perdido el temor y respeto. Dio con las tablas en el pie del monte. Allí están hechas pedazos en la peana del altar mayor. Saltaron las médulas de la cabeza por una parte, los despojos interiores de su cuerpo a otra, los huesos a España, los gusanos aquí se apoderan de la carne y su alma dichosa a gozar de gloria eterna.



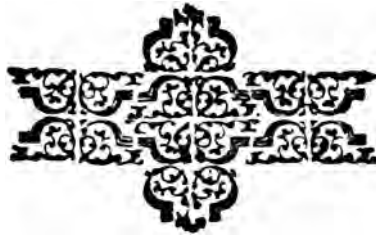
EGENDO SIMVLQVE PERAGRANDO.

SVCESOS DE D. FRAI
GARCIA GERA ARCOBISPO DE
Mejico, a cuyo cargo estuvo el govierno
de la Nueva España.
 (✱)

¶ **A ANTONIO DE SALAZAR CANONIGO DE**
la santa Iglesia de Mejico, mayor domo i administra-
doz jeneral de los diezmos i rentas della.



¶ **Por el contador Mateo Aleman, criado del rei**
nuestro señor.



CON LICENCIA, EN MEXICO.

¶ **En la enprenta de la Viuda de Pedro Balli.**
Por C. Adriano Cesar.
Año 1613.



ESTA relacion de la muerte, entiero i onras del ilustrissimo señor arzobispo de Mejico, virei desta Nueva España, q̃ à recojido el contador Mateo Aleman, júnto con una oracion funebre q̃ à conpuesto. E visto, i me parece q̃ está mui conforme a la verdad, i q̃ se le puede dar licencia para q̃ la imprima. En este colejio de la compañía de I E S V S de Mejico, 10. de Mayo, de 1 6 1 2.

Diego de Santistevan.

ESTA relacion de la muerte del arzobispo don frai Garcia Gera, i la oracion funebre q̃ à conpuesto el contador Mateo Aleman, avia visto antes de agora, i dado mi parecer q̃ se podia imprimir, i agora me parece lo mismo dando v. excelencia su licencia. En el colejio de Mejico à primero de Enero, de 1 6 1 3.

Diego de Santistevan.



On Diego Fernan-
dez de Cordova, marqes de Gua-
dalcazar, virei lugarteniente del rei
nuestro señor, gove:nador i capi-
tan jeneral de la Nueva España, i
presidente de la audiencia i chan-
cilleria real q̄ en ella reside. &c. Por la presente doi
licencia a el contador Mateo Aleman, para q̄ el, o la
persona q̄ tuviere su poder, pueda imprimir el tratado
q̄ tiene compuesto de los sucesos de don frai Garcia
Gera arzobispo de Mejico, a cuyo cargo estuvo el
govierno desta Nueva España, con una oracion fu-
nebre a su muerte. Atento q̄ el padre Diego de San-
tistevan de la compañía de I E S V S, a quien lo remiti-
à dado su parecer, en ser mui conforme a la verdad
de lo sucedido. I mándo q̄ en ello no se le ponga en-
bargo ni contradicion alguna, guardando en lo de
mas la orden q̄ en semejâtes impresiones se acostun-
bra. Fecho en Mejico, a ocho dias del mes de Enero,
de mil i seiscientos i treze años.

El marqes de Guadalçar.

Por mandado del virei.

Pedro de la Torre.



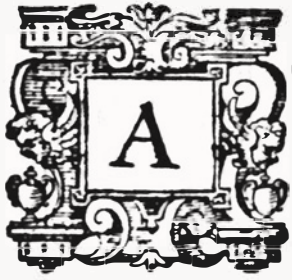
QUANTO A ANTONIO DE SALAZAR CANONIGO DE
la santa Iglesia de Mejico, mayordomo i administrador jeneral
de los diezmos, i rentas della. &c.



OR ser como es el temo: covardia del
entédimiento, nacida de daño presen-
te ò venidero, hizo algun efeto en mí,
pareciendome temeridad tomar la plu-
ma donde tanto florecen los ingenios, i
dedicar a v. md. esta obra funebre, po: ser lo toda en
todo; mas, la ocasion de un principe tan gran letza-
do, rico, poderoso, afable, bien qisto, i en el medio
de sus dias, de donde lo arebato la muerte (i consi-
derar q como el cuerpo se iba elando, hazian lo mis-
mo las mas fe:vorosas lisonjas de los q le adulavan,
q aqesos mismos, con el mal oloz de la corrupcion
del cuerpo huyeron del, i a penas estava en el sepul-
cro, quando lo cubieron de olvido) me obligo a
desenterarlo i ponerlo a los ojos del mundo, para q
confideren todos en el, desde ^{la} mas levantada cabe-
ça, hasta los mas umildes pies de sirvientes, q toda
humana confiança es vana. Suplico a v. md. pe:done
mi atrevimiento, q ave:sele di:ijido despues de mis
mu-

muchas otras obligaciones, fue vna (i no la menos importante) para q̄ cuando la muzzuracion exercitaze contra mi su oficio, pueda tene seguridad q̄ no le sea posible mo:der en la legalidad con q̄ v̄a escrito, de q̄ v. md. como testigo de vista fidedigno, podra depone: en todo lugar i tiempo. Deselo nuestro señor a v. md. con felicidad en su ser:uicio largos años.

Mateo Aleman.



VIENDO SE hecho a la vela en la baía de Cadiz, el señor arzobispo de Mejico don frai Garcia Gera, Iueves doze de Iunio de seis
 cientos i ocho, en conserua de se- 5
 senta i dos naves, de q̄ vino por je-
 neral, don Lope Diez de Almen-
 daziz, con favorables tienpos i vientos, llegaron a sur-
 jir en el puerto de san Iuan de Vlva, Martes en la tarde,
 diez i nueve de Agosto del dicho año; donde se ospedó 10
 su señoria, en el convento de santo Domingo de la
 Nueva Vera Cruz. El cabildo, de la s̄ta Iglesia de Me-
 jico, avia enbiado para su recebimiento, i darle la bien-
 venida cō salud, a los canonicos Antonio de Salazar,
 y Francisco de Paz; los cuales, el canonigo Francisco 15
 de Paz, por su mucha edad i poca salud, no se atrevio
 a pasaz de Ialapa, veinte leguas del puerto, i el canoni-
 go Salazar pasò adelante, i llegó a la Nueva Vera Cruz
 con abundancia de refrescos varios, mas de cuarenta
 criados, cavalgaduras de silla i carga, las q̄ pudierā ser 20
 necesarias; en especial, una mula de mucha estimaciō,
 en q̄ su S. viniese. Llevaron orden, q̄ no se consintiese
 gastar alguna cosa, q̄ no fuese por cuenta del cabildo.
 Los comisarios lo hizieron, tan esplendida i magnifi-
 camente, segun se hizo dellos con fiança, i se puede 25
 presumir de un tan illustre cabildo, a semejante prin-
 cipe de su Iglesia. Llegaron a Ialapa, donde se avia qe-
 dado

A

Matteo Aleman, sucesos de

dado el canonigo Francisco de Paz; el cual, se avia pñe
 venido alli de lo necesario para el camino adelante; i
 por todo el, asi en poblado como fuera, desde la Vera-
 Cruz a Mejico, le tenian los naturales de la tierra, he-
 chos arcos triunfales a la usança suya, no atizo de arca 5
 buz los unos de los otros; i en todos, muchas tronpe-
 tas i menestriles, demas de los mitotes varios con q̃ le
 salian a cada paso; q̃ son ciertas danças de q̃ usan en
 sus fiestas. Tambien le avia enbiado su cabildo, algu-
 nos musicos de la Iglesia, q̃ con los q̃ su S. traia consi- 10
 go, sacerdotes de Castilla, le alije: avá el pezo del ca-
 mino. Asi llegaron a un lugar de naturales, q̃ llaman
 Apa, doze leguas de Mejico.

El marqes de Salinas don Luis de Velasco virei de-
 sta Nueva España, quando entendio q̃ ya vendria cer- 15
 ca su S. como tan prudente cavallero, i discreto corte-
 sano, mandó a Feliciano de Vascones maestresala su-
 yo, fuese hasta la Puebla de los Angeles, veinte i dos le-
 guas de Mejico, informandose por el camino, del q̃ su
 S. llevaba, i pasase hasta llegar a darle la bienvenida, i 20
 dijese a su S. ilustrisima (q̃ así mando q̃ le llamase) q̃ aũ
 q̃ sus ruines pies lo tenía inpedido, sino lo estuviera
 por su oficio, procurara ganar tiempo en besarle las ma-
 nos i ofrezcase a su servicio. Feliciano de Vascones lle- 25
 gó a Huejotzinco, donde supo q̃ no venia su S. por la
 Puebla, i despachó de alli vn criado a don Tístan de
 Luna i Arellano, goveznador de Tlaxcalá, le avisase por
 donde

D. F. G. G. arzobispo virei de la N. E.

2

donde iba; i respondiolo, q̃ aquella noche dormia en
 Apa, primer pueblo de su arzobispado, i caminando
 lo mas largo q̃ pudo, llegó i le dio la enbajada. Desde
 alli le vino sirviendo i regalando, segun llevaba orden
 expresa de su exc. de hazerlo como a su misma perso- 5
 na, i lo mismo se avia escrito, a los alcaldes mayores
 de todo el camino. Su S. lo estimo en mucho, i metiéndolo
 en su coche a Feliciano de Vascones lo trujo consigo i a su mesa,
 hasta q̃ su exc. le enbio su carroça para la entrada, i nueva orden a el dicho Vascones, man- 10
 dandole, q̃ de alli adelante le viniese sirviendo como
 a su misma persona en oficio de cavallerizo, i así lo exercio desde Otunpa,
 donde le tomó la voz en adelante. De alli pasaron a Tzunpanco,
 por q̃ su exc. gustava q̃ su S. se viniese por el desagüe i lo viese; i tambien, 15
 por q̃ con algun entretenimiento, se diese lugar a las prevenciones
 de su entrada. Detuvo se alli dia i medio, i el figiēte salio para Huehuetoca:
 en el camino hallaron a Enrico Martinez, maestro mayor de aquella obra,
 q̃ aguardava en el principio del tajo abierto, i desde alli 20
 fue dando cuenta mui por menor a su S. de aquella fabrica;
 hasta llegar a el pueblo. Apeose su S. en las casas donde su exc.
 estava, i saliole a recebir a la escalera. Pofaz on juntos, dandole su exc.
 sus aposentos, i despues de aver comido salierō aver las lunbre- 25
 ras del desagüe: i en un paso no dificultoso, por donde muchas
 vezes avia pasado la carroça, sin algun inconveniente ni cau-

A ij

la de

Mateo Aleman, sucesos de,

sa de peligro, se trastorno con anbos, aunq̃ no recibie-
 ron daño de consideraciõ. El dia siguiente, su S. le vino
 a Tehuilo yocã, i se detuvo un dia, i otros dos en Te-
 potzotlan donde fue mui regalado de los padres dela
 Compañia de I E S V S. De alli se fue a Quauhtitlã, i 5
 a san Cristoval Ecatepec, i en todos estos lugares des-
 de Apa, vino administrando el sacramento de la Cõ-
 firmacion. De san Cristoval pasó a Guadalupe una le-
 gua de Mejico. En este tienpo, se avian venido a la
 ciudad su Excel. i Feliciano de Vascones cõ los cava- 10
 llos. El marqes lo bolvio a enbiaz cõ una mula mui
 bien aderezada en q̃ su S. entrase, la cual se de jo en
 santa Ana. Llego a Guadalupe a medio dia cõ la caro-
 ça, de donde salio como a las tres de la tarde i llegan- 15
 do a santa Ana, salio de la carocha i subio en la mula
 q̃alli le tenian. Llegaron los cavalleros rejidores de
 Mejico mui galanes en sus cavallos, i aviendole beza-
 do las manos, lo vinieron aconpañando hasta la en-
 trada de la calle de santo Domingo; a donde avia he-
 cho un tablado para su recehimiento Llegaron el deã 20
 i cabildo de la santa Iglesia, i en subiendo su S. en ci-
 ma, se hundio i cayo en el suelo, matando un Indio
 q̃ cojio debajo. Aqi tomaron los rejidores el palio.
 Era de tela de oro morada i çanefas de brocado, con
 veinte i dos varas dozadas, una para cada rejidor, i 25
 entrando su S. de bajo, lo llevaron a la Iglesia ma-
 yor; donde, a la entrada de la puerta le tenian he-
 cho

D. F. G. G. arzobispo virei de la N. E.

3

cho vn arco triunfal , mui coltoso i bien estudiado,
 adornado de muchas i varias istorias de ingeniosa cru-
 dicion . Entro su S. en su Iglesia en veinte i nueve de
 Setienbre de seiscientos i ocho, por la puerta del per-
 don, a donde los rejidores dejaron el palio, i se lo die-
 zon a el dicho Feliciano de Vascones, q̃ como se dijo,
 venia sirviendo el oficio de cavallero, por mādado
 de su ex. i el se lo dio a Luis de Mendieta , q̃ lo era de
 su S. en propiedad. I ael adorar de la Cruz, le canto la
 capilla el Te Deum laudamus , i luego una graciosa
 chançoneta; tras de la cual, se recito un colquio q̃ pa-
 recio mui bien su buena disposiciō i mucho ingenio.
 Salieō las figuras mui bien aderezadas, representaron
 con donaire, declarādo las pinturas del arco. Despues
 de acabado, estando sentado su S. en lo alto del altar
 mayor, llegaron el dean, dignidades i prebendados de
 la Iglesia, i le dieron la obediencia, en el mismo lugar
 q̃ le abrierō despues la sepultura . Salio de alli con mu-
 cho aconpañamiento , i lo llevaron a sus casas ar-
 cobispales. Vvo en su entrada i recibimiento mui jene-
 ral regozijo, las calles, paredes, puertas i ventanas, lo
 manifestavan con su ornato, así por el deseo q̃ Mejico
 le tenia, como por su afable cōdicion umanísima , ya
 divulgada por todo el reino. En todo el tienpo q̃ go-
 verno su Iglesia, procuró q̃ con rectitud se administra-
 se su justicia , inclinandose a la misericordia . Qe sus
 criados i subditos viviesen exenpla: i santamente. No

A

ijj

admi

Mateo Aleman, sucesos de,

admitio favor en perjuizio, ni se precipito a castigo sin
 mucho examen i culpa. Ocupose las tenporas del a-
 ño, celebrando las ordenes jenerales, confirmava mui
 de ordinario, era grande limosnero de secreto, visito
 su arzobispado, con tanto silencio i tenplanca, q̃ ja-
 mas del se oyó queja de agravio, ni lo hizo alguno de
 sus ministros ni criados a persona viviente, de obra ni
 de palabra. Hallo se presente, con toda umildad i lla-
 neza, en todos los actos escolasticos a q̃ le convida-
 ron, arguyendo i replicando, con tanta erudicion i ma-
 jisterio, quanto se podia encarecer de un sujeto con su
 mado en letras qual el suyo. Predicò muchas vezes en
 su Iglesia, i otras partes, mostrando el Oceano de su
 ingenio en todo. Vn dia por la tarde, viniendo su S.
 del monasterio de santa Monica, ya cerca de su posa-
 da se alborotazó las mulas q̃ no estavan bien domadas
 en rodar la carroça, i dieron a correr con ella desboca-
 damēte, sin poder corejirlas el cocheero, ni detener las
 mucha jente q̃ se les puso delante. Pareciole a su S.
 q̃ su persona coria riesgo, i temiendo mayor daño,
 elijio por el menor, saltar en el suelo, por uno de los es-
 trivos; enpezo, no lo pudo hazer tan francamente, q̃
 no cayese i recibiese pesadunbre con el golpe q̃ dio
 en el suelo con todo el cuerpo, quedando algo sentido.
 Deste achaque, quisieron despues tomarlo algunos, para
 dar principio a sus indisposiciones.

Jueves sãto, postrezo de Março de seis ciētos i onze
 vino

D. F. G. G. arzobispo virey de la N.E.

4

vino a Mejico la nueva, de ave: llegado a el puerto
de san Juan de Vlva el navio de aviso de Castilla i q̃
a el virei dō Luis de Velasco marqes de Salinas, le a-
vian dado la presidencia del cōsejo real de las Indias,
i quedava por virei de la Nueva España el arzobispo de
Mejico, q̃ gobernasce despues q̃ constase ave: salido
del puerto su excel. para Castilla. Y se deve advertir de
paso, q̃ luego como su S. tuvo la cedula i aviso desta
promocion, se fue a su oratorio, i prostrado en el sue-
lo, reconociendo su indignidad, pidio cō muchas la-
grimas a nuestro seño: , le giasce i enseñasce, como me-
jo: le pudiera servi: acertando, para gloria i onra suya.
Estuvo en esta oracion mucho espacio, hasta q̃ le o-
bligo a dejarla, el ave: de acudir a sus obligaciones de
aqel dia, en q̃ bendijo el olio, celebrò el mandato pu-
blicamēte, con doze pobres entre los dos coros, i el Sa-
bado sigiente hizo en su capilla ordenes jenerales.

Su exc. despues de acetada la merced, q̃ se le hizo, mǎ
do se le previniese lo necesario a su viaje i embarcaciō.
Salio de Mejico viernes diez de Mayo del dicho año,
aqien aconpañō su S. hasta la Iglesia de santa Ana don-
de se despidieron con muchos comedimiētos i pala-
bras. Bolviose su S. a su casa con sus criados, i su ex-
cel. pasó a delante con grande aconpañamiēto de oi-
dores, alcaldes, cavalleros i jente principal, en segui-
miento de su viaje.

Viernes, diez de Junio sigiente; uvo en estas partes

un

Mateo Aleman, sucesos, de

un eclipse de sol, el mayor q̄ se a visto en ellas en tien-
 pos nuestr̄os : i los q̄ algo presumieron saber juzgar
 de sus efectos, dijeron. Avez comēçado su primera du-
 ració, a la una i treinta i ocho minutos despues de me-
 dio dia; i el fin, a las tres en punto, en diez i ocho gra-
 dos i treinta i cinco minutos de jeminis; el cual, en-
 tre otras cosas, mostrava (segun su significador q̄ fue
 Mercurio) muerte de algun principe , i q̄ por ser en
 Mejico, en casa de la religion, i salir eclipsandose de la
 decima casa, q̄ es de los officios i dignidades, prometia
 muerte de principe de la Iglesia constituido en digni-
 dad secular.

Llego a Mejico la nueva, q̄ ya su excel. se avia he-
 cho a la vela con la flota de Castilla, estando su S. en
 Atlacuihuayá; i en el puto, mádo poner su caroça i en-
 trando en ella cō el padre presentado frai Antonio de
 Olea confesor suyo; a todo paso, se hizo llevar a Gua-
 dalupe; donde, prostrado en el suelo, ante aquella mi-
 lagrosa i devotissima imajē de nuestra Señora, sus ojos
 hechos fuentes de lagrimas, le pidio con ellas i cō ço-
 lloços del alma, intercediese áte la Divina majestad,
 su precioso hijo le comunicase su espiritu, para q̄ sien-
 pre acertase a servirle, governando su pueblo en paz i
 justicia. De alli se vino luego a Santiago Tlatilulco,
 monasterio de frailes Franciscos calçados, dētro de la
 ciudad, aunq̄ lejos del comercio, i alli estuvo hasta q̄
 hizo su entrada. En este tiēpo, lo visitaron los señores
 de la

D. F. G. G. arçobispo virrei de la N. E.

5

de la real audiencia, los dos cabildos eclesiastico i seglar, cavalleros, pretendiores, i otras personas q̃ le fueron a dar la en ora buena. I admitio en estos dias q̃ le llamasen excelencia.

Domingo, diez i nueve de Junio siguiente, se puso en ejecución su entrada i recebimiento, ya prevenido de antes. Hizose con la mayor acetacion i regozijo q̃ se podia encarecer; por q̃, como estava tan bién recibido, siendo amado de todos, tuvieron aquella suerte por felicissima. Las bocas i los ojos del comun, manifestavan las alegrías de sus coraçones, q̃ tengo por mayor felicidad en un p̃ncipe, ser amado, q̃ temido, como lo uno nasce de la voluntad i lo otro de violencia.

Este dia despues de comer, fue don Francisco de Trejo Carvajal, cavallero rejido: de Mejico a besar las manos a su exc. de parte de la ciudad, i a presentarle un cavallo con q̃ le servia para la entrada. Era de color sabino, de mucha persona, gallardas obras i grande mansedunbze, i el mejor q̃ se halló en esta tierra para el proposito. Llevava guarniciones, gualdrapa i teliz de terciopelo negro. Su exc. lo recibió con mucho amor i agradecimiento; despidiose i fuese a esperar con el cavallo en santa Ana, donde avia de subir en el. Para esta entrada i recebimiento estaban las calles i ventanas, por todo el paso, curiosamente aderezadas, con los tapices i colgaduras mas preciosas

B

fas

Mateo Aleman, sucesos, de,

fas q̃ se pudieron junta: para el efeto.

Sezian las tres i media de la tarde quando avisaron a su exc. q̃ la ciudad i real audiencia venian cerca de santa Ana. Salio su exc. de Santiago, i alli llegaron el cabildo de la Iglesia, i aviendole besado las manos 5
dieron la buelta, para salir a recebirle. Tenian los naturales en aquella plaça deláte de Santiago, hecho un artificio para bolas, desde lo mas alto de un pino ael suelo, i a el tienpo q̃ su exc. pasó en su caroça, cayo uno dellos i se hizo pedaços. Prosigio adeláte su exc. 10
hasta llegar a santa Ana, donde salio dela caroça, i subio en el cavallo q̃ alli le tenía prevenido. Los señores de la real audiencia llegaron a besarle las manos a cavallo; i despues el rejimiento de la ciudad a pie, con q̃ dieron la buelta, romando el rejimiento la de 15
lantera en sus cavallos los macezos delante. Vinieron acompañando a su exc. hasta el arco q̃ hizieron a la entrada de la calle de santo Domingo Ivan vestidos con ropones de terciopelo carmesi de Castilla, forados en raso rosado aprensado, coletos i calças negras 20
con telas de primavera de plata i carmesi, jubones de lo mismo, goras de terciopelo negro, ricamente aderezadas las toquillas, i con muchas i mui luzidas plumas blancas encrespadas: espadas doradas con pretinas i coreas de terciopelo, bordadas de oro i perlas; 25
los cavallos, con adereços de la brida, tan briosos i loçanos, q̃ parecia most:arse partipes de aquel regozijo. De

jo. De tras venian los señores de la real audiencia en
orden, i a la mano derecha del mas antiguo, su excel.
Venia de tras don Lesmes de Astudillo su gentilon-
bre de la camara, en un mui galan cavallo a la brida,
i mui bien aderezado, llevaba el gion del capitan je- 5
neral. Desta manera llegaron a la entrada de la calle
de santo Domingo, a dóde la ciudad avia mandado
hazer un arco triunfal, de grande majestad i traça, pin-
tado a el olio, con istorias, enigmas i letras Latinas i
Españolas, mui elegantes i sentenciosas, en q̄ pudie- 10
ra bien tomar buelo la pluma, si la ocasion i tiempo
lo permitieran. Lo q̄ dello senti, digo, q̄ de tal mane-
ra estava fabricado q̄ correspondian sus miembros, có
los ventanajes, açoteas i suelos de las casas colateza-
les, i por donde quiera mirado, parecia todo junto un 15
edeficio; por q̄, los cuerpos vivos i pintados, corian
en orden segun el ventanaje de alguna galea.

En llegando a el se apearon, los rejidores; y el co-
rejidor, don Garcia del Espinar a pie, recibio el jura-
mento de su excel. i hecho, le puso en las manos u- 20
na llave dorada, como entregandole la ciudad. En e-
ste arco estavan unas puertas grandes q̄ abrieron luc-
go, i el dicho corejidor, i Diego de Ochandiano có-
tador de la real caja, don Fernando de Bocanegra, i
don Fernando de Ribadeneira, en aquel tiempo alcal- 25
des ordinarios, llevaron el cavallo de diestro, por cua-
tro vandas o ligas de tafetan encarnado, azidas a las

Matteo Aleman, sucesos de,

cabeçadas del cavallo, i cada uno con la suya, lo metieron de bajo del palio q̃ con veinte i dos varas doradas lo tenían estendido i levantado los rejidores. Era de primavera de oro, con çanefas de brocado de lo mismo; i en esta manera, fuerõ hasta la Iglesia mayor. Poco antes de llegar a ella, cerca de las casas del marqués del Valle, salieron el cabildo i clero de la Iglesia, con Cruz alta, para recibir a su excel. q̃ llegando a la puerta del perdón se apeó, i mando no entrasen dentro con el palio, por q̃ aquella majestad i gloria, solo a Dios pertenecia i no a criaturas humanas. Desta manera entro dentro, i lo recibieron cõ el *Te Deum laudamus*, cantole la capilla unas chançonetas, hizo la oracion en un sitial q̃ le pusieron cerca del altar mayor donde se suelē sentar el virei con su audiencia. Salio despues por la otra puerta de la plaza, donde ya el rejimiento le avia pasado el palio, i entrando debajo del, a pie, lo llevaron a palacio. Allí lo dejaron los rejidores, i lo dieron a don Alonso de castro cavallerizo de su excel. q̃ lo era entonces. Con su excel. subieron hasta los corredores, los señores de la real audiencia i allí se despidieron. Los rejidores i cavalleros entraron a la antecámara, donde se paró debajo de un dosel i dio las gracias en jeneral a todos, i a cada uno en singular, de los q̃ le llegó a hablar. Vvo é medio de la plaza i casas de cabildo un castillo i sinuvas cõ ingenios de fuegos q̃ fueron mui para ver. Disparó una

una salva de muchas bonbas i camaras de artilleria, haziendo grandísimo estruendo. Despues a la noche, parecia toda la ciudad arder en fuego, por las muchas luzes de las ventanas i hogeras de las calles.

El dia siguiéte, despues de aver oido misa su excel. 5
i audiencia, en su capilla, el secretario Martin Lopez de Gauna leyo la cedula de su majestad, cerca de la presidéncia de su excel. el secretario Cristoval Osoño recibio el juramento acostunbrado, i hecho, la obedecieron aquellos señores. Hizo alli luego una breve 10
platica elegante i grave, q̄ verdaderamente tenia gr̄a de caudal, eminéncia i enéjia de palabras en tales ocasiones de repente. Dio a entender, q̄ su profesió i principal oficio era de apostol; i aunq̄ indigno de tan alta dignidad, ya q̄ Dios nuestro Señor avia sido seruido 15
do de hazerlo arzobispo de Mejico, en razon de tal recebia llamarle señoria solamente, i q̄ si desde q̄ entró é Santiago admitio el titulo de excel. fue por có serva: lo concedido a los vireyes, i el dejarla de admitir, no les parase por su omisión perjuizio en lo de adelante; i pues, en aquello avia hecho el dever, q̄ de 20
su parte para lo venidero la renunciava i no la queria, i disgustaria mucho, de q̄ alguno se la llamase por q̄ solo có señoria se contétava. I tambien, ya q̄ la Divina majestad avia ilustrado aquella señoria con el titulo de virei, si alguno le quisiere llamar señoria ilustrisima, lo pudiese haze: por su voluntad o gusto; en-

Matteo Aleman, sucesos de,

enpezo excelencia no, por algun modo, porq̃ le pesa-
 ria mucho dello. Prometio dar audiencias de ordina-
 zio, i con esto salio a tomar la posesion dela presidē-
 cia. Pidio se le hiziese relacion del pleito mas desan-
 parado de onbre pobre, hizose, dio la oza, i bajando 5
 de los estrados se fue a su aposento. Dio audiencia
 publica en su antecamara, a quantos quisieron llegar
 a habla:le; i aunq̃, luego el dia siguiente se sintio con
 un poco de calentura, i fue necesaria sangria, no por
 eso dejó de continuar las audiencias los dias q̃ pudo, 10
 animando i consolando a todos con buenas pala-
 bras i esperanças. Que la grandeza de un principe se
 conoce, quanto se conpadece mas de los vasallos.

Viernes veinte i seis de Agosto del dicho año de
 seiscientos i onze, sezia como entre las dos i las tres de 15
 la madrugada, uvo en esta ciudad i su comarca, el ma-
 yor temblor de tierra de q̃ se acordaron los mas anti-
 guos della, cayeron muchos edeficios, peligraron i
 murieron muchas personas cojiendolos debajo; de-
 manera se sintio, q̃ andavá despues los onbres, como 20
 asóbrados, i en muchos dias no se trató de otra cosa.
 Esto sucedio en los primeros dias del govieno de su
 S. illust. Tratavase de hazer fiestas por su recebimiē-
 to; las cuales, por estar tan de proximo las q̃ acostun-
 bra hazer esta ciudad por san Ipolito era necesario a- 25
 verse de gastar mucha suma de dineros en anbas; i en
 el interin, ivan entreteniēdo a su S. illust. cō algunos
 toros

D. F. G. G. arçobispo virei de la N. E.

8

toros q̃ se corieron en un cortinal de palacio, lo cual se hizo dos vezes, i pareciendole a su S.illust. q̃ la ciudad estava un poco estrecha con grandes gastos q̃ se le avian ofrecido los dias antes, i q̃ las dos fiestas q̃ se ofrecian de presente le sesian de mucha confi- 5
deracion i costa; demas, q̃ a su abito no era tan decente salir en publico; tomó por acuerdo, q̃ para este dia se coriesen toros en el mismo lugar: i se jugasen alcanzias, con lo qual se cunpliese con ambas obligaciones. Hizose con mucho regozijo, aunq̃ todo 10
fue bien menester para los animos afligidos del temblor de aq̃lla madrugada, i queriendo los cavalleros hazer careza, la començo don Andres Gera, sobrino de su S. illust. i capitan de su guarda: i aviendola paseado, cuando quiso rebolver el cavallo (fue cosa de grande 15
admiracion) començo a temblar otra vez la tierra fuertemente, aunq̃ no tanto como la pasada, i rizado hasta q̃ uvo corrido i fosegó el cavallo, aviendolo parado justamente, con tanta igualdad ambos movimientos, como si fueran dos arterias de un mismo cuerpo. 20
Quisiera su S. illust. retirarse luego, i dejar las fiestas, no lo hizo, por no mostrar flaqueza de animo, i por q̃ ya cerava el dia; de alli a poco se levanto i fue a su aposento. Esa noche la pasó con muchas congojas i algun poco de calor demasiado. 25

Que las indisposiciones de su S. illust. uviesen tenido principio, segun sintieron algunos, del golpe q̃ se dijo,

Mateo Aleman, sucesos de

se dijo, quando se arrojó de la carocha, ò causádose de otros achaques, como lo afirman otros ; en qualqie manera q̃ aya sido, se declaró mas el daño, el día destas fiestas en la noche, pues aquella calentura, obligo a los medicos a usár de sangría. Pareció ser en su principio algun facil accidente, sinoco sin putrefaccion, de facil cura, i así no se hizo del mucho caso. A los primeros días de Setiembre, padecio algunas destilaciones a los ojos i a otras partes, por la disposición del sujeto, i calidad natural desta tierra, ser caliente i umeda, q̃ por estar fundada en una laguna, i ser las calidades de los aires las dichas, esta con sujecion a padecer corrimientos de umores i reumas. Este achaque nececito a q̃ su S. ilustrísima, se consintiese abrir una ò dos fuétes en el brazo derecho, para evitar mayores daños. Poco despues le sucedio una fiebre aguda, de corrupcion de todos los umores, de q̃ se halló afligido, i los medicos obligados a hazer le remedios mas eficaces de purgas i sangrias, con q̃ se sintio algo mejor, por q̃ la calentura se le qito de todo punto, quedádo a el parecer mui aliviado. Estuvo despues desto algunos días, con mediana salud, aun q̃ se quejava sienpre de dolor en el higado, q̃ yendo en algun crecimiento, le bolvió la calentura : i mirádose su enfermedad con mas cuidado, le pareció por entóces a su medico ser opialcion en el higado, enpero, como sienpre sule crecer en mayor augmento, se determino

mino hazer junta de medicos, i en quatro de Enero de seiscientos i doze se juntaron en Atlacuihuayan, (una legua de Mejico, donde su S. ilust. se avia ido a curar) cinco medicos de los mejores q̃ avia en la ciudad : i consultada en la enfermedad, se dividierõ los pareceres. A los q̃ primero avian acudido a ella, q̃ sin duda era opilacion en el higado, a otros dos de los nuevamente llamados, q̃ avia inflamacion, i el uno dellos dijo con resolucion ser apostema, en la parte jiba del higado sin opilacion, i q̃ ya tenia hecha materia, esto fue lo q̃ se trató é aquella primera visita. Juntaron se otra vez en el mismo lugar, en seis del dicho mes, dia de pascua de Reyes, i cada uno de los medicos, en presençia de su S. ilust. dijeron su parecer, i concluyeron lo q̃ antes. Como el paciente deseava q̃ su mal fuese poco i sin peligro, inclino se a el parecer de los primeros, q̃ afirmavan ser vna opilacion, en q̃ no avia riesgo alguno; mas todavia el medico singular afirmava i posfiava, no ser opilaciõ sino apostema, i nunca se convinieron; así, cada uno siguió lo q̃ le parecia, segú pudieron conjeturar de los indicios q̃ fueron muchos i varios como despues de su muerte vimos. Entõces despidieron a los tres medicos, i qedaron los dos primeros, los cuales aplicaron medicamentos i remedios convenientes a la opilacion. I aunq̃ se dezia cada dia, q̃ su S. ilust. ya estava sano, como interioimente se iban las materias

Mateo Aleman, sucesos de,

augmentando, i el mal agravandose, viendose afligido el enfermo, se vino a Mejico; dōde, todos los medicos principales lo visitaron i hizierō juntas; enpezo siempre i por lo dicho, los dos primeros afirman se opilacion. Cō esto se determinó, q̄ solo quedasen dos q̄ prosigiesen la cura i a los mas despidieron. 5

Estando pues la parte lesa mui supurada, con abundancia notable de materias por q̄ parecia tener su S. ilust. un poco de calétura, le sangraron tres veces, cōtra el parecer de algunos medicos; tras esto le crecio una mui resia fiebre, q̄ por lo q̄ despues parecio, fue averse coronpido por la parte interior, espontaneamente aqel absceso, i algunos medicos dijeron ser dolor de costado, q̄ le avia sobrevenido; por lo cual, aplicaron remedios exquisitos, mas de alli a dos dias, hizieron las materias grandissima eminencia, en la parte de las costillas q̄ llaman los medicos mēdozas ultimas, i siendo necesario q̄ viniesen cirujanos concieron ser importante abrirlo. 10 15

Sabado veinte i ocho de Enero a las cinco de la tarde, avian dado a su S. ilust. el sacramento de la comunion, con grande solemnidad, vino acompañado cō muchas hachas de cera blāca, los pajes de su S. ilust. con cirios grandes, a quien sigio el cabildo i clero de la Iglesia i rejimiēto de la ciudad. Llevo el santissimo sacramento el doctor dō Iuan de Salzedo arcediano de Mejico, i rejidores las varas del palio, a los lados 20 25

D. F. G. G. arsobispo virei de la N. E.

10

dos ivan los soldados de la guarda, i en medio los cá-
tores de la Iglesia cantando Himnos delante, pare-
cio igual procesion ala del dia del Corpus. Veniá de
tras los señores de la real audiéncia, i despues de aver
su] S. ilust. recebido el viatico, estando presentes los 5
dichos señores i los dos cabildos eclesiastico i seglar,
les hizo una mui tierna i elegante platica, i tal como
de su ingenio, sobre aquellas palabras del capitulo tre-
ze de san Iuan q̄ dizen. *Cum dilexisset suos qui erant in mun-*
do, in finem dilexit eos. Ponderó mucho este lugar, i el a- 10
mor q̄ tuvo Cristo a sus dicipulos por los efectos q̄
del resultaron; en especial aquella grandeza mayor de
sus grandezas, excelencia mas excelente de cuantas
Dios usó con el onbre; pues, estando ya de partida
para la muerte, dejó tan transustanciado su sacratissi- 15
mo cuerpo y sangre en el santísimo sacramento de la
Eucaristia, debajo de aquellas especies de pan i vino,
para su gloria i nuestro provecho, q̄dandose con no-
sotros, por manjar i sustento nuestro; el cual, cria un
amor i confiança particular, para tratar con el mismo 20
Dios. I así quisiera en señal del amor q̄ les tenia, enca-
garles i alcançar dellos en su fin q̄ seria breve, tuvie-
sen toda paz, amor i conformidad, q̄ fuesen obse-
vantes a la justicia i considerasen aqel paso en q̄ se halla-
va. Confesose alli en publico por miserable pecador, 25
i declarando aqel paso del mismo evangelista. *si dixe-*
rimus quia peccatum non habemus. &c. Dijo q̄ sabia mui bié

Matteo Aleman, sucesor, de,

la Divina majestad, q̄ sienpre su animo avia sido a-
certar en todo, i en sí, no conocia pecado de malicia.
Movio tanto los animos con sus palabras fervorosas
q̄ uvo mui pocos q̄ no las pasasen a su alma, repitién-
dolas con lagrimas en ella.

5

Domingo cinco de Febrezo, a las quatro de la tar-
de abrieron a su S. ilust. no se hizo segun era conve-
niente, por q̄ no avia de ser por entre la tercera i cuar-
ta costilla como se hizo, sino mas bajo; q̄ aunq̄, sa-
lio alguna materia, por auez coroido ya el dia fragma
i subido arriba; con todo eso, no era de consideraciõ
la q̄ por alli salia, pues abajo quedava mas.

10

Los accidentes crecian, la virtud natural menguava,
las ganas del comer se prostravan mui a priesa, vien-
dose ya el notorio peligro a los ojos, le advirtio su
medico del riesgo de su vida i mando recibiese la ex-
tremauncion, en onze del dicho mes, aviendose cõ
fessado jeneralmente tres vezes, en poco mas tienpo
de un mes i medio, reconciliandose cada dia; i en e-
ste, q̄ ya su poca esperanza de vida qedó declarada,
tomo en las manos un santo Crucifijo, i hizo con el
grandisimos actos i demostraciones de contricion i
umildad, hizo una breve platica, estando presentes
algunos señores de la real audiencia, certificandoles
por el paso en q̄ se hallava, q̄ no le acusava su con-
ciencia de caso alguno enq̄ uviese dejado de auez he-
cho justicia, ni recebido dadiya por favor, merced ni

15

20

25

otra

otra cosa q̃ se le uiese pedido. Dioles para la sala del
 acuerdo una imagen devotísima de la santa Verónica
 q̃ se aprecio la hechura en casi mil pesos, pidiéndoles
 la pusiesen allí dōde viendola se acordasen de ro-
 gar a Dios por el. Este dia se dispuso para morir, i en
 sí mismo quedo muerto. Hizo q̃ los padres relijiosos
 de la orden de santo Domingo q̃ allí asistían, le reza-
 sen el oficio de difuntos, ayudandoles el, i pidiendo
 les por amor de Dios, le industriaesen i ensenassen co-
 mo a una bestiezuela, lo q̃ devia hazer. Con estos ac-
 tos de umildad i contricion, i orros mui dignos de
 sus admirables letras, entendimiento, Cristiandad i
 prudencia, dio su espíritu a el señor en veinte idos de
 Febrero, del dicho año de seis cientos i doze a la una
 i tres cuartos despues de medio dia. Este dia Mierco-
 les como a las ocho de la noche, abrieron el cuerpo,
 i hallaron por la parte concava de la una pūta del hi-
 gado cantidad como de medio huevo, por donde se
 aliga con las costillas, por las materias q̃ le acudían
 de aquel lado ya podrido: los pulmones con algunas
 manchas, tan levantados, q̃ apenas parecia cabe: en
 la caja de su asiento, i el coraçon mui consumido i
 pequeño. Las costillas mendozas estavan tan podri-
 das, q̃ se deshazian entre los dedos; indicios todos q̃
 aunq̃ los medicos atinavan a el daño, i hizieron sus
 posibles diligencias por ser caso in audito, no visto
 ni oido su semejante. I q̃ nunca su S. illust. se quejo de

Matteo Aleman, sucesos de,

otra cosa q̃ solo del lado del higado, i el ser la le-
sion interioꝝ, de sintomas indifeꝝetes dio margen dō-
de cada uno pudieꝝa esfoꝝzaꝝ su opinion, con suficiẽ
te disculpa de la q̃ les qiso inputaꝝ el vulgo ignoꝝate.

Luego despues Iueves en la noche sigiente, poꝝ 5
temoꝝ del mal oloꝝ, le abieꝝon la cabeça i le aseraꝝō
el caxco a la redonda, para sacaꝝle las medulas : fue
tanta la cantidad, q̃ me parecio, si qisieꝝan bolverlas
a envazaꝝ en su mismo vazo, ni en otro tãto mas cu-
pieꝝan : fue la mostꝝuosidad mayoꝝ q̃ se à visto, sin 10
teneꝝ alguna corrupcion, mal oloꝝ ni cosa de q̃ se pu-
dieꝝa tomaꝝ indicio de aveꝝse tan de subito dilatado
tanto. Recibio las en un lebrillejo el dicho Felicia-
no de Vascones, i a cōpañandolas el sochantꝝe Iuan
Lopez capellan de su S. illust. i yo con una hacha de 15
ceꝝa blanca, las enteramos en el fagario de la santa
Iglesia, casi a las nueve de la noche.

Aviendo fallecido ya su S. illust. lo tuvieron en su
cama, la qual era mui moderada, i no mejoꝝ q̃ la or-
dinaria de un religioso, estuvo en ella hasta la noche, 20
q̃ (como dije) le abieꝝon i enbalsamaꝝon el cuerpo.
Començo a doblaꝝ la Iglesia mayoꝝ con grande sole-
nidad en aquella ora, i las mas Iglesias parroquiales con-
ventos i colejos hizieꝝon lo mismo, con tan grande
sentimiento como pedia semejante perdida, de un 25
pꝝncipe tan bien qisto i amado de todos.

Luego este dia poꝝ la tarde a las quatro, salieꝝon a

nco-

D. F. G. G. arzobispo vir y de la N. E.

12

encomendar el alma, el cabillo de la santa Iglesia, dignidades, i prebendados, con sus capas de oro las faldas tendidas, capellanes i clero della con sobrepe-
lizes, llevando delante su Cruz alta i ciriales. Iva el per-
tiguero con un ropon de terciopelo negro, quatro ca- 5
pellanes con cetros de plata, i otros quatro de tras có
capas de terciopelo negro bordadas de oro i seda. El
doto: don Iuan de Salzedo arcediano de Mejico iva
revestido con capa de tela de oro i negro i dos pre-
bendados a los lados, con almaticas de lo mismo. 10
Hecho el oficio, cantaron un doloroso responso los
musicos de la Iglesia, con q̃ se bolvieron a ella. Des-
pues de lo cual, vinieron a el mismo lugar, las religio-
nes a los mismos oficios, i en cantando el responso
se bolvian a sus casas. Esta misma tarde abrieron el 15
testaméto, i vieron quedar por albaccas el S. licéciado
Diego Nuñez de Mo:quecho, oidor de la real audien-
cia de Mejico, el arcediano don Iuan de Salzedo, el
maestro frai Luis Vallejo, provincial de la orden de S.
Domingo, i el doto: Luis de Villanueva Capata. 20

El dia siguiente Iueves, amanecio puesto el cuerpo
en medio de la real capilla, delante del altar della, so-
bre un tablado, poco mas de una vara en alto, algo
inclinado de los pies, i levantado de la cabeza, cu-
bierto con un costoso paño de terciopelo negro, bor- 25
dado de realces de oro i sedas de matizes, mui cuaja-
do i de mucha vista, tenia debajo de la cabeça una
almo-

Matteo Aleman, sucesos de

almohada de terciopelo negro, con caireles i borlas
 de oro i seda negra. Estava vestido de pontifical, so-
 bre su onbro i lado izquierdo el baculo pastoral. Era la
 casulla de tafetan morado de Castilla, guarnecida cõ
 oro. Tenia calçados unos guantes, labrados de agu- 5
 ja de seda morada i oro. Vna vistosa mitra. El palio
 sobre sus onbros, i un pectoral de reliquias, guarneci-
 do de manos de monjas; con aljofar i perlas, curioso
 i pobre. Capatos de raso morado cairelados con oro,
 i con esto lo llevaron a enterar, salvo, q̃ para el dia 10
 del entierro, le pusieron otra mitra de mucho precio,
 guarnecida de perlas i piedras de valor. Estava su cues-
 po tratable como quando vivo, i en estremo elado.
 A su cabecera tenia el gion de capitan jeneral un po-
 co inclinado a el suelo, i la Cruz arzobispal a su ma- 15
 no derecha. Estavan a los pies las dos maças reales,
 una de cada lado, i abajo dellos el capelo. A las cua-
 tro esquinas del tablado, avia quatro grandes blando-
 nes de plata mui bien labrados, i en ellos ardian cua-
 tro hachas de cera blanca. Delante del cuerpo estavã 20
 otros quatro hachuelos de plata mui buenos, de va-
 ra en alto cõ su cera encendida. La capilla estava col-
 gada de paños negros, i por el suelo, reposteros bor-
 dados de matizes de paño blanco, fraileSCO i negro.
 Desta manera estuvo el cuerpo, en la real capilla, des- 25
 de aquel dia hasta el sabado siguiente, a las tres i media
 de la tarde q̃ lo sacaron a enterar.

Fue

Fue tanto el concurso de los q̄ acudierō a palacio, estos tres dias, así Españoles como naturales, onbres i mujeres de todas calidades, q̄ se conocio en ello mui bien, cuanta sea la grandeza de aquesta ciudad, i amor a su p̄ncipe, de cuya falta mostraron sentimiēto notable, los corredores de palacio, estuvieron sienpre llenos de jente, i con mucha dificultad se podia entrar ò salir de la capilla, donde lo velaron aquellas noches religiosos de todas las ordenes.

Este dia por la mañana vinieron en procesion a la Iglesia mayor, todas las parroquias relijiones colejios i ermitas, con Cruz alta i ciriales, preste i diaconos revestidos, i teniendo señalados altares dezian su misa cantada i de alli pasavan apalacio a cantar el responso en contorno del cuerpo, i se boluian a sus casas. Despues de todos, vino el cabildo de la santa Iglesia, segun la tarde antes, dijeron le su vijilia i misa de cuerpo presente, con mucha solenidad en el altar de la real capilla, i dicho el responso a canto de organo se bolvieron.

En todo este tienpo, nunca dejaron de doblar en todas las Iglesias i conventos de Mejico; i no solo este dia, mas desde q̄ falleció su S. ilust. hasta sus onras hechas doblaron sienpre por las mañanas a medios dias i a las tardes, hasta despues de las AveMarías. Cuando su S. ilust. falleció, ya el cabildo de la santa Iglesia tenia ordenado a el canonigo Antonio

D

de

Matteo Aleman, sucesos de

de Salazar, asistiése con el cuerpo sin faltara las cosas, ministerios i prevenciones q̄ alli se ofreciesen. Lo mismo acordo (despues de ya fallecido) la real audiencia. Hizolo con tanta diligencia i cuidado, con tanta sollicitud i asistencia, quanto se conoce bien de su condicion i sollicitud en las cosas de su cargo. 5

Iuntaronse los señores de la real audiencia para ordenar las cosas del entiero, como señores i dueños a quien tocava; en cuya ejecucion, se conocio mas, i mostraron con exceso grande, su mucha prudencia, letras, valor i jeneroso animo : por q̄ no se podia encarecer, la diligencia i silencio con q̄ todo se previno, la quietud fervorosa con q̄ se hizo, la concertada orden q̄ se tuvo en todo, en especial el dia del entiero; donde, asi el acto jeneral, como en cada singular, aun hasta el mismo tiempo se mostro funebre. Puedo certificar, aviédo visto las mayores grandezas de la Cristiandad, en tales actos i tiempos nuestros, no averle alguna excedido, i sola una igualado; digo, dándole su lugar a cada cosa, no tratando de grandeza de sujetos, concurso de principes, numero de jente, ni riquezas; mas en su tanto cada una, la mayor de q̄ pueden oi de poner los nacidos, fue sola en Sevilla, en la trasracion de los cuerpos, del santo rei don Fernando, rei dō Alonso el sabio, i mas personas reales principes i maestro de Santiago, q̄ se pasaron a la capilla de los reyes nueva de la vieja; en q̄ parece, no solo aver con-

D. F. G. G. *arçobispo virrei de la N. E.*

14

vez concurido aqel maravilloſo aplauſo, quietud, cõ
 cierto ſilencio, admiracion, ſoſiego, triteza i lagni-
 mas, q̃ aun parecia auearnos el cielo ayudado con e-
 llas haziendo ſu ſentimieno, no aflijiendo ni enfa-
 dando, q̃ no es de pequeña confideracion en eſta tie- 5
 ra, ſiendo el tiempo natural de vientos deſhechos, a
 viendolos auido los dias antes, i deſpues con exce-
 ſo; en eſte dia, parecia q̃ nueſtro Señor aparto las a-
 guas de las aguas, i descubrio una tarde tã apasible,
 ſoſegada i frefca, q̃ moſtro claramente ſer grande pro 10
 uidencia ſuya, para conſuelo nueſtro, cerca de la ſal-
 uacion de nueſtro principe. Vna ventaja hizo ſu en-
 tiero a el q̃ dije; i fue las inſignias de capitán jeneral
 q̃ faltaron en el otro. De manera, q̃ no dizen los naci-
 dos q̃ vieron eſte acto, i los mas en q̃ ſe uvierén halla 15
 do, q̃ le aya hecho ventajas alguno, concuriendo tan-
 to junto.

Cubrieron ſe de luto los ſeñores de la real audien-
 cia, con ſotanillas largas, igamachas de vayeta por
 ſeiza; botones i caperuças de lo mismo, i ſombrios 20
 de ſieltro cõ tintillos del, ſin caizel, ni mas ſoro q̃ dos
 dedos de taſetan a la cabeça. Ordenaron ala ciudad
 q̃ guardafen la misma q̃ ſu alguazil mayor de corte.
 Lleuaron ropillas largas i capas de vayeta haſta la gar-
 ganta del pie, caperuças de lo mismo i ſombrios co 25
 mo los dichos. Entre las mas preuenciones q̃ ſe hizie-
 ron, fue cometer a Pedro de la tõe ſecretario del go-

D ij

vieno

Mateo Aleman, Jucesfos de,

vicino, mandase hazer cinco tablados, o pozas; en
 la distancia del camino, donde parasen el cuerpo. Hi-
 zose la primera delante de las puertas de palacio; i ha-
 sta ella, bajaron el cuerpo desde la real capilla los se-
 ñores de la real audiencia, donde lo recibierõ, como 5
 a su arzobispo i prelado, el dean i cabildo de la santa
 Iglesia, i lo llevaron hasta la segunda q̃ se hizo a la es-
 quina de las casas arzobispales. Allí lo recibio la ciu-
 dad, i pasandolo por las calles del relox i de los don-
 zeles, lo pusieron en la tercera poza q̃ se hizo en la en- 10
 cruzijada de la calle de santo Domingo. Desde allí
 lo palazon adelante la real universidad i doctores mas
 antiguos a la quarta q̃ estava frontero de la Cruz de
 los portales a la entrada de la calle de Tlacupa. Des-
 de allí lo llevaron prior i consules hasta la quinta q̃ se 15
 hizo a la puerta de la Iglesia mayor. En esta poza, lo
 bolvieron a recibir los señores de la real audiencia, i
 lo entraron en la Iglesia, dejandolo encima del tumu-
 lo. Hizose con tanta majestad i grandeza q̃ no se po-
 dra encarecer con palabras. Puesto el cuerpo enci- 20
 ma del tumulto estuvieron a la redonda del, muchos
 pajes con hachas encendidas en las manos, i un rei
 de armas abajo a los pies del tumulto, con los mace-
 zos a los lados, las cabeças descubiertas i en pie to-
 do el tiempo q̃ tardaron en hazer el oficio i sepultar 25
 el cuerpo

Sabado por la tarde se juntaron en las casas reales,
 la real

D. F. G. G. arzobispo virrey de la N. E.

15

la real audiencia, ciudad, real vniversidad i consulado. La real audiencia, en la sala del acuerdo; la ciudad, en la de audiencia publica; la real uniuersidad, en la de menor cuantia; i el consulado en la ante camara: i como a las tres i media de la tarde salio de palacio el entiero en esta manera.

Delante de todo fueron las Cruzes de los barrios i parroquias de Indios con su cera i campanillas i estandartes caidos a tras.

Los niños colejiales de san Iuan de Letran, q̃ llamam en Castilla de la doctrina.

Las cofadrias de la Vera Cruz, la Soledad, la Trinidad, nonbre de I E S V S, de la Sangre, Rosario, Despedimiento, Nazarenos, i san Iuan de la penitencia, todas de Españoles, llevavan sus estandartes levantados, la cera encendida, Cruzes i ciriales delante, i por todas fueron treynta i ocho cofadrias.

Los exmanos de los Convalecientes, q̃ son como del ospital jeneral de Madrid en Castilla. Visten paño pardo, sotanillas largas encima de la gargáta del pie, ferezuelos algo mas cortos, de cuello bajo i sôbre los grandes de fieltro pardo: son los q̃ administran aqui la casa de los inocentes, advocacion de S. Ipolito.

Los exmanos de Iuan de Dios por otro nonbre, de la Capacha.

Los padres de la casa profesa i colejio de la compania de I E S V S.

D 117

Los

Mateo Aleman, sucesos, de,

Los frailes de nuestra Señora de las mercedes.

Los Carmelitas descalços.

Los de san Agustín, santa Cruz, san Sebastian i
san Pablo, q̃ son todos de una relijion i abito.

Los de san Francisco, santa Maria la redonda, i Sã- 5
tiago Tlatilulco q̃ son calçados, i los descalços de
san Diego, todos de una misma orden.

Los de santo Domingo ivan los ultimos, llevaba
cada orden su Cruz i ciziales de lante, i al fin remata
van có el preste i diaconos revestidos, lo mejor i mas 10
costoso q̃ cada orden tuvo i pudo. Los padres de la
compañia no llevaron Cruz ni vistuario. I van todos
con tanto silencio, tanta orden i concierto, q̃ no ha
zian mas bullicio, del q̃ se suele sentir en el mayor so
fiego de la noche. A todos en jeneral, cizmanos, reli- 15
giosos, frailes i clero, se les dio cera blanca de a media
libra, q̃ considerado el mucho numero de personas a
quien se repartieron, la mucha cera de las cofradias, i
hachas del entierro, q̃ fue grande cantidad, i estaz en
Mejico, a donde se trae de Castilla, o de la China, no 20
fue pequeña grandeza, pues no se distribuyera mas ni
con mayor largeza en España.

Despues de las ordenes iba la clerefia con el mis-
mo paso, llevaron la Cruz de la catedral delante, con
manga de tela de oro i negro, i ciziales a los lados, i- 25
van con sobrepellizes. Los prebendados i dignida-
des llevavan encima sus capas de coro caidas las fal-
das

das, i de tras dellos el cuerpo. El Cauzco delante
 te del mui enlutado, con la Cauz arzobispal, i de
 tras del dos reyes de armas, con sobrecotas de raso
 negro, i en ellas las armas reales, i las maças de plata
 encima de los ombros. Iva echado en una media ca- 5
 ja de madera, forada en raso negro, revestido segun
 se dijo; salvo, q̃ para el entiero, le pusieron sobre las
 gargantas de los pies un bonete con borla blanca, in
 signia de maestro en santa Teologia, i abajo de los
 pies, en el canto de la caja iba el capelo. A los lados 10
 del cuerpo, ivan los de la guarda, en cuerpo i descu-
 biertos. Llevavan ropillas largas de vayeta, las alava-
 das bueltas, arastrando las cuchillas por el suelo. De
 tras del cuerpo fueron revestidos, el arcediano de Me-
 jico con capa, i diaconos con almaticas de tela de 15
 oro i negro, aq̃ien segian en mucho concierto, el
 consulado de los mercaderes, tribunal donde asisten
 un prior, dos consules, i tres consejeros, q̃ son los q̃
 fueron prior i consules el año antes, i cinco diputa-
 dos. Es elecion de un año, i conocen de todas las di- 20
 ferencias causadas de fatorajes, compañías i encomi-
 das de mercaderes. Llevan ropillas capas i cape-
 uças de vayeta. La real universidad ivan de tras con el
 mismo luto, sus maceos ò bedeles delante, q̃ lleva-
 van en medio a el maestro de ceremonias, con su ba- 25
 ston en la mano; aq̃ien, sucedieron los maestros i
 doctores graduados: llevan bueltos los capirotes ca-
 da

Mateo Aleman, sucesos de,

da uno de su facultad, lo negro a fuerza, i las colores ã dentro, bonetes ò caperuças con sus bolas en la forma q̃ suelen asistir a un grado.

De tras de la real universidad iba el rejimiento de Mejico, llevando delante sus dos macecos ò porteros 5 las maças de plata en sus onbros enlutados, i en lo ultimo iban don Garcia del Espina: corejidoz de Mejico, i dō Pedro de Villegas Medinilla, i don Andres de Tapia i Sosa alcaldes ordinarios a los lados.

Ivan despues de la ciudad los contadores del tri- 10 bunal de cuentas con sus capas caperuças, i ropillas de vayeta.

En los ultimos del aconpañamiento fuero los señores de la real audiencia, llevavan consigo tres sob- 15 rinos de su S. ilust. en esta manera.

Los señores dotoz don Marcos Gercero, i licenciado Aller de Villagomez, a el capitan don Iusepe Gera en medio.

Los señores dotoz Iuan Qezada de Figueroa, i licenciado Pero Iuarez de Longoria, llevavã en medio a el 20 padre frai Ieronimo Gera, prior de Atlacuihuayan.

Los señores licenciados don Pedro de Otalora, i Diego Nuñez de Morquecho, a don Andres Gera, capitan de la guarda. Iva el señor licenciado don Pedro de Otalora en medio, el dicho don Andres ala mano 25 derecha, el cual i el dicho don Iusepe llevavan lobs con faldas mui largas, i cubiertas las cabeças con capotes

piores de vayeta.

Aviendo pasado las congregaciones i tribunales todos, iba Diego de Ochandiano contador de la real caja, llevava un estandarte a el ombro, q̄ dejado caer por de tras, casi tocava con el suelo: era de raso negro dorado el escudo con castillos i leones por ambas partes.

Venia luego de tras la infanteria, en la orden q̄ se fige.

Los capitanes don Alonso de Villagomez, i a su lado derecho dñ Nicolas de Qezada en vanguardia, los arcabuzes bueltos debajo los brazos i las cuerdas muertas; llevavan delante sus pajes con rodela i celadas negras, las jinetas cubiertas de luto, i todos con ropillas de vayeta i en cuerpo.

Segian los la infanteria de tres compañías q̄ se avia levantado para Manila.

Los arcabuzeros delante, a siete por hilera; i en la cuarta, dos cajas destempladas cubiertas con vayeras, i un pifaro ronco.

La batalla era de piqueros, i en medio della ivá tres alfeiz con ropillas largas de vayeta llevavá los cuentos de las astas, bajos, i arrastrando las vanderas. I aun q̄ no ivan en vanguardia mas de los dichos dos capitanes, ya se dijo q̄ don Iusepe Gera q̄ lo era de la otra compañía, iba en medio de los oidores como sobri-

E

pifaro

M. Mateo Aleman, sucesor, de,

pifaro : los soldados llevaban los hieros de las picas, en las manos i las astas tendidas arastando.

La reta guardia era tambien de arcabuzeros, q̃ como los de la vanguar dia llevaban los arcabuzes bueltos, las cuerdas muertas i otras dos cajas i pifaro como los dichos. 5

El señor dotoz Antonio de Morgia alcalde del crimen de la real audiencia, como auditor general de la gera, i don Andres de la Vega sarjento mayor, i camarezo de su S. ilust. govenavan la infanteria. 10

Venia despues della, don Juan de Monte'mayor Adame; maestre sala de su S. ilust. con loba larga, tédida la falda i capizote por cima de la media cabeça. Llevava una media pica negra, cruzada por lo alto i puesta en ella la sobre cota de armas de su S. ilust. do 15
radas por anbas partes: era de razo negro, a los lados lo aconpañavan dos reyes de armas con las de castillos i leones doradas por anbas partes en sobre cotas de razo negro.

Si aqi me detuviere algo i en esta breve digresion tomare alguna licencia, no solo se me deve perdonar, mas aun merece premio mi culpa, q̃ si ocasion se ofrece i el caso lo pide, seria notable yero dejarla. 20

Venian despues de la sobre cota i reyes de armas, don Alonso de Casto cavallerizo, i Feliciano de Vascones maestre sala de su S. ilust. con lobas de vayeta, las faldas mui largas, i cubiertas las cabeças con capotes. 25

D. F. G. G. obispo, virrey de la N. E.

18

pizotes. Traían de diel 10 por unas vandas negras de
 tafetá, el cavallo en q̄ avia hecho la entrada su S. ilu.
 No se como dar principio a cosa en q̄ dudo el fin.
 Aq̄i falta el ingenio para encaminar la pluma; pues,
 cuando quiera suplir su falta, no podria dejar de hazerla,
 si se quisiere igualar a lo q̄ los ojos vieron. Venian
 con mucho espacio, pasos i cuerpos graves levanta-
 dos talles i doloroso sentimiento. Traíanlo despalmado,
 i encubertado de luto, sin q̄ de todo el se descubriese
 otra cosa mas q̄ un poco de los caxcos, i a-
 rastrado por el suelo mas de ocho varas de falda mui
 bien puesta i asentada, el teliz de vayeta sin repulgo,
 dos lacayos atras a los dos lados, con lobas i capiro-
 tes de vayeta, descubiertas las cabeças. No, así, ma-
 yor sentimiento el cavallo del rei Alejandro, herido
 en la batalla de Tebas, ni el de el rei Nisomedes en
 su muerte. No aq̄el de Julio Cezar q̄ presajando el
 desgraciado fin de su amo, llorava i no comia. Ni los
 del rei Ludovico dozeno de Francia, de quien hazen
 memoria las istorias (por su mucha ferocidad i gran-
 deza) pudieron hazer mayor sentimiento en su muer-
 te, de la q̄ conocimos en este. Aquello leimos, i esto
 vimos; lo uno tenemos por tradicion, i esto sabe-
 mos con la experiencia. Todo el nos iba provocan-
 do a tristeza, incitando a pena, pregonando memo-
 ria i consideracion de la muerte; las vanas glorias del
 mudo i trajico fin dellas. Su hermosa presencia i tal-

E ij

pies

Matteo Aleman, sucesos de,

pies manos cabeça i paso, acreditando i favorecien-
 dose unas a otras acciones, tan iguales i conformes,
 hazian un todo tal, q̃ fuera mui dura piedra el coraçõ
 de donde no sacara lagrimas. No me alargo, no enca-
 resco, lo q̃ vimos digo, i por mi sentimiento afirmo. 5
 En el se vezifico, lo q̃ Solino escrive de los cavallos,
 q̃ tienen instinto natural, en el conocimiento de el
 buen ò mal suceso de la gera; pues, viendo este la de
 su señor perdida, deshecha i rota, hizo demonstracion
 semejante, q̃ parecio (si se pudiera dezi: sin absurdo) 10
 q̃ considerava, el dia q̃ tan loçano, tambien enjaeza-
 do, entro en el triunfando su amo, i como tan en bre-
 ve lo llevan a enterar, despoçido de toda su grande-
 za; i el tan cargado de luto, despalmado i triste; i co-
 mo el paradero delos caros dela vida, es en la muerte. 15

El gion de capitan jeneral, llevo Francisco de Ca-
 stellanos jentilonbre de su S. ilust. venia en un ca-
 vallo, todo encubertado de luto i el con unas armas
 negras.

El señor licenciado Diego Lopez Bueno, alcalde 20
 del crimen de la real audiencia, tuvo por comision
 della, la superintendencia destos cavallos. Fue suya
 la disposicion i ornato dellos; i de su buena suerte, a-
 vez sucedido tan bien los efetos, a la intencion del
 fin q̃ se pretendia. 25

En lo ultimo fueron por remate de todo los cria-
 dos de su S. ilust. con lobas largas i capirotes de va-
 yeta

D. F. G. G. Arzobispo virrey de la N. E.

19

yeta sobre las cabeças. Diego Lopez de Montoya su mayordomo iba delante con su baston en la mano, i dos alavarderos a los lados.

De tras venian, don Iuan de la Portilla secretario de camara, i luego los mas conforme a sus asientos i calidades. 5

Cuando entraron en la Iglesia con el cuerpo, entro tambien la infanteria i salio por la otra puerta en orden, i los alferes abatieron las vanderas delante del tumulto dejando las puertas a los pies de su S. 10
ilustres.

Don Iuan de Montemayor q̃ llevaba la cota de armas, entro en la Iglesia có ella, llevando a los lados los dos reyes de armas, i la puso a la mano izquierda del tumulo, por q̃ a la derecha, estava la Cruz arzobispal q̃ llevo el cruzero. 15

Cuando llegaron a la Iglesia con el cavallo, dó Alonso de Castro i Feliciano de Vascones, lo dejaron con los lacayos a la puerta i entraron dentro con los mas criados, hasta dejar enterado el cuerpo, q̃ saliendo para bolverse a palacio lo recibieron i llevaron como antes. 20

Francisco de Castellanos gentilonbre de su S. ilustr. se quedo a cavallo a la puerta de la Iglesia, hasta ya enterado el cuerpo q̃ se apeo con el gion i lo llevo a la 25
sepultura, donde lo dejó puesto, i se bolvio con los demas criados a palacio.

E 117

El

Matteo Aleman, sucesos de

El cabildo de la santa Iglesia levantaron el cuerpo del tumulo, despues de los officios hechos i lo llevaron a la sepultura, con q̃ se dio fin a el entiero.

Los alferrez bolvieron a cobrar sus vanderas, i los señores de la real audiencia, tribunales i congregaciones, deudos i criados de su S. illust. se bolvieron a palacio, i arriba en los corredores de la antecamara se despidieron todos.

Aviendo dado fin a el entiero, se dio principio a el novenario i onras diziendosele cada dia dos misas cantadas en esta manera. Venian por su antigüedad cada mañana una relijion en procesion desde su casa hasta la Iglesia mayor donde oficiavan una misa cantada i se bolvian. Despues a las diez, dezian otra el dean i cabildo de la Iglesia, con mucha solemnidad, asistiendo a ella la real audiencia, ciudad, real universidad i consulado; los cuales, como se dijo, salian en orden de la sala del acuerdo, llevando los señores oidores los deudos de su S. illust. como el dia del entiero; i los criados de tras. Dicha la misa se bolvian a palacio, hasta el dicho corredor de la ante camara, donde los dejavan i se bolvian.

Miercoles de ceniza por la tarde siete de Março, se juntaron en palacio los tribunales ciudad i cõgregaciones, segun el dia del entiero i en las mismas partes diputadas, de donde salieron para la Iglesia mayor, via recta. Tenian señalados los aliños como el dia

dia del entierro en esta forma.

El asiento principal, fue de los señores oidores a la mano derecha del evangelio.

La ciudad prosigia con su asiento a lo largo, sin poner banco atravesado. 5

Consecutivamente, tuvo su asiento la universidad real, i mas abajo della el consulado, guardando la misma orden.

A la mano izquierda estaban en su lugar fijo de la real audiencia, los señores alcaldes del crimen de 10
lla, i despues mas abajo lo tuvieron los enlutados por sus calidades i oficios.

Despues mas abajo hazia el pulpito se pusieron a lo largo asientos para la cavalleria; i vltimamente, 15
despues dellos, uvo muchos otros para la jente noble ciudadana.

Dijose una mui solemne vijilia; i acabada, dio principio el doctor Pedro Martinez a una oracion fúnebre q̃ hizo en lengua latina, i tal, qual siempre se 20
presumio de su felix ingenio i muchas letras. Maestro en artes doctor en ambos derechos, graduado por esta real universidad, catedrático de prima de canones en ella, q̃ para dezir mui mucho lo dicho basta, en razon de letras. Bolvieronse con la misma orden a palacio, i el dia siguiente jueves ocho del dicho, bolvie- 25
ron a la misa segun la tarde antes, dijola el arcediano de Mexico, i diaconos, dos prebendados. Predico un
famo

Matteo Alemán, sucesor de,

famoso sermón, el padre maestro frai Luis Vallejo, a
cuya erudición i doctrina se hacia notoria ofensa, en
trata: de loarla con mi pluma; i fuera muy justo, q̃ tal
sermón i tal oración funebres, enigmas i letras del tu
mulo quedaran eternas en el molde i no enfiacas i ca
ducas memorias. 5

El tumulo se hizo en la capilla mayor de la Igle-
sia, su planicie primera fue un banco cuadrangular,
de alto hasta los pechos, a la redonda cercado de va
randillas estriadas de blanco i negro, i en las mesas 10
dellas encima de los vivos i centros de los balaustrés
muchos cañones de metal en q̃ se puso la cera. Subia
se de aqui por tres gradas a otra planicie ò banco edi-
ficado en la misma forma, con sus balaustrés i caño-
nes: por todos quatro angulos, de donde subian por 15
otros tres pasos o gradas a otro banco, encima del
cual, estava puesto el tumulo. A las quatro esquinas,
a bajo sobre la planta o planicie del primer banco es-
taván quatro piramidas, puestas a trechos en ellas
unas Cruces en cruzetadas con aspillas de madera, 20
puestos en ellos muchos cañones de metal, para po-
ner la cera: i en lo alto de cada piramida remataba
con una hacha de cera blanca, q̃ casi fízava con lo
alto del techo de la Iglesia, en distancia competente
para no hazele ofensa por ser de madera. I se advierte 25
q̃ aq̃estas gradas varandillas descanso, planta i fue-
lo estava tan acompañado de blandones, hacheue-
los

D. F. G. G. arzobispo virrey de la N.E.

21

los i candeleros de plata, con cera blanca en proporcion, q̃ todo junto remataba é forma piramidal i parecia una sola hogera ò pira.

En los pedestales de las dos piramidas a la vista del pueblo hazia el coro, estavan dos estádartes, i el real en medio. Eran de raso negro, dorados los castillos i Leones, i a los pies del tumulo, la Cruz arzobispal i gion de capitan jeneral a los lados.

Estava cubierto el tumulo con un paño de terciopelo negro bordado de oro con una casula encima; i ala cabeza (sobre una almohada de terciopelo negro con caizeles i bolas de oro i seda negra) una muirica mitra, las maças a los dos lados i abajo a los pies el capelo i el baculo a la mano izquierda.

Amanecio este dia de las onras en el tumulo i paños negros (con q̃ la Iglesia estava en lutada) muchas enigmas, versos Latinos i Castellanos, artificiosos i de mucho ingenio, en q̃ se conoce bien, la fertilidad q̃ dellos alcança Mejico.

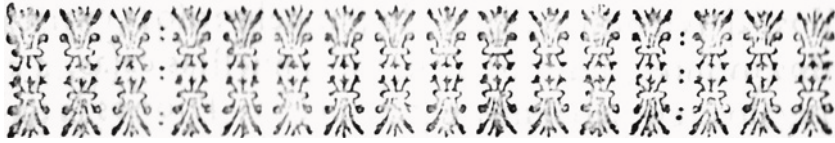
Todo lo aqi referido se hizo por acuerdo i orden q̃ los señores de la real audiencia dieron; mas, como para la execucion dello fuese necesario acudir a lo mucho muchos, la parte q̃ dello tocó a el señor doctor Antonio de Moxga (q̃ no fue la menor ni menos importante) como alcalde mas antiguo desta corte i auditor jeneral de la gera, persona tan principal, prudente i cortesano, q̃ fue la çelicitud en ordenar el

Matco Aleman, sucesor de
 entiero, disponez las cosas del, desde la primera co-
 fadria q̃ iva delante, hasta lo ultimo de las insignias
 ornato, vanderas, estandartes, armas de la infante-
 zia, i lo mas q̃ se ofrecio necesario; verdaderamente,
 se puede afirmar auez sido el alma i vivo de aquella in- 5
 signe grandeza.

Para todo lo dicho, entiero i onras, tuvo superin-
 tendencia jeneral por comision de la real audiencia,
 i como albacea de su S. ilust. el señor licenciado Moz-
 quecho: iel cabildo de la s̃ta Iglesia se la dio a el ca- 10
 nonigo Antonio de Salazar, para lo q̃ se pudiese ofe-
 cer en ella en el tumulto i mas cosas de obligacion.

*

q O R A



ORACION FVNEBRE DEL CON
tado: Mateo Aleman criado del rei nuestro se-
ñor a la muerte de don frai Garcia Gera arzo-
bispo de Mejico virei governador i capitan ge-
neral de la Nueva España. &c.



TEMOR natural de la muerte.
te. O muerte, forzoso paso para
eterna vida. O eterna vida, sin te-
mor de muerte. O muerte, vida
mortal, q̃ no eres vida, pues pasas
como el humo de la vela, i nun-
ca en un estado permaneces. O
santo pensamiẽto de novísimos, deleite suave de ju-
stos, injustamente olvidado de muchos. O incierta
ora, incierto lugar i modo, q̃ como sino fueses así co-
res. O mortales Vlixes, q̃ amarados a el arbol de la
vanidad, ceramos los oidos a la suave i concertada
musica deste funebre suceso, q̃ nos despierta del sue-
ño, i a bozes nos aviza q̃ velemos. O locos navegan-
tes, q̃ nos peza de los prosperos i favorables vientos
q̃ nos llevan a descãzar en el seguro puerto, despues
de tempestades i tormentas. Caminantes descamina

F ij dos

Matteo Aleman, oracion furebre, &

dos, q̄ aviendo peregrinado por peligrosos i entisca-
 dos montes, huimos de llegar a vuestras casas, a el
 regalo i refresco q̄ nos espera en ellas. Dionos la na-
 turaleza este mal ostalaje, donde nos mienten, adu-
 lan, roban i maltratan, para q̄ huyesemos del, sin qe 5
 rez detenernos mas, q̄ tomar una refacion, calçadas
 las espuelas, i pasar a delante : como lo sintio el filo-
 sofo en su libro de senectute, diziendo. Despidome
 desta vida, como de un mezon ò venta; i el apostol,
 escriviendo a los Hebreos. No tenemos a q̄ ciudad 10
 ni casa permanente, adelante pasamos, i dijo el Di-
 vino Iuan, para q̄ descanse de los trabajos : por esto
 llamó a la muerte granjeria, como cosa q̄ tanto de-
 seava. El real propheta David, se llamó así, i a sus pa-
 dres, advenedizos estranjeros; q̄ como tal, deseava 15
 bolverse a su patria verdadera segū el ciervo desea las
 fuentes de las aguas. Estava su alma sedic̄ta de Dios,
 i pareciendole q̄ se le dilatava el dia, buelve qejando
 se a bozes i dize, Ai de mi, q̄ se me alarga el tiempo
 de ir a mi patria verdadera, quando vere la ora de lle- 20
 gar a su presencia? Quando el santo viejo Simeon tu-
 vo a Cristo niño en sus brazos dijo. A goza señor de-
 jas a tu siervo en paz, por q̄ vieron mis ojos tu salud:
 q̄is̄ dezir, q̄ tendremos verdadera salud i paz, quan-
 do de los trabajos, tormetas i naufragios dela vida, sa- 25
 li remos a el puerto de la eterna. Por esto nos advier-
 te Ieremias q̄ no se lloren los muertos, i dize, llorad
 a los

D. F. G. G. *arçobispo, virrei de la N. E.*

27

a los q̃ nacen, los muertos mueren para vivir: i los q̃
 nacen es para morir. Tal es la vida, tanta i tan grave
 carga se recibe con ella, q̃ dijo el s̃nto profeta Elías,
 ya cansado de las molestas persecuciones de la reina
 Iesabel, Basteme ya señor lo vivido, sacá mi alma de
 tan asperas persecuciones i trabajos. Tobias el viejo
 a cosado de los oprobios i afrentas de su mujer, en
 tre suspiros i lagrimas, pedia con ellas a Dios i dezia,
 Haz agora señor en mi tu voluntad, recibe mi espi-
 ritu en paz. Sara hija de Raguel viédose apurada de
 una criada suya, q̃ le dava por baldon aver muerto sie-
 te maridos, ayunó tres dias i tres noches no comien-
 do ni beviendo, sin tocar a su boca otra cosa q̃ conti-
 nuas lagrimas, le pidio con ellas a Dios la librase de
 semejante afrenta diziendo. Lo q̃ te suplico señor, es,
 q̃ no sea yo semejantemente denostada sin culpa, ò
 me desates de a q̃este nudo de la carne, llevandome
 de a q̃esta vida. Son las ocasiones della tan graves i
 r̃atas, q̃ no solamente obligan a desear la muerte por
 si solas, mas por lo q̃ Dios es ofendido con ellas de
 los malos. Así lo sintieron el pacientísimo Iob quan-
 do dijo, Pereciera el dia en q̃ naci, nunca el uviera si-
 do, i la noche quando me concibio mi madre, pere-
 ciera, bolvierase tinieblas a q̃el dia. Y el p̃ofeta Iere-
 mias, El dia quando naci sea maldito, ino sea bendi-
 to el en q̃ me pario mi madre. Estas consideraciones
 eran, las del s̃nto real profeta cuádo dijo, Alegremé

Oratio Aleman, oracion fúnebre, •

con el parabien i buenas nuevas q̄ medicion, q̄ tengo
go de ir a la casa del señor.

El Divino evangelista, llama dichosos i bien aven-
turados a los q̄ acabá en el sus dias. A fuera lagrimas,
a fuera sentimiento; buelva por sí el espíritu, desenga-
ñe a nuestro a petito; q̄ite le las tataratas q̄ le tienē
ciego, i pues no se puede llamar terrible lo comun i
forçoso aun q̄ aya dicho aristoteles verdad, se: la mu-
erte la cosa mas terrible de todas. Por eso somos hijos
del Adan segundo, i si como atontados locos, este
desvêturadó baro estuviere cozido é fuego de amor
proprio, i endu.ecido en codicia, desvanecido en
vanos pensamientos, demos a la santa consideraciō
puesta franca i a cojida, q̄ con su favor vemos, la
modora q̄ nos à dado, el frenesís q̄ nos divierte, la sō-
bra q̄ nos engaña i el ciego gusto q̄ nos guia, huyédo
lo q̄ tanto nos importa. Bolvamos i miremos como
cuerdos, q̄ aunq̄ la cuesta nos parece agria, tenemos el
paso ya seguro i llano, q̄ lo q̄ la naturaleza hizo mas
grave de sufrir, lo hizo a todos comun, para q̄ lo as-
pero del trabajo, lo ablandase la igualdad. Oigamos
lo q̄ Seneca nos dize, No me puedo persuadir, avez
onbre tan ignorante, si no es bestia, q̄ no conosca
de si avez de venir tarde o temprano, a caer en las ma-
nos de la muerte. Si esto es así, q̄ lloras loco? q̄ temes
desventurado? Aesta lei naciste sujeto, guardaron la
tus padzes, tus mayores i mas ancianos, i la tienē de
cun

D. F. C. C. arzobispo virrey de la N. E.

27

cumplir los venideros (q̄ no es pequeño consuelo, pē-
 sa: q̄ nos à de suceder lo mismo q̄ à todos i è todo tiē-
 po) Dime, i por ventura no pensavas, q̄ avias algun
 dia de llegar a donde ivas? No lo ignoró Anajagoras,
 de quien refiere Valerio q̄ trayédole la nueva de q̄ un 5
 su hijo era muerto, no solo no se altero, mas mui so-
 segado dijo. No me dizes alguna cosa q̄ yo no sabia
 ni tenia olvidada, q̄ bien conosco ser los onbres mor-
 tales. No ai alguna seguridad, por q̄ se van pasando
 las edades, i en todas corta la hebra la muerte; tanto, 10
 en el tierno infante, q̄ acaba de nacer del vientre de
 su madre, como del mas decrepito i anciano. La lei
 de morir a todos es igual i una, sin q̄ alguno se rese-
 ve: no se podra llamar alguno desdichado, en aque-
 llo q̄ fuere jeneral igualmente a todos. Asi dijo Cice- 15
 ron, en sus cuestiones Tusculanas. El q̄ teme lo in-
 posible, tambien lo es, q̄ pueda vivir con animo que-
 to. Cada dia morimos dize Seneca, i cada dia perde-
 mos de la vida. Cuando crecemos menguamos, pa-
 samos a la puericia de la infancia, de alli a la adolecē- 20
 cia, i hasta la senectud no es otra cosa, q̄ un ir nos a-
 cercádo a la posada. Pasan las oras, dias, meses i años,
 el tiempo pasa i no buelve, i el q̄ vendria no sabemos;
 i sabemos q̄ desde su principio a el fin uvo i ade a vez
 trabajos i miserias de q̄ dize Iob estar el onbre lleno. 25
 Duro i pezado yugo, impuesto sobre los onbres de
 nuestra carne flaca, q̄ comienza quando salimos del
 vien

Mateo Aleman, oracion fúnebre, a

vientre de nuestra madre, i no lo dejamos hasta en-
 trar en las entrañas de la tierra. Desde los poderosos a
 los necesitados, fuertes i debiles, cetos i acazones,
 de quien dize Boecio, todo lo allana la muerte lo u-
 milde i levátado. I Oracio lo sintio igualmente cuã
 do dijo. Así la muerte palida, iguala de los pobres
 las tavernas, como las torres fuertes de los reyes. Lei-
 es de naturaleza, q̃ cada cosa de las criadas, buelvan
 a ser aquello q̃ antes fueron, las nuves q̃ produjo las
 aguas, las buelvan averter sobre la tierra de donde las
 exalaron. El Ecclesiastico dize. Bolveran otra vez a ser
 tierra las cosas q̃ cria la tierra, i a el Mar todas las a-
 guas. Esta fue sentencia Divina, para q̃ bolvais a ser
 tierra, de lo q̃ fuistis formados, I ste bofeton se nos
 dà en la cara en cada un año, esta pñsion ò farda pa-
 gamos en pena de nuestra inobediencia. El apostol
 escriviendo a los Hebreos les dize, Decretado esta
 de Dios contra los onbres q̃ mueran. Moysi tenemos
 no ay a quien apelar de la senténcia; i así refiere de Ora-
 cio san Gregorio, ser nuestra vida como el q̃ navega
 q̃ comiendo, durmiendo, velando, estando i andan-
 do siempre se navega, qeramos o no qeramos, cami-
 namos. Ello en resolució a de ser, i como el real pro-
 feta nos dize, nuestro mas largo vivir no pasa de seté-
 ta años, ochenta quando mucho, i si alguno pasa de
 ellos, es con dolor i trabajos. Vltimamente, aunq̃ sea
 los años de Nestor, tienen fin, q̃ llegados a el nos pa-
 rece

D. F. G. G. *arobispo virey de la N.E.*

25

iece lo pasado todo nada i q̃ la vida començava
 entonces. Caton, siendo un gentil, dijo mui jen-
 tilmente a Cicezon acerca desto. Verdaderamente
 para mi, agradable cosa es la vejez, por hallarme cō
 ella tan proximo a la muerte, como si en la navega-
 cion descubriese tierra o puerto. Si a los q̃ faltó la
 Fê, tuvieron este conocimiento, por q̃ les a de faltaz
 a los q̃ la mamaron con la leche? I avnq̃ no se puede
 negaz, q̃ todo animal desea conservar su salud, i evi-
 tar la muerte, hazenlo en razon de la naturaleza,
 como desear bienes en abundancia, colmada salud
 i prospero suceso, q̃ todo lo contrario les parece casti-
 go, i no lo es, antes lo podemos tener por mui grã-
 de i jenerosa misericordia del señor. Qe siempre las
 divinas ordenaciones nos parecieron encontradas
 con las ignorancias nuestras. Dime, quien fuiste on-
 bre? nada. Quien eres onbre? soi onbre. Quien seras
 onbre? guzanos. I q̃ los guzanos? tierra. Dime pu-
 es, principio de nada q̃ tu fin a de ser tierra, el tien-
 po q̃ fuiste onbre q̃ te paso en aquel medio? vine a
 negado en un Mar de lagrimas, fui un ospital de va-
 rias enfermedades, una confusion de trabajos, una
 esclavitud perpetua de pasiones naturales, una pe-
 queña barquilla contrastada en el golfo de varios vien-
 tos, una sed infaciable, q̃ se acaba con la muerte. I
 la muerte q̃ tal es, quando la vida se nos pinta de tã
 mala condicion, i tan llena de miserias: Dize lo q̃ di-

G

zen

Mateo Alcman, oracion fúnebre, a

zen los q̄ bien la conocen i santos afirmá. Es la muer
 te fenecimiento de cuentas viejas mui mazañadas.
 Mandamiento de soltura para salir el alma de la pri
 sion del cuerpo. fin de penoso cautiverio. Consuma
 cion de trabajos. Puerto q̄ tras la tormenta se descu
 bre. Peregrinacion fenecida. Pezada carga quitada
 de los oneros. Huida del edificio q̄ se viene a el sue
 lo. Apearse de un cavallo furioso, desenfrenado i lo
 co. Terminacion de pasiones i enfermedades. E va
 sion de cuidados i peligros. Consumacion de males
 Chancelacion de obligaciones devidas a la natura
 leza. Dichosa llegada q̄ hizimos a nuestra casa. Des
 canso i bien aventurança en vida eterna. Esto confi
 derava el Ecclesiastico quando dijo, Bolvi los ojos i
 vi, las calumnias q̄ coren por todo quanto el sol co
 re. Las ardientes lagrimas i suspiros de los inocentes
 i no vi quien dellos tuviese misericordia, ò les diese
 algun consuelo, ni pudiese resistir a su violencia. Es
 tavan tan desanparados i solos, q̄ considerando en
 sus adversidades, tuve por mas dichosa suerte la de
 los muertos; i a si digo, sea mui mejor el dia en q̄ se
 sale de aquesta vida, q̄ no el q̄ se viene a ella. I como
 dize san Ambrosio, Qien duda de los bienes de la
 muerte? si aquello q̄ nos inquieta, lo q̄ nos es enojoso,
 enemigo, timido, inquieto i borascoso lo allana i ase
 gura. Que le huimos? de q̄ nos acabaramos? siendo
 verdaderamente mas digna de ser amada q̄ de temida.
 Teman

Temá la muerte dize Cipriano, los q̄ no son mien-
 bros de la Iglesia. Teman la muerte, los q̄ no sientē
 de la pasión i sangre de Cristo. Temá la muerte, los
 q̄ de la temporal, an de pasar a la eterna. Teman la
 muerte, los q̄ de tal manera pasan la vida sin Dios, 5
 q̄ no an de gozar de Dios, ni los trabajos ni tormen-
 tos desta vida, tendran fin en la otra. Enpero, el ju-
 sto, el bueno el Cristiano q̄ como tal considerare, lo
 q̄ dize san Ambrosio, q̄ todo lo de aquesta vida es la-
 zos o perchas armadas en q̄ hazernos caer, el q̄ traza 10
 de no quedar azido ē ellos, el q̄ como nuestro prin-
 cipe viviere tan religiosa i santamente, no le sea e-
 nojosa la muerte. Mala sea la muerte del q̄ tuvo ma-
 la vida, sus obras le izan sigiendo, i no se podra lla-
 mar vida, la q̄ no se dispuso para la eterna. Mas los q̄ 15
 qual el presente capitán jeneral, saliere de la batalla
 (q̄ llama Iob) en la tierra vitorioso, el q̄ la dejare ven-
 cida, peleando legitimamente, bien merecera la co-
 rona i de ve se (cō justa razon) mas invidiado q̄ llo-
 rado. I para nuestro consuelo, gloria i onra de Dios 20
 nuestro señor, pues el mismo nos dá licencia q̄ ala-
 bemos a los muertos, i llamemos buen piloto a el q̄
 tiene ya segura i amada la nave dentro del puerto,
 justissima cosa es manifestar a los vivos lo digno de
 rezer, virtu des i vida exemplar de su S. ilustr. servira 25
 nos de vn espejo; donde, reverberando el sol de sus
 virtudes, dara luz con q̄ veamos nuestros vicios, jū-

Marco Alemán, oracion fúnebre, 2

tamente, con su ejemplo concertáremos nuestras pasiones i costumbres.

Fue tan religioso fraile, después q̃ lo dejó de ser (si así se puede dezir) q̃ no se le conocio, ni un levantar los ojos en q̃ pudiera ser notado. Ni cōsintio en los principios de su arçobispado, q̃ alguna mujer le hablase, hasta q̃ le obligaron a ello, para la buena expedicion de negocios, informándole ave: sido costumbre antigua loable i necesaria el dar les audiencia. Zelo de tal manera su casa, q̃ mādava cerrar las puertas, poco después del sol puesto, y el criado q̃ no estaba ya recogido, se quedava fuera de casa, i el dia siguiente le reprehendia con severidad i aspereza. Visitavales los aposentos a desoras de la noche, para ver en q̃ se ocupavan i como vivian. I si a caso estava impedido, encargava q̃ lo hiziese por el, persona de satisfacion. Reçecia las puertas de la calle, i examinava las llaves de casa, para entender si de noche salian o entravan, o si se abrian después de ave: cerrado. Hazialos cōfesar i comulgar a menudo, i el mismo por su mano, les dava el santísimo sacramento en su capilla. Todos los dias del año por las tardes les hazia cantar en voz alta la salve, hallándose presente a ella, para cátales las oraciones i conmemoraciones de santos, no cōsintiendo q̃ le faltase alguno: lo cual, se continuo todo el tiempo q̃ vivio en sus catas arçobiscales.

En

D. F. G. G. *arcebispo viri de la N. E.*

27

En los primeros advientos q̄ tuvo en esta ciudad, i las cuaresmas dellos, hizo sus diligencias posibles i extraordinarias para no comer carne, i obligandole los medicos i su confesor a ello, no pudiendo lo ya escusar, dezia tener invidia notable a sus compañeros religiosos, por q̄ cumplan con su regla i precepto de la Iglesia. Q̄e conocia en aquello de sí, ser mui grã de pecador pues le privava Dios de aq̄el regalo i gusto. Tanto sentia no guardar en aq̄ellos tiempos abstinencia, q̄ cuando se hallava con alguna mejoría, no comia uno ni otro, i se pasava con gizados verduras o frutas i otras cosas, mui limitadamente. Los dias de Viernes santo q̄ tuvo en Mejico, se recojio en el monasterio de santo Domingo su religion, i como un fraile ordinario della, comio é la comunidad ayunando a pan i agua, sin cõsentir q̄ alguno de sus criados le sirviese ni asistiase alli cõ el, ni se usase de alguna ventaja mas q̄ segun con los mas conventuales. A su mesa cuando comia, mandava leer vidas i martirios de sãtos, i los Viernes la regla de su padre santo Domingo. Fue perpetuo estudiante, i pesavale mucho q̄ cuãdo estudiava se ofreciesen casos q̄ le apartasen de los libros, aq̄ien llamava el, amigos viejos.

Fue mui caritativo i limosnero. Cuando iba visitãdo su arcobispado, no cõsintio q̄ se pidiese limosna en las confirmaciones, mas de lo q̄ cada uno q̄siese

Matteo Aleman, oracion funebre, a

tiese ofreci: de su voluntad: i si algun Indio no la o
 frecia, le dava limosna, pareciendole q̃ pues no la da
 va no la tenia, i devia de padeci: necesidad. Todos
 los dias de Sabado, se dava limosna jeneral en su ca
 sa, i las mas vezes la hazia por su mano. Ponia se acó
 vezas con los pobres, i dezia, q̃ aquel tienpo q̃ rra- 5
 va con ellos era el mejo: de su vida. Solia se descui-
 dar en habla: con ellos, i q̃edarse sin comer algunas
 vezes hasta despues de la una de la tarde. Gustava
 mucho de q̃ los pobres fuesen contentos i se diesse li 10
 mosna en abundancia, i una vez, q̃ por ocupacion
 forzosa no se pudo hallar a repartirla, sucedio acudir
 muchos mas pobres de los q̃ a poco mas o menos a
 costunbravan de ordinario; demanera, q̃ le faltaron
 dineros a el limosnero, i se fueron sin ella muchos: 15
 despues quando su S. ilust. lo supo recibio grãde pe-
 na, i mando expresamente, q̃ para lo de adelante, se
 tuviese mucho cuidado en darla, i si acaso faltase di-
 nero, vendiesen la plata i alhajas de su casa, sin per-
 donar a el baculo pastoral; por q̃ la hacienda del pre 20
 lado, era de pobres i no suya. El sabado siguiẽte, la re-
 partio por su mano, dandola doblada, por supli: a
 los q̃ le falto el Sabado antes.

Tuvo regalo particular en la oraciõ gastando en
 ella todo el tienpo q̃ pudo eximirse de negocios, q̃
 dandose a solas con un Cristo en las manos, q̃ tenia 25
 puesto sienpre ala cabeçera de su cama: i le dava mu-
 cha

D. F. G. G. arsobispo virrei de la N. E.

28

cha pesadumbre, q̃ lo inquietasen cuándo estava orando, por q̃ no lo hallasen los ojos tieznos de lagrimas q̃ vertia.

Presentole un padre de la compañía una espina de la corona de Cristo, estando enfermo, i trayendose-
la casi a las nueve de la noche, la mando recebir en
procecion, i q̃ así se la llevasen ala cama, donde la re-
cibio con grandísima veneracion, dádose rezios gol-
pes en los pechos i regalándose con ella le dijo mui
amorosas i tieznas palabras, mezcladas con abundá-
cia de lagrimas, provocando a los presentes todos le
a compañaran con ellas. I teniendola en sus manos,
mando a el licenciado Cristoval Dias del Toral su ca-
pellan, leyese la pasion de Cristo, hizolo devotamen-
te; i quando llego a dezir. *Vnus assistens ministrorum, dedit*
alapam IES V, dicens. Sic respōdens pōtiffici. Se dio muchos
bofetones en su rostro, tan rezios q̃ causo lastima i
compasion en los presentes. Como su devocion par-
ticular era q̃ se la repitiesen muchas vezes, todas cuā-
tas llegavan a este paso hazia lo mismo; en especial
quando se iba mas acercando a la muerte.

Fue tan umil de religioso, q̃ como vimos cuándo fa-
llecio, la cama en q̃ dormia, no se aventaja va en al-
go, a la de los mas ordinarios conventuales. Era su
vestido pobre como el de los otros frailes, i no lo q̃
so mejora: ni muda: en algun tienpo, siendo de u-
na comun estameña; dezia q̃ si por aqel pobre abito
le avia

Mateo Aleman, oracion fúnebre, a

le avia hecho nuestro señor tantas mercedes a un tã
 gãde peccador como el, q̃ seia mucha ingrãtitud el
 mudarlo; i q̃ así, estimava en mucho mas para su gu
 sto un simple calcon de estameña, q̃ los brocados de
 todo el mundo. A sus criados, pediales con ruegos i 5
 lagrimas lo encomendasen a Dios. Pediales perdon,
 de la inquietud i desasosiego con q̃ andavan por su
 enfermedad, sin reposar ni dormir, q̃ se fuesen a des-
 cansar i lo dejasen solo. Estando con un privado su-
 yo veinte dias antes q̃ fãllesiese, le pidio le perdonse 10
 por amor de Dios i le rogase mui de veras q̃ tuviese
 misericordia del, por q̃ sus dias ivan faltando mui a
 pieisa i saldria mui en breve desta vida, por q̃ la Di-
 vina voluntad era llevarlo de aquella enfermedad.

Hazia tanta estimacion de la obediencia, q̃ aviẽ 15
 do perdido de todo punto las ganas del comer, sin
 poder pasar alguna cosa, para q̃ tomase algo, bevi-
 da, o comida, o ya fuese medicamento, si el provin-
 cial de santo Domingo se lo mandava por santa o-
 bediẽcia (por q̃ asistio de ordinario asu enfermedad) 20
 procurava esforçarse quanto podia en tomarlo; en
 pero, luego lo trocava.

Vsava en sus causas de tanta rectitud, q̃ quando
 visito su arzobispado, no consintio q̃ para si, ni cosa
 suya se recibiese o pidiese, mas de a qello q̃ justa- 25
 mente se le devia, i eso con mucho limite, pascien-
 dolo los naturales mui necessitados i pobres.

No

D. F. G. G. arçobispo virey de la N.E.

29

No permitio ni dio lugar, a q̃ alguno de sus criados, favoreciese ni solicitase causas de merced por dadivas o intereses, i en sintiendoles algo desto, le dava mucha pesadumbre i lo negava. Vn mui privado suyo le pidio de merced ciertas tieras, i sabiendo q̃ las pedia para venderlas, quedó mui escandalizado i dijo. *Que dira el mundo de mi, si se supiere q̃ doi a mis criados cosas q̃ vendan?* 5

Cuantas cosas pudiera dezi, quanto me pudiera dilatar, si el estilo Laconico q̃ sigo, me diera licéncia; por q̃, si bolvemos los ojos a sus causas, no hallaremos en ellas algo, en q̃ no las aya justificado; i táto, q̃ por no determinarse dudoso, le acusavan de remiso, por lo q̃ se ocupava en dilijencias exquisitas, para quedar a asegurado. 10 15

Dize Cristo nuestro señor, q̃ conoceremos el arbol por el fruto, q̃ tal sean uno i otro. El buen fruto deve tener olor, color i sabor, i el onbre a quien se compara, olor de buenas costumbres, color de perfecta sanidad, i gusto de perseverancia. Todo esto conocimos en el arbol de nuestro regalo i sombra. Buen color é sus loables ejercicios, como esta dicho, gusto é el darlo a todos, no aflojando de sus obligaciones i guardar su regla. Olor i fragrácia de su vida penitente, q̃ no solo se dilatava i estendia en los aposentos i retretes de sus criados, mas por todo su diósis. Hazia lo q̃ dezia, i obrava lo q̃ mandava. Tratava con 20 25

H

umani-

Matco Aleman, oracion funebre, &c

umanidad, amonestava con afabilidad, consolava
 con caricias, castigava con tenplança, persuadia cõ
 eficacia i juzgava con dos oidos, no quitando a la ju
 sticia, ni olvidando a la misericordia. Era tenplado i
 fuerte, sin temor q̃ le turbase, ni amor q̃ lo dividie- 5
 se. I si de la voz del pueblo lo quisiéremos juzgar, di-
 ganos lo q̃ sabe la provincia, todo su arçobispado,
 todo el reino, publiquenlo sus criados, familiares i
 conocidos. Den gritos las obras de caridad, las limos-
 nas q̃ de secreto hazia, tantas i de tanta cõsideraciõ, 10
 a personas tan principales como pobres. La religio-
 sa clausura de su casa, el rostro alegre q̃ mostrava, el
 continuo ejercicio de la oracion resignando siẽpre
 sus cosas todas en las manos de Dios, el conformar-
 se siẽpre con ella, los ayunos abstinẽcias i sangrien- 15
 tas disciplinas. Olor suavissimo, Gusto sabrosissimo,
 Color hermosissimo. Voz comun i jeneral, q̃ a todos
 nos obliga i nos haze sentir bien de su salvacion se-
 gun Cristianos.

Pasose como un viento su vida, fue una sombra, 20
 marchitose como flor, secole como el heno, con po-
 ca inclemencia de tiempo. No con tanta facilidad,
 corta el diestro tejedor el piçuelo de la tela, ni la na-
 ve se desaparecio en el mar con la fuerça del viento
 favorable, ni el correo camina por la posta, ni el agi- 25
 la hambrienta, con bucio tan veloz i presto se abalã-
 zo à la presa, cual ella huyó en breve, dejandolo en
 ras

D. F. G. G. *arçobispo virey de la N.E.*

30

las manos de la muerte. O ciencia ciega, o doloroso exemplo, donde corida la cortina, nos deja descubierta a la vista lo q̃ somos.

Farça es la vida del onbre, teatro es el mundo, a
dóde representamos todos. El autor i señor della re- 5
parte los papeles acomodados acada vno, como sabidoz de las cosas todas, en la manera q̃ mas nos aju-
stan i convienen, sin falta: un punto en al'go, de lo
q̃ nos es importantante, para q̃ no se yere la farça. En
comendole dos figuras a nuestro principe, las mas in- 10
portantes i graves della. Decoró sus papeles i repre-
sentolos, con santísimo zelo, mansedunbre, amor,
gravidad, rectitud i prudencia, como buen represen-
tante, sin q̃ se le notase falta, fueron los dichos de
sus figuras breves i representolos presto, en abrir i ce- 15
rar los ojos. Entró en el vistuario de la muerte, des-
audose los adornos i ropajes de tanta curiosidad i
misterios, cōvenientes a sus figuras: bolvió a tomar
el vestido, de su misma naturaleza, guzanos, polvo
i nada, quedando igual en todo con todos. 20

A penas avia comécado a romper el alva de su clara
doctrina i consumadas letras. El sol resplandecien-
te de sus virtudes i govieno, q̃cia esparzir sus rayos
por este nuevo mundo, antes de cebrar su rça en ca-
lentarlos, quando el oscuro nublado de la calijino- 25
sa i negra muerte nos lo dejó cubierto con sus tristes
i espesas tinieblas, aviendose naxido el tiempo en a

H ij gua,

Matteo Aleman, oracion funebre, a

gua, i a menazadonos antes con señales p^otentofas,
 indicios o sospechas de su corta vida. *Qe* otra
 cosa nos pudo anunciar la violenta i rep^otina muer-
 te de dos naturales q̄ vio acabar en su presencia, en
 los dias q̄ recibio los dos govier^onos? q̄ se pudo cole- 5
 jir, q̄ ave^o sido un avizo del cielo, para q̄ considerase,
 q̄ los començava por la muerte, i q̄ qual era la entra-
 da seria la salida. *Qe*, aqel alborotase las bestias do-
 mesticas, desenfrenase furiosas, rodar apresurada la
 carroça, saltar della i dar con todo el cuerpo en el sue- 10
 lo? sino un avizo, una citacion de renate de la vida,
 por el desenfrenado descócierto de los ministros de
 nuestra flaca naturaleza, q̄ nos llevan fuera de cur-
 so, apresurando el tiempo, a dar de ojos en el sepulcro,
 deribandonos de golpe del caro de la majestad, po- 15
 der i mando. *Qe*, aqel eclipse de sol nunca visto en e-
 stas partes, en tiempos nuestros? q̄, se pudo de alli sa-
 car, q̄ ie^o una boz cruel de aqel celestial planeta, q̄ de-
 zia, q̄ todo el sol del govier^ono Ecclesiastico i seglar,
 en breve seria eclipsado, i así lo pronosticaron algu- 20
 nos profesores de Astrologia. *Qe*, aqel temerario ten-
 blor de tierra, tantas vezes tan apriesa, i en el dia de
 sus mayores gustos? Parece me ave^o sido desengañar
 nos q̄ aquí nada es permanente, seguro ni fijo, i una
 hambre cruel con q̄ la tierra pedia el bocado de ma- 25
 yor importancia con q̄ pudiera hēchir su vientre: seña-
 les todas p^otentofas i graves, q̄ nunca suelen suce-
 der

dez sino en casos graves, i en señadas faltas, de reyes
 i pastores. I lo q̃ nos deve admirar mas es, en lo q̃ re-
 paramos menos, i muchos vimos, llover ceniza el
 dia de san Iuan Evanjelista dia tercero de pascua de
 natividad el año pasado de seis cientos i onze avien- 5
 dose mostrado la rejion del aize de un color negro a-
 çañanado, desde las dos i media de la tarde, hasta q̃
 se puso el sol, q̃ se acabo con un grande aguacero.
 Prodijios i anuncios, a q̃ si nuestra sagrada relijion
 diera licencia, nos obligara q̃ pudieramos afirmar o- 10
 sadamente, q̃ nuestro principe, gove:nador i padre,
 presto nos dejaria descariados. Mas ya, quando qe-
 mos dar de mano (como devemos) a señales q̃ no
 son en si de alguna sustancia para inferir la dellas, i
 tengamos mal entendidos los efetos naturales; a lo 15
 menos, ya no puede no aver sucedido la desgracia -
 ni el ser todo fabuloso, nos podria desagravar la pe-
 na. Qe aunq̃ (como queda dicho) la muerte de su-
 yo es buena, no por eso nos escusa el devido senti-
 miento para con el preguntar a esta mui noble, insig- 20
 ne i leal ciudad. O Mejico, señora poderosa, prince-
 za del nuevo mundo, pues tienes hecha experié-
 cia q̃ el tienpo q̃ mas brevemente se pasa es el de el gu-
 sto, sin aver cosa libre de mudanças, q̃ fue de tu he-
 mosura? q̃ se hizieron tus fiestas? tus plazer- 25
 es? q̃ tus curiosas libreas? Qe, aquellos arcos triunfa-
 les, alegres instrumentos, repiques de campanas, ga-

Mateo Aleman, oracion funebre, a

dardos talles i brios, loçana cavalleria, i enjaezados
 cavallos? Qe, las varias i costosas colgaduras, carne
 fies, telas de oro, primaveras, costosos adereços le-
 vantada plumajería i rostros alegres? Pasó como en
 el aise la cometa, no quedó de todo ello mas de una
 vieja i rota mortaja, luto triste, negras vayetas, lo-
 bregos capizotes, ropillas desfentalladas, hilvana-
 das lobs, lagrimas i suspiros, dolorosos clamores i
 dobles, exeqias funebres i confusion de males. Qe
 cuando los pensamientos i gustos estriavan o estan
 pendientes del hilo flaco de la vida, pegeña ocasiõ
 basta para dar cõ todo é el suelo. Destruyeronse mis
 caminos, mis desdichas me acecharõ, apoderaronse
 de mi, sin aver quien me favoreciese: i como rota la
 muralla, i a puertas abiertas me acometieron, hasta
 vezme por el suelo. Frustraronse mis deseos, llevome
 los bolando el viento, dejandolos aruinados i des-
 hechos. Mi salud se pasó como las nuves, marchita-
 ron mi alma un escuadron de aficciones, tomando
 de mi la posesion en ella. Toda la noche di bozes,
 q me tienen la boca horadada i no me dieron soco-
 ro. Velan i no duermen los q mis carnes despedaçan
 i entre su multitud estan rotas mis vestiduras. Ya no
 soi la q solia, soi un lodo, una centella muerta, soi
 ceniza. Y todo me sucede por pecados. No me lla-
 meis ya Noemi, llamareis me desdichada sola i a
 marga, por q la mano del seño me tocó en la cabe-
 ça.

ça. Llamolo i no me oye, huye su rostro i no me mira a se me mostrado cruel i contra mi lebanto su brazo.

Grande golpe à sido este, grande aldavada toco a nuestra puerta, salgamos a vez quien llama, q̃ q̃ieren, ò q̃ nos dizen las cajas destempladas, las vanderas arastando, las armas bueltas, el asenbro de la jerte, lagrimas de los onbres i del cielo, continuos dobles, jeneral tristeza i notable sentimiento aun en los animales brutos. Veamos, q̃ nos quiere dezir esta confusa multitud, esta maquina de cosas, quitarnos Dios tan en breve, la columna de fuego de caridad q̃ nos giava, cortaz la rosa de las espinas, i sacaz el cordeiro de la çarça. Misterio tiene, no a sido acaso ni en balde. I si como Isineo i Agustino dizen, q̃ Cristo lloro la muerte de Lazaro, por la falta q̃ hazia en el mundo, vn justo i amigo suyo, licencia nos concede para vester deuidas lagrimas, en la falta de vn tan obseivante i religioso principe de la Iglesia, pastor: umanissimo; virrei dignissimo, capitán jeneral clementissimo, padre piadosissimo, afable i manso; de quien piadosamente podemos entender q̃ vive vida eterna.

Veis pues aqui, el tan consumado en todo, el q̃ se pudo dezir q̃ pudo, q̃ no se pudo librar de la muerte. No lo pudieron defender sus consejeros i letrados, no sus guardas i soldados, no sus amigos ni criados. Ya estan rotas i deshechas las ruedas de aquel relox, cuyo dedo nos governava, concedando nuestras vidas.

Mateo Aleman, oracion fúnebre, a

das. Aquella grave severidad, rostro apazible, umil-
 dad, comedimiento, cortesía, modestia, ciança i
 respetos nobles, ya no son. La cabeça de oro, pecho
 de plata, brazos i cuerpo de mas metales, una vil
 pedruzuela q̃ cayo de lo alto del monte, lo deribo 5
 por el suelo, Que minimos principios no atajados, en
 jendian gigantes efectos feroces i soberbios. Vn facil
 achaq̃ despreciado, no entendido ni conocido, e-
 clipso nuestro sol, apago la hacha del monte, i puso
 la luz debajo del candelero, dejádonos asonbrados. 10

En perdida semejante de tanta consideracion i pre-
 cio, en tan conocida falta, en dolor q̃ tanto a las al-
 mas llega, en trabajos inevitables en q̃ falta todo
 medio i carecen de umano remedio, el verdadero,
 suficiente i solo, es bolvernos a el señor, i dezir con 15
 Ieremias en la muerte de aquel santo rei Iosias, Acuer-
 date señor de tu pueblo deste miserable suceso, deste
 acibarado caso q̃ nos a sucedido, buelve i abre sobre
 nosotros, esos misericordiosos ojos tuyos, para mi-
 rar nuestras aféttas, remediando nuestros oprobios, 20
 q̃ así se puedē llamar tus castigos. As dejadonos des-
 carriados i huérfanos, llevandote a nuestro padre. An-
 quedado viudas nuestras madres, la Iglesia catedral
 Mexicana, matriz i metrópoli, con las de su distrito,
 a quien les quitaste su esposo. Busq̃ lo i no parecio, no 25
 lo bolveremos mas aver, no esta en su asiento real ni
 arçobispal. Desiertos veo los caminos, q̃ no ai quien
 pase

páse por ellos, de par en par estan abiertas i desanpa-
 zadas las puertas de su casa. Ya no lo vemos adonde
 i como solia, remediando secretas i urgentes necesi-
 dades. Las manos liberales i sanas q̄ con fuego de
 caridad vertian sobre los pobres plata i oro, ya estan
 eladas i frias, caidas i descoyuntadas. Faltonos el cō-
 fucio, el alegria de nuestro coraçon. Bolvieronse luto
 i llanto sus malogradas esperanças i las nuestras. El
 cetro i el cayado, el capelo i la corona de nuestra ca-
 beça cayo en tierra. Culpas graves an sido las nue-
 stras, pues con tanta gravedad se castigan. *Que otra co-*
sa se puede pensar? ó q̄ podemos dezir? sino q̄ nos à
sucedido a la letra, lo q̄ tenemos en el Exodo, cuan-
do aqel gran caudillo del pueblo de Dios Moises,
(dejandolo en lo llano) subio a lo alto del monte,
a recebia la lei escrita, en las dos tablas de piedra, q̄
quando bajó con ella, por q̄ lo halló idolatrando en
un bezero, las tomó (como dicen) a dos manos, i
dando con ellas en la falda de aqel monte las hizo
pedaços. Las tablas de la lei an sido nuestro principe
defunto, constituido en dos dignidades, en la una
tabla tenia escritos los preceptos del culto Divino;
i en la otra, los de la justicia distributiva, Divino i
humano, de Dios i del proximo, qual otro Melchise-
dec, enojose Dios contra nosotros, vio q̄ nuestros
pecados eran muchos, nuestra inobediencia grande
q̄ idolotravamos a el descuberto en el bezero de

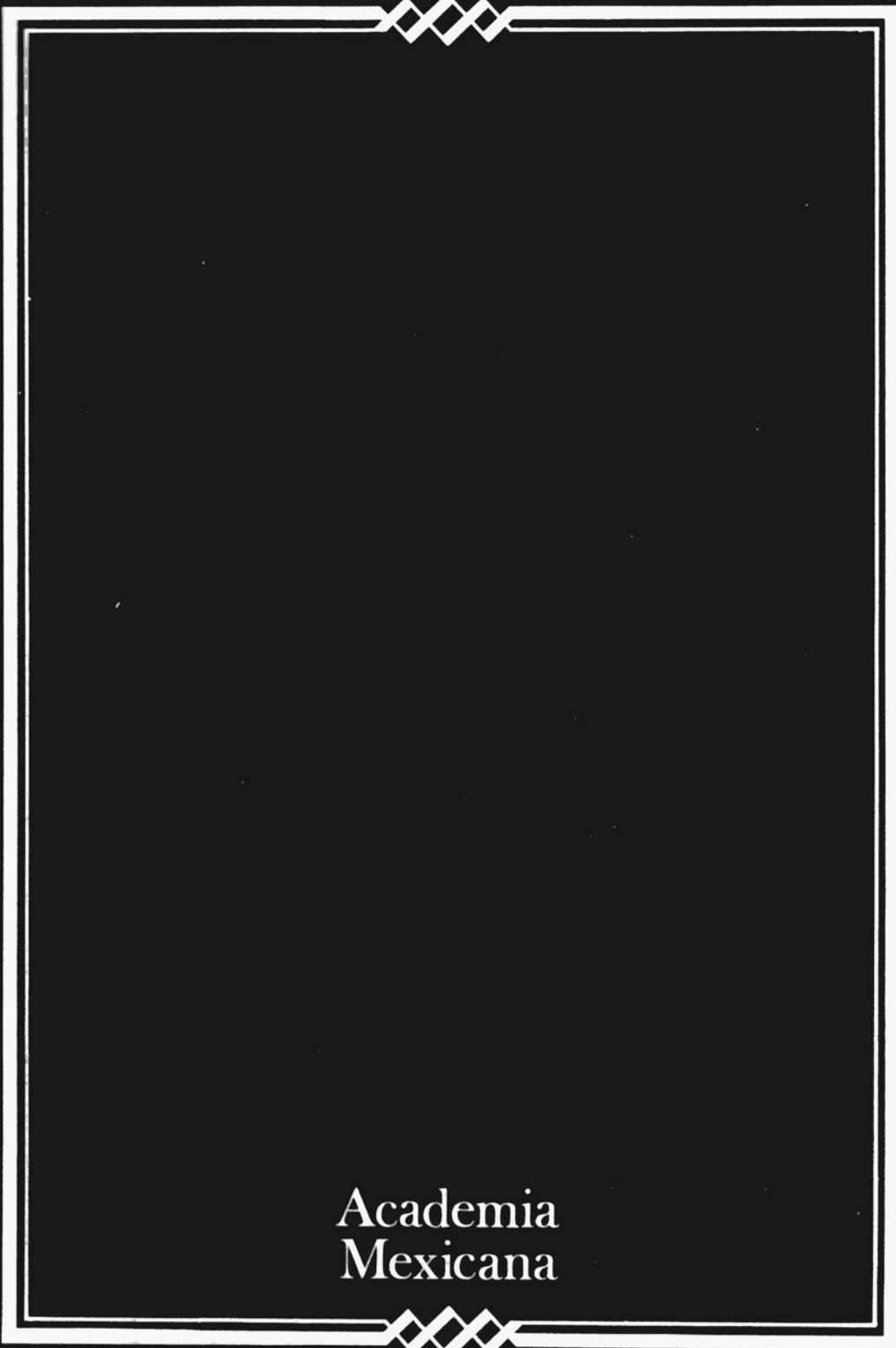
Mateo Aleman, oracion fúnebre, a
 nuestros gustos i pasiones, perdido el temo: i respec-
 to. Dio con las tablas en el pie del monte. Allí estan
 hechas pedaços en la peaña del alta: mayor. Salta:õ
 las medulas de la cabeça por una parte, los despojos
 interiores de su cuerpo a otra, los huesos a Es 5
 paña, los guzanos aqí se apoderan de la
 carne, i su alma dichosa subio a
 goza: de gloria eterna.



ÍNDICE

Preliminar, por José Rojas Garcidueñas	7-10
Mateo Alemán, Prólogo por Antonio Castro Leal	11-24
Sucesos de don fray García Guerra. Transcripción modernizada	27-57
Oración fúnebre. Transcripción modernizada	59-73
Sucesos de don fray García Guerra. Facsímil	75-122
Oración fúnebre. Facsímil	123-146

*Sucesos de don fray García Guerra y Oración
fúnebre, se acabó de imprimir el día 15 de
diciembre de 1983 en los talleres de EDI-
MEX, S. A. Calle 3, núm. 9, Fracciona-
miento Alce Blanco, Naucalpan de Juá-
rez, Estado de México. Se tiraron 2 000
ejemplares. La edición estuvo al cuidado
de José Luis Martínez.*



Academia
Mexicana